

PENSAMIENTOS
AL VUELO
YOSHIDA KENKŌ

a

errata naturae



PENSAMIENTOS AL VUELO

YOSHIDA KENKŌ

TRADUCCIÓN DE JUSTINO RODRÍGUEZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *Tsurezuregusa*

© de la traducción, Justino Rodríguez, 2019

© Errata naturae editores, 2019

c/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-12-3

DEPÓSITO LEGAL: M-17976-2019

CÓDIGO BIC: HPD

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

En medio del ocio, en este océano de paz, paso los días inclinado sobre el tintero, tratando de recoger en el papel las descabelladas ocurrencias que cruzan por mi mente. Yo mismo me he quedado sorprendido de tantos desatinos.



En fin, es algo que no se puede evitar. Todos los que hemos venido a este mundo estamos cargados de deseos.

La posición del emperador, por supuesto, es demasiado augusta. Los vástagos nacidos en el Jardín Imperial, desde el tronco hasta la última de sus ramas¹, no proceden de semilla humana, sino de origen divino. Los nobles que nos gobiernan², ni que decir tiene, rebosan dignidad, pero el hombre de barro no puede llegar a ese estado. Los que sirven en palacio son hombres excelentes, y también sus hijos y nietos; aunque haya menguado su fortuna, conservan una elegancia que los distingue.

Las personas que se encuentran en rangos inferiores y que, de acuerdo con su situación familiar, gozan de la gracia del emperador y se consideran a sí mismas grandes, no dejan de ser insignificantes.

¹ Las «últimas hojas del jardín de bambú», que aluden a los descendientes de la Casa Imperial. Metáfora usada en el periodo anterior a Kan, en China, refiriéndose al parque construido por King Hsiao de Liang. (Todas las notas de esta edición son del traductor).

² *Ichí no hito*: los nobles que se sentaban en los cojines situados en primera fila.

Finalmente, no hay posición más baja que la del monje. La gente, como escribió Sei Shonagon³, considera a los monjes «ramas secas de un árbol». ¡Qué gran verdad! Aunque prediquen a voz en cuello, nadie creerá en su grandeza. El venerable Soga⁴ dijo que la fama sólo trae consigo sufrimientos y que al ocuparse de ella nuestra mente se aleja de Buda. El hombre que me sirve de ejemplo es el que renuncia y se retira del mundo.

¡Qué envidia me dan los hombres que destacan por su belleza y sus acciones! No me cansaría de escucharles; a condición, por supuesto, de que no hieran mis oídos con su elocuencia, sean sencillos y de pocas palabras. ¡Pues cuánto desalienta encontrar un defecto en una persona que uno daba por perfecta!

Tal vez sea verdad que la forma y la figura nos vienen dadas y no las podemos cambiar, pero ¿tampoco podremos conseguir la iluminación progresiva de nuestra mente?

El hombre dotado con bellas facciones y buenos sentimientos, si no tiene entendimiento, se rebajará, alternará con gente odiosa y pronto quedará subyugado por ellos; cosa, en verdad, digna de lástima.

Lo imprescindible es tener unos conocimientos básicos⁵, escribir prosa y poesía chinas, conocer la poesía y la

³ Es la autora de *El libro de la almohada*, nacida en 965 y muerta en 1010. Su obra influyó notablemente en Yoshida Kenkō.

⁴ Soga fue un monje de la secta Tendai, discípulo del maestro Yien. Murió en el monasterio de Jiei en 1003, a los ochenta y cuatro años.

⁵ Aquellos que debían obtener los oficiales del Gobierno según la doctrina de Confucio.

música japonesas y, por lo que se refiere a los anales y las ceremonias de la corte, es deseable que uno encuentre en ellos modelo y espejo.

2

Aquel que olvida el modo de gobernar de los sabios emperadores del pasado, aquel que no presta oídos a las quejas del pueblo y no reconoce el daño que está causando a la nación, aquel que busca el lujo en todas las cosas, estimándolo como lo más grande, y que actúa como si todo le perteneciera y todo fuera poco para él, ¡qué hombre más fatuo!

Kuyoo, ministro de la Derecha⁶, dejó escrito en sus *Preceptos*⁷: «Haced uso de las cosas sencillas que tengáis a mano, tanto en lo que tiene que ver con el vestir como en lo relativo a los caballos y las carrozas, y sobre todo no busquéis nunca el lujo». Asimismo, el retirado emperador Yuntoku escribió en su libro de ceremonias: «Las cosas que use el emperador han de ser simples y sencillas».

⁶ El ministro de la Derecha fue un cargo gubernamental en Japón. Fue creado en el año 702 como parte del Departamento de Estado por el Código Taihō. Perdió gradualmente poder en los siglos x y xi, cuando el clan Fujiwara comenzó a dominar la política japonesa, y carecía ya de poder real alguno en el siglo xii, cuando el clan Minamoto comenzó a liderar la clase aristocrática.

⁷ Se trata de Fujiwara no Morosuke (909-960), y sus *Preceptos* eran una recopilación de sus pensamientos sobre la conducta adecuada.

El hombre que aspire a la excelencia ha de manejar el pincel con soltura, cantar bien en los banquetes y, aunque ha de hacerse rogar, debe demostrar que no es abstemio.

3

Por más que uno sobresalga en todas las demás cualidades, el hombre que no ama con pasión carece de algo. Tendrá la sensación de ser como una copa preciosa, pero sin fondo.

¡Qué divertido es ver a un hombre con las ropas empapadas por la escarcha, yendo y viniendo de aquí para allá, sin domicilio fijo, temeroso de los reproches de sus padres o de las habladurías de la gente, que no le dejan un instante de reposo, ocupada su mente en nuevas estratagemas y, a fin de cuentas, durmiendo solo la mayor parte de las noches, sin conciliar apenas el sueño!

Ahora bien, es mejor que uno no se deje llevar del todo por la pasión y que las mujeres no lo consideren una presa fácil.

4

Aquel que no deja en el olvido la vida futura y cumple con los preceptos de la enseñanza de Buda es un hombre admirable.

El hombre que, debido a alguna desgracia, cae en el abismo de la tristeza, no debe, a la ligera, rasurarse la cabeza y apartarse del mundo. Mejor sería que cerrase bien las puertas de su casa y, sin que nadie sepa si está dentro o fuera, pasara allí tranquilamente los días y las noches, sin esperar ningún consuelo humano.

Dicen que el consejero imperial, Akimoto⁸, dijo una vez que deseaba contemplar «la luna del destierro estando libre de crimen».

No me extraña.

Muchos nobles y pudientes (más los que no gozan de tanta abundancia) desean que su vida continúe sin hijos.

El príncipe Kaneakira, el ministro Fujiwara no Koremichi y el ministro de la Izquierda⁹ Minamoto no Arihito, deseaban que su árbol genealógico terminase con ellos.

⁸ Akimoto se retiró del mundo en el año 1036 y vivió desde entonces en la montaña Ojara.

⁹ El ministro de la Izquierda fue un cargo gubernamental en Japón. Al igual que el de ministro de la Derecha, fue creado en el año 702 como parte del Departamento de Estado por el Código Taihō. Era el ministro más importante del Estado.

El ministro Fujiwara no Yoshifusa, según consta claramente en el *Okagami*¹⁰, dijo: «Procura no tener descendencia; es indigno y muy triste que los hijos sean inferiores al padre».

Cuando el príncipe Shotoku¹¹ mandó hacer su propio mausoleo, dicen que cada tanto repetía: «Hacedlo un poco más pequeño; acortad por allá, que yo no quiero dejar descendencia».

7

Si nunca desaparecieran las gotas de rocío en Adashino, si se mantuviera siempre inmóvil el humo sobre la colina de Toribe¹² y viviésemos eternamente, sin cambio ni transformación, ¿nos conmovría el frágil y delicado encanto de las cosas? Las cosas son bellas precisamente porque son quebradizas y pasajeras.

La efímera no llega a ver la noche del día en que nació. ¿Y no muere la cigarra del estío sin conocer la primavera ni el otoño?

¡Qué afortunados los que puedan vivir despacio y des preocupados aunque sea un solo año! Pero si uno no se siente insatisfecho y no se conforma con el paso de las

¹⁰ El *gran espejo del amor entre hombres (Okagami)* fue escrito en un periodo de 175 años a partir del año 850, y trata sobre una serie de pequeños romances históricos.

¹¹ Nacido en 573 y muerto en 621, fue tenido por sabio. Introdujo el budismo en Japón y ofreció al país la primera constitución en catorce artículos.

¹² Adashino y Toribe son los dos cementerios más grandes de Kioto. El humo que, junto con el rocío, simboliza la naturaleza efímera de todas las cosas, es el de los cadáveres, que solían incinerarse.

horas, todo el tiempo, aunque viva mil años, le parecerá tan breve como una noche, como un sueño.

No podemos vivir para siempre en este mundo. ¿Qué sentido tiene, por tanto, esperar la decrepitud de la vejez? Cuanto más larga es la vida, tanto mayor es la confusión. Morir antes de cumplir los cuarenta es el mejor modo de vivir sin tener que saborear la vergüenza. Pasada esa edad, uno ya no se ruboriza de su fealdad y no ve objeción para alternar con uno u otro. En el ocaso de sus días uno mima a sus hijos y nietos, y desea algunos años más para verlos prosperar. El apego al mundo es cada vez mayor, más arraigado, mientras se va perdiendo la capacidad para sentir el encanto de las cosas frágiles y efímeras. ¡Qué lástima!

8

De todas las cosas, la que causa mayores extravíos en el corazón del hombre es el deseo sexual.

¡Cuánta insensatez en un solo corazón!

Aun sabiendo que ese perfume se desvanece al poco y que el incienso quemado para impregnar los vestidos es una esencia pasajera, cuando lo olemos sentimos de inmediato cómo el corazón comienza a latir con más fuerza.

Se dice que en el instante mismo en que el venerable Kume¹³ vio las pantorrillas blancas de una mujer que

¹³ Se trata de un personaje medio legendario de la región de Yamato que aparece en los *Cantares de Konyaku*. Se le atribuía la capacidad de desplazarse por los aires.

estaba lavando la ropa, perdió toda su virtud. Y no me extraña, porque la belleza natural de unas manos o unas piernas turgentes y sensuales no se puede comparar con el color y la belleza de lo artificial.

9

Me parece que, de la mujer, lo que más atrae el corazón del hombre es el cabello. En cuanto a su carácter y temperamento, se pueden vislumbrar con la primera palabra que pronuncie, aunque nos hable desde detrás de un biombo. Cuando una mujer sabe que ha atraído el corazón de un hombre, aunque se esfuerce por obrar como si nada hubiera pasado, no podrá dormir en paz, no escatimarán en nada, soportará todo aquello que antes le parecía imposible de soportar, y todo por amor.

Las formas del amor tienen profundas raíces en nosotros. Los incentivos que estimulan nuestras pasiones son varios, seis en total¹⁴, y muy variados, pero podemos distanciarnos de ellos. Sin embargo, hay uno que es imposible exterminar: la llama de la pasión. Y en esto no se diferencia el viejo del joven, ni el sabio del mentecato. Por eso se dice que con el cabello trenzado de una mujer se puede subyugar a un elefante¹⁵, y que con el reclamo

¹⁴ Pues son seis los sentidos: ojos, oídos, nariz, lengua, cuerpo e inteligencia. A través de ellos, según el budismo, penetran en nuestro corazón seis tipos de defectos.

¹⁵ Una leyenda budista cuenta que ataron la pata de un elefante con un cabello de mujer y el animal no pudo moverse.

confeccionado con un viejo zueco usado en su día por una muchacha se seduce al venado del otoño.

Hay que estar sobre aviso. Más nos vale temer y evitar este tipo de engaños.

10

La casa, creo yo, es la morada temporal del hombre. ¡Y qué agradable es vivir en una que reúna las condiciones necesarias y se alce con armonía!

La luz de la luna, cuando entra en el hogar lleno de calma de un hombre refinado, se hace más íntima. No hay nada lujoso ni reluciente, y sin embargo la arboleda rehecha por el paso de las décadas, las plantas del jardín que crecen a su antojo por la veranda y el cañizo, y dentro de la casa unas pocas cosas distribuidas aquí y allá, le darán al lugar un aire de tranquilidad y desapego.

Una morada en la que hayan trabajado con esmero gran número de carpinteros para pulirla, adornada por valiosos objetos llegados de China y de Yamato, todos ellos colocados en un orden impecable, y en donde las plantas del jardín tienen un aspecto forzado y poco natural, es desagradable y hace sufrir al ojo que la ve. ¿Se podrá vivir en ella durante mucho tiempo? Nada más verla uno desearía que se convirtiera en humo.

Tokudaiyi, ministro de la Izquierda, mandó poner un cordel sobre el tejado de su casa para que no se posaran

en él los milanos. Cuando lo vio Saigyō¹⁶, dijo: «¿Qué mal le van a hacer los milanos? Ya conocéis la valía de vuestro príncipe».

Y me dijeron que Saigyō no volvió a visitarlo.

Recordé este incidente cuando visité el palacio de Kosaka, donde vivía el príncipe Ayanoko, y vi otra cuerda en el tejado.

«La hizo colocar», me explicó alguien, «porque el príncipe no puede soportar la pena de ver cómo los cuervos vienen en bandadas, se posan en el tejado y se lanzan desde allí a cazar las ranas de la charca».

Sus palabras me conmovieron y me puse a pensar en la razón que tendría Tokudaiyi para mandar poner el cordel en el suyo.

11

Debió de ser durante el décimo mes. Dejé atrás el lugar conocido como Kurusuno¹⁷ y fui a visitar a una persona que vivía en un pueblo de la montaña. Me fui abriendo paso por una senda estrecha cubierta de musgo hasta llegar a una choza solitaria.

Sólo se oía el ruido de algunas gotas de agua cayendo del bambú que servía de conducción para el agua, casi cubierto por las ramas de los árboles.

¹⁶ Uno de los poetas más famosos de Japón (1118-1190). Fue empleado de Tokudaiyi antes de hacerse monje.

¹⁷ Una pequeña aldea a las afueras de Kioto. Hoy pertenece al barrio de Yamashina.

Unas hojas de arce y de crisantemo, dejadas con descuido sobre el anaquel del agua bendita, eran prueba evidente de que allí vivía alguien. Me detuve un instante, maravillado, mirando alrededor, y pensé: «Qué bien se debe de vivir en un lugar como éste...». Entonces, al fondo del jardín vi un naranjo muy grande y con tanta fruta que las ramas se le doblaban. Pero estaba protegido por una valla impenetrable, de modo que, desilusionado, concluí mi pensamiento «... si el árbol no estuviera allí».

12

Qué alegría si pudiéramos encontrar a alguien que compartiese con nosotros ideas y sentimientos, y pudiéramos hablarle francamente de alguna noticia interesante, incluso de cosas triviales... Pero encontrar a esa persona no es tarea fácil.

Cuando mantenemos una conversación con otro y nos inquieta que se note que no estamos de acuerdo con sus ideas, uno tiene la sensación de estar realmente solo.

Sin embargo, cuando uno está hablando con otra persona y le dice: «Así es, estoy de acuerdo»; y, al encontrar un punto en el que discrepa, le dice: «Yo no creo que esto sea así», siente, creo yo, un alivio enorme.

Es verdad que cuando se trata de expresar algún descontento, si el otro es una persona muy distinta a nosotros, quizás puedan bastar unas cuantas frases convencionales,

pero la amistad es por completo ajena a ese tipo de conversaciones. Y no hay cosa más triste.

13

No conozco una satisfacción comparable a la de sentarse solo junto a una vela, desenrollar un manuscrito y entablar amistad con personas antiguas a las que nunca he visto ni he conocido.

Entre mis predilectos están los escritos de Wen Hsüan¹⁸, que tiene volúmenes realmente impresionantes, los poemas de Po Chüi, los dichos de Lao Tzu y los artículos de Chuang Tzu. Por lo que respecta a los sabios de nuestro país, entre los antiguos hay también muchos que me conmueven y me hacen pensar.

14

La poesía *waka*¹⁹ es algo maravilloso. Incluso el trabajo de las personas de baja condición, como los labradores u hornijeros, descrito en forma de *waka* adquiere un tono noble, y hasta el jabalí más fiero pierde su bravura al hacerlo descansar «en un tálamo de picarí»²⁰.

¹⁸ Se trata del príncipe de Liang, Chao Ming (501-531). Sus poemas fueron recopilados en treinta y cuatro volúmenes, y se citan con frecuencia en esta obra de Yoshida Kenkō.

¹⁹ Poema tradicional japonés sin rima de 5, 7, 5, 7, 7 sílabas.

²⁰ Poema recogido en la colección *Yakumo Mishi*, de seis volúmenes, recopilada por el emperador Yunto (1197-1242).

Conozco poemas recientes con imágenes interesantes y sugestivas, pero, no sé por qué, para mí no hay como los antiguos, tal vez por la reticencia que acarrear sus palabras y por el sentimiento que de ellos se desborda.

En la antología *Kokinshū* hay un poema que para muchos es mera hojarasca. Me refiero a aquel de Tsurayuki que dice: «Sin hilos se trenza mi corazón...»²¹. No creo que haya otro poeta capaz de emplear un estilo semejante. En los poemas de aquella época hay muchas expresiones y metáforas semejantes. Me cuesta creer que, al menos por lo que se refiere a este poema de Tsurayuki, la crítica haya sido tan dura. En la *Historia de Genji* se cita con una ligera diferencia.

También un poema del *Shinkokinshu* que termina «... hasta a los pinos impávidos de la cima les ahoga la tristeza»²² fue considerado en un primer momento una nadería. Sin embargo, cuando fue sometido al escrutinio de los expertos, el fallo del jurado le fue favorable e incluso, más tarde —nos dice el diario de Ienaga²³—, conmovió profundamente al emperador.

Se dice que el sentimiento poético no ha cambiado y que es el mismo que tenían los antiguos. Yo no lo creo. Las

²¹ *Kokinshū* es una antología de poemas antiguos y modernos de comienzos del siglo x, recopilada por Tsurayuki, autor del poema en cuestión. Los versos siguientes dicen: «¡Qué tristes me parecen los caminos que se bifurcan!».

²² Este poema, tomado de la antología *Shinkokinshu* (Nueva colección de poemas antiguos y modernos), que data de 1206, dice: «Ha llegado el invierno. Ya ha descubierto su rostro en la montaña. Han caído las hojas. Hasta a los pinos impávidos de la cima los ahoga la tristeza».

²³ Minamoto no Ienaga (1170-1234) fue el encargado de la Oficina de la Poesía *Waka* durante el reinado del emperador Go-Toba.

palabras, los temas y los recursos literarios serán los mismos, pero la inspiración con la que escribieron los poetas antiguos ya no existe. Eran dulces y sinceros; su forma era pura, con una emotividad abismal.

La compasión que se encierra en el lenguaje de muchas de las baladas de *Ryōjin Jishō*²⁴ es inconmensurable.

Pero ¿quiere esto decir que incluso esas expresiones toscas que nuestros antepasados arrojaron al cesto de la basura nos han de parecer óptimas?

15

Cuando vamos de viaje, no importa adónde, tenemos la sensación de verlo todo por primera vez, como si hubiéramos despertado de un sueño. Al pasear por esos lugares, mirando aquí y allá, recorriendo pueblos de montaña, todas las cosas aparecen a nuestros ojos extrañas, singulares.

Y es curioso ver cómo buscamos la primera ocasión para enviar una misiva a la capital recalcando: «No te vayas a olvidar, ¿eh? En cuanto saques un hueco, haz esto o lo otro». Y es que, en tales ocasiones, uno se fija y reflexiona sobre todo lo que ve. Los objetos domésticos o de uso personal, si ya son buenos, parecen mejores. Las cualidades de aquellos que poseen alguna habilidad o talento, o

²⁴ Se trata de una recopilación de poemas del siglo XII recogidos por el emperador Go-Shirakawa.

gozan de buena disposición, aparecen a nuestros ojos con un brillo mayor del habitual.

Huir del mundo y refugiarse en la paz y el silencio de un templo o un santuario resulta también una experiencia maravillosa.

16

La danza *Kagura*²⁵ es de una finura exquisita y muy interesante. En general me gustan la flauta y la chirimía, pero nunca me canso de escuchar la *biwa*²⁶ y la cítara.

17

Cuando uno se esconde en un templo de montaña y se dedica con todos los sentidos a la enseñanza de Buda percibe cómo poco a poco va desapareciendo del corazón toda impureza.

18

El hombre que es sencillo en el vestir, que evita el lujo, que no posee tesoros y no aspira a ocupar cargos destacados,

²⁵ *Kagura* es una danza religiosa que se bailaba en los templos sintoístas. Aquí se refiere a la que tenía lugar todos los años, en el mes de diciembre, en el Palacio Imperial.

²⁶ Instrumento musical semejante al laúd y a la mandolina.

21

es, desde todo punto de vista, un hombre admirable. Lo siguiente es cierto para cualquier tiempo y lugar: apenas ha habido un sabio que fuera rico.

En China vivió un hombre llamado Hsü Yu²⁷ que no poseía nada superfluo. Como alguien lo viera hacer un cuenco con las manos para beber agua, le regaló una calabaza que allí llamaban «sonora». Un día, cuando la tenía colgada de la rama de un árbol, se levantó un poco de viento y la calabaza empezó a hacer ruido. «¡Qué escandalosa eres!», dijo. De modo que la cogió y la tiró. Y volvió a beber el agua con sus manos, como había hecho hasta entonces. ¡Qué inmensa era su libertad de espíritu!

Sun Ch'en²⁸ dormía durante los meses de invierno sin mantas, sobre un puñado de pajas. Por la noche se acostaba sobre ellas y por las mañanas las recogía. Los chinos, que eran hombres capaces de admirar algo así, lo dejaron escrito para que sirviera de enseñanza a las generaciones venideras, pero en nuestro país estas cosas no se consideran dignas de ser transmitidas a nuestros hijos.

El cambio de las estaciones es tan impresionante como bello. Muchos dicen: «Para percibir la belleza y la fragilidad

²⁷ Hsü Yu era un alto cargo chino que se retiró del mundo. Cuando oyó que el emperador Yao quería abdicar y confiarle el gobierno del Imperio, se fue al río Esen a lavarse y purificarse los oídos.

²⁸ Sun Ch'en, personaje chino que aparece en el *Meng Ch'iu* y en el *Mokyu*.

de las cosas no hay como el otoño». Yo no lo dudo, pero creo que es el vestido de la primavera lo que hace latir con más fuerza nuestro corazón. Los trinos de los pájaros adquieren un tono jovial y las plantas de las cercas y los vergeles empiezan a echar sus primeros brotes bajo los suaves y cálidos rayos del sol. Después, a medida que se acerca la primavera, se extiende el manto de la calma y al fin abren su cáliz las primeras flores del cerezo. Es una lástima que al poco comience a soplar viento y llegue una lluvia persistente que esparce los pétalos por el suelo. Hasta que brotan las primeras hojas, todo hierde el corazón. La flor del naranjo, y así lo indica su nombre²⁹, tiene la virtud de recordarnos con su perfume cosas olvidadas, pero el aroma de la flor del ciruelo pone ante nuestra mente escenas aún más antiguas. Tampoco podemos pasar por alto los recuerdos que nos hace revivir la imagen de la pureza que nos ofrece la flor *yamabuki*³⁰, ni los de la leve y sutil glicina dejando colgar su corola. Son demasiados para obviarlos.

Alguien dijo, y yo estoy completamente de acuerdo, que, cuando se acerca la consagración de Buda³¹, la fiesta de Kamo y las hojas tiernas se multiplican en las copas de los árboles, se siente como en ningún otro momento el

²⁹ En japonés, *tachibana*. Aparece frecuentemente en poemas y cantares, y se creía que tenía la virtud de traer a la mente escenas y nombres olvidados.

³⁰ Nuestra mosqueta o *kerria* japónica.

³¹ Fiesta que se celebra el octavo día del cuarto mes del calendario lunar, en la que es tradicional verter agua sobre la estatua de Buda. La festividad de *Kamo* se celebra también en el mes de abril.

anhelo de la amistad y una gran compasión y piedad por las cosas y la vida.

En el mes de mayo, cuando la gente empieza a colocar las hojas del ácoro sobre el tejado, cuando comienzan a brotar las tiernas plantas de arroz del semillero y comienza a oírse el repiqueteo del rascón, ¿habrá alguien que no sienta la garra de la melancolía? Y en junio, ¿quién no se conmueve al contemplar por encima de una pared en ruinas la blancura de la flor de la calabaza vinatera y el humo que elevamos para espantar los mosquitos? La liturgia de las purificaciones de junio³² es también conmovedora, como la fiesta de Tanabata³³.

Después, las noches van haciéndose cada vez más frías, se oye el canto de los ánsares, las hojas más bajas de la aulaga empiezan a amarillear, los labradores siegan el arroz y lo cuelgan a secar. Es entonces cuando se acumulan las conmemoraciones y las solemnidades.

¡Y qué enternedora es la mañana siguiente a un temporal de otoño! A medida que va corriendo mi pluma, me voy dando cuenta de que todo esto ya está magistralmente descrito, con palabras de añejo sabor, en la *Historia de Genji* y en *El libro de la almohada*.

Pero que no me digan que no hay necesidad de repetir lo mismo con palabras nuevas, porque si no

³² Fiesta que se celebraba el último día del mes de junio. Se dejaban flotar en la corriente del río ramilletes de flores, símbolo de los defectos del pueblo, para que los arrastrara el agua.

³³ Para conmemorar el encuentro anual de Vega y Altair en la Vía Láctea, el día 7 de julio.

expresara lo que aflora a mi mente creo que se me inflamaría el vientre de irritación y de cólera. Así que prefiero dar rienda suelta a mi pluma, aunque sea una faena inútil y digna de lástima. Estos papeles están destinados a la papelera, en ellos no se detendrá nunca el ojo de nadie.

Por lo demás, no creo que el paisaje triste y seco del invierno tenga nada que envidiar al del otoño.

Las hojas escarlata de los árboles, bien esparcidas, cubren la hiedra junto a las albercas. ¡Y qué impresionante es ver por la mañana cómo se levanta el vapor de las acequias, cuando todo está aún blanco por la escarcha!

En los últimos días del año, otra experiencia incomparable consiste en observar cómo la gente camina con prisa de un lado para otro. Y al contemplar la luna que luce vacilante en el cielo frío y claro del invierno, esa que nadie desea ver por considerarla demasiado triste, sientes que el corazón se encoge en tu pecho.

También la liturgia de las Invocaciones de los Nombres de Buda³⁴ y la despedida de los enviados con las ofrendas para el emperador nos conmueven y llenan de agradecimiento. ¡Cómo me impresiona pensar que durante estos días se celebran sin interrupción tantas fiestas y ceremonias, a pesar de estar todos tan ocupados con la preparación del Año Nuevo!

³⁴ Ceremonia que se celebraba durante tres días consecutivos a partir del 19 de diciembre en el salón Seiryō de palacio. En ella, se recitaba una letanía de nombres de los budas de los tres mundos para purificar los sentidos.

Y es gracioso ver cómo al día siguiente de la ceremonia para la Expulsión de los Demonios³⁵ se celebra la Adoración a las Divinidades de los Cuatro Puntos Cardinales³⁶.

Durante la última noche del año, cuando todo está ya oscuro, la gente enciende antorchas y pasa la noche corriendo por las calles y golpeando las puertas de las casas³⁷. ¿Con qué objeto? Y después de cansarse de gritar y deambular de aquí para allá, sin poner siquiera los pies en el suelo, las voces se van perdiendo poco a poco al acercarse la aurora.

¡Qué tristeza se siente al despedir el año!

En Kioto, desde hace un tiempo, ya no existe la costumbre de celebrar funciones para festejar a los espíritus de los antepasados esa noche, pero cuánto me reconfortó saber que en las regiones del este todavía se conserva.

Y así amanece el día de Año Nuevo. Al parecer el cielo no se diferencia del que vimos el día anterior; sin embargo, en el corazón uno se siente renovado y vivificado. Las calles principales, en toda su extensión, están adornadas con ramas de pino y tienen un aspecto alegre y jovial. Es imposible no conmoverse.

³⁵ Ceremonia que se celebraba el último día del año en el palacio, para alejar los malos espíritus.

³⁶ El emperador, por la mañana del primer día del año, oraba en las cuatro direcciones en el patio que está delante del Salón Seiryō, para pedir prosperidad para ese año.

³⁷ Costumbre que existía en Kioto, durante la víspera del Año Nuevo, de golpear las puertas de las casas y salir corriendo por calles y plazas soltando imprecaciones. Se creía que ese día los difuntos regresaban a sus antiguos hogares.

Un anacoreta que había abandonado el mundo dijo: «A uno que, como yo, ha cortado ya todas las ligaduras que lo aferran a esta tierra, lo único que le cuesta abandonar es ese trocito de cielo que ves allá». Y me pareció que tenía razón.

Cualquiera que sea la circunstancia, el mayor consuelo se halla al contemplar la luna.

Alguien dijo una vez: «No hay nada tan fascinante como la luna». Y otra persona replicó: «El rocío». Y, aunque pueda parecer extraño, sólo por eso comenzaron una disputa. Sin embargo, ¿acaso no es cierto que cualquier cosa, siempre que está colocada en su debido tiempo y lugar, es capaz de conmovernos?

No sólo la luna y las flores, también el viento hace vibrar nuestro corazón. El agua limpia que se desliza, choca contra una piedra y se deshace en gotas es causa, según sean las circunstancias, de sentimientos muy distintos.

Al pensar en ello recuerdo con un estremecimiento estos versos: «El agua de los ríos Yüan y Hsiang fluye día y noche, sin descanso, hacia el oriente y, ni por un instante, se detiene a consolar mi corazón quejumbroso»³⁸. O

³⁸ Tomado de un poema de la antología *San-t'i-shih* (1250). Los ríos despiertan en el autor la nostalgia por su tierra.

aquellos otros de Ci K'ang: «Mi corazón se alborozaba cuando me recreo en la montaña, junto a las aguas del río, y al admirar los peces y las aves»³⁹. Y es que no hay nada que alegre y consuele tanto el corazón como un paseo errante por prados solitarios y manantiales.

22

De entre todas las cosas, las antiguas son las que añoro con mayor intensidad. Las modas de hoy en día son cada vez más innobles.

Por su carácter solariego, me parecen especialmente bellos los utensilios de madera que fabricaron los doladores antiguos. Por lo que se refiere a las cartas y diarios, me maravillan los escritos en papeles deshechos y reutilizados. La expresión oral, por su parte, es cada vez más rastrera.

Antiguamente se decía: «Alza las varas del carro», «Despierta el candil»; pero la gente de nuestros días dice: «¡Arriba con ese carro!»; «¡Enciende la vela!»⁴⁰.

Antes se oía gritar: «¡A sus puestos la Intendencia de Palacio!», pero ahora se escucha: «¡Vamos, los de las antorchas!».

En el palacio, la sala donde el emperador escuchaba el *Sutra del Rayo de Oro* se llamaba Capilla del Rayo de

³⁹ Poema escrito por Hsi K'ang, siglo III, uno de los Siete Sabios del Bosque de Bambú. Corresponde esta época a la «Era de las guerras» en China.

⁴⁰ Dos expresiones que significan lo mismo. La única distinción es el grado de respeto al dar una orden.

Oro, pero ahora simplemente se conoce como Estancia del Rayo⁴¹.

«Todo esto da lástima», decía un anciano.

23

A pesar de que se diga que el mundo, en esta su fase final, ha degenerado, ¡qué maravilloso es saber que el espíritu de virtud que impregna el Palacio Imperial sigue sin ser mancillado por el aire del mundo!

Nombres como la veranda del Rocío, la sala del Yantar, el pabellón tal y cual, la puerta de fulano y mengano dejan un aura de misterio en el oído. Y aun objetos que se encuentran en las casas de gente vulgar, como los postigos y las celosías, las verandas del entarimado o las grandes puertas corredizas, adquieren dignidad cuando el vocablo se aplica al palacio. ¡Y cómo emociona escuchar: «Preparad el salón para la noche!» También es indescribible lo que uno siente cuando oye decir que prendan las lámparas de la Cámara de Su Majestad con esta orden: «¡Que ardan al instante las luminarias!». O ver los rostros en donde aflora el cuidado y el interés de los nobles que asisten a alguna función oficial, o el de los demás oficiales, de rango inferior, desempeñando con orgullo y confianza su papel. Qué emoción me producen...

⁴¹ *Sutra del Rayo de Oro (Konkomyo Saisho-kyo)*. Era el sutra más conocido del budismo en tiempos de Yoshida Kenkō. Todos los años, en mayo, el emperador recibía instrucciones catequéticas de este sutra.

Me hizo mucha gracia descubrir que en una fría noche de invierno estos mismos nobles estaban cabeceando aquí y allá durante una ceremonia.

No quiero olvidar tampoco que el primer ministro Tokudaiyi una vez recalcó: «¡Qué sonido tan noble y tan agradable tiene el cascabel del Salón del Espejo Sagrado!»⁴².

24

No creo que haya nada tan cautivador como el Santuario Nonomiya⁴³ durante el tiempo en que se halla en él una vestal imperial⁴⁴. Me divierte mucho ver cómo tratan de evitar las palabras «sutra» o «Buda», diciendo «Rollo de color» y «El del centro»⁴⁵.

Los santuarios o Residencias Divinas son demasiado fascinantes como para no detenerse en ellos. Lo que uno siente allí, rodeado por la espesura de árboles añosos, es algo inefable. ¿A quién no impresionarían los rojos valla-dares de los templos con sus brazales de telas sagradas atados a las ramas de las cleyeras⁴⁶?

⁴² Se refiere al Salón Onmeiden, donde se veneraba el Espejo Sagrado.

⁴³ Templo sintoísta que estaba en Sagano, en las afueras de la capital, donde residía temporalmente una princesa virgen.

⁴⁴ Residía aquí un año, y después se trasladaba al templo de Ise. Mientras viviera el emperador no podía ni casarse ni regresar a la capital. Durante la ceremonia de despedida, el emperador le atusaba el cabello con un peine.

⁴⁵ Metáforas con las que se designaban los objetos religiosos. Para nombrar a Buda se decía «el del centro».

⁴⁶ Árbol cuyas ramas se usaban en las ceremonias sintoístas. Siempre estaba verde.

Los santuarios de Ise, Kamo, Kasuga, Hirano, Sumiyoshi, Miwa, Kibune, Ohara, Matsuo y Uenomiya son, a mi juicio, especialmente hermosos.

Este mundo varía tanto como las simas y los remansos del río Asuka⁴⁷. El tiempo pasa, las cosas se difuminan y desaparecen. Las alegrías se alternan con las tristezas. Lugares que en tiempos fueron prósperos están hoy deshabitados. Hay viviendas que se mantienen intactas, pero ya no son los mismos sus habitantes. El melocotonero y el ciruelo florecen como antes, pero no dicen nada⁴⁸. ¿Con quién podré hablar de mis recuerdos?

La fugacidad de todas las cosas de este mundo se siente más aún al ver las ruinas de una casa en la que hace tiempo, antes de que uno la conociera, la persona que allí residía era respetada y pudiente.

Al contemplar los restos del palacio Kyogoku⁴⁹ y del templo Joyi⁵⁰, me parece que sus piedras todavía conservan las aspiraciones de sus mentores, a pesar de que los edificios hayan sufrido un cambio tan grande, y esto me conmueve. Construyó este templo Mido-dono, lo llenó

⁴⁷ Arroyo que corre por la vecindad del poblado de Asuka, provincia de Nara, la región más histórica de Japón. El nombre de este arroyo sale en muchos poemas de esta época, al hablar de la transitoriedad de las cosas.

⁴⁸ Alusión a un poema chino de la recopilación *Wakan roei*.

⁴⁹ Palacio de Fujiwara no Michinaga, que sufrió dos incendios tras su muerte.

⁵⁰ Fundado por Michinaga. Aquí vivió él después de retirarse del mundo en 1018.

de esplendor y le adjudicó cuantiosas huertas y terrenos. Abrigaba el deseo de que sus descendientes, por generaciones y generaciones, asistiesen siempre al emperador y siguieran teniendo en sus manos las riendas del país, pero ¿cómo iba siquiera a imaginar que, por muy malos tiempos que vinieran, su templo se convertiría en tan lastimosa ruina?

El Portón y el Salón de Oro se conservaban hasta hace poco, pero la Puerta del Sur se quemó allá por la era de Showa⁵¹ y, posteriormente, se derrumbó el Salón de Oro, y derribado sigue todavía. Por ahora no ha habido nadie que haya intentado reconstruirlo. Sólo mantiene su forma original el Salón Muryoyu⁵², en donde hay nueve imágenes de Buda en fila, todas ellas de seis pies de altura, que infunden veneración.

Al ver la placa, aún hoy claramente legible, escrita por Kozo, el consejero mayor, y la inscripción de Kaneyuki en la puerta, me ahoga la tristeza. Hay otros edificios todavía en pie, como el Salón de Jokke, pero no sé si durarán mucho.

De los demás no queda nada. Aquí y allá se ven basamentos de piedra que sobresalen del terreno, pero nadie sabe con certeza a qué edificio pertenecían.

Así, pues, en este mundo es difícil hacer planes para un futuro que uno no va a conocer.

⁵¹ Entre 1312 y 1317.

⁵² El parecer más común es que se quemó en 1331. Esto indicaría que la obra de Kenkō fue escrita después de esta fecha. Como prueba se suele presentar este hecho.

Al ponerme a pensar en el tiempo que pasé amando a alguien que desapareció como las flores del cerezo que caen y se dispersan aún antes de que sople el viento de la tempestad, reviven en mi memoria, sílaba por sílaba, todas sus palabras, que no puedo olvidar. Y al comprender que, como pasa en estos casos, ella se va alejando cada vez más de mi mundo, me traspasa un dolor más terrible aún que el que nos ocasiona la muerte. Ya en tiempos antiguos hubo quien sufría porque un hilo blanco se podía teñir de muchos colores y porque los caminos tenían encrucijadas que los separaban⁵³.

Entre los cien poemas del emperador retirado Horikawa, hay uno que dice:

Munashiki mishi

Imo ga kakine wa

Arenikeri

Tsubana mayiri no

Sumire no mishite

Desolada ha quedado

la cerca que rodea

la casa de mi amante.

Olvidada florece, entre

las hierbas,

una violeta⁵⁴.

⁵³ Refiriéndose a Huai-nan Tzu, que escribió: «Yang-tzu vio que el camino se bifurcaba y que uno se dirigía al norte y otro se orientaba al sur. Dudaba y sufría, no sabiendo cuál tomar».

⁵⁴ Tomado de la colección *Cien poemas del emperador Horikawa*, recopilada en 1099 y 1103. De la fecha se duda, pero no del recopilador.

Es un poema muy triste. Sin duda describe una experiencia real.

27

Durante la ceremonia de la Abdicación del Trono, hay un momento que se dedica a la devolución de los tres objetos sagrados, a saber: la Espada Divina, la Joya y el Espejo. Es enormemente triste.

La primavera del año en que abdicó, Hanazono⁵⁵, el último emperador retirado, escribió:

<i>0</i>	<i>Tonomori no</i>	Los pajes de palacio
	<i>Tomo no miyakko</i>	me tratan como extraño.
	<i>Yoso ni shite</i>	El jardín sin rastrillar
	<i>Harawanu niwa ni</i>	cubre de pétalos
	<i>Hana zo chirishiku</i>	el manto de la tierra.

Es un poema tristísimo. Todos andaban ocupados con las celebraciones del nuevo entronizado y nadie tenía tiempo de visitar al retirado. Y, sin embargo, éste era precisamente el momento de demostrar los sentimientos que albergaban hacia él sus corazones.

⁵⁵Se retiró en 1318.

No hay nada más descorazonador que el año en que el emperador está de luto. El aspecto de la Residencia Temporal es muy austero⁵⁶; el entarimado, bajo; las celosías de junco; los utensilios son toscos, y todos los servidores llevan raros ropajes de un color ceniciento. Hasta las empuñaduras de las espadas y sus adornos son austeros, de acuerdo con el pesar del momento.

Al recogerme en silencio y sentarme a meditar, siento una nostalgia tan grande por las cosas pasadas y no existentes ya que casi no la puedo soportar. A la hora en la que todos duermen, para distraerme en las largas noches, saco y ordeno todos mis enseres, rompo los apuntes que no quisiera dejar y, entre ellos, a veces encuentro papeles de alguna persona que ya no existe, aquellos donde hizo ejercicios de caligrafía o pintó, por distraerse, algún dibujo. Entonces, reviven en mi corazón los sentimientos de hace muchos años. Cuando se trata de una carta escrita por alguna persona que todavía vive, pienso en el tiempo transcurrido desde que la escribió, en el día u ocasión en que la recibí, en el año que sería, etc., y me invade la emoción.

⁵⁶ Cuando moría su padre o su madre, el emperador guardaba un año de luto, y los trece primeros días los pasaba encerrado en una residencia provisional del palacio.

Y al detener la vista en ciertos objetos usados por esas personas que ya no existen y ver que éstos siguen existiendo, impasibles, siento mucha tristeza.

No hay nada tan triste como los días de duelo después de la muerte⁵⁷. Durante los cuarenta y nueve días de los funerales, los familiares se recogen en un templo de la montaña, o en un lugar semejante, con escasas comodidades, que suele ser estrecho para albergar a tanta gente, y pasan las jornadas ocupados en las preces y en la liturgia de los difuntos. Los días transcurren con rapidez. Al llegar el último día de los servicios, la gente, como si se hubiera olvidado de las consideraciones que había mostrado para con los demás, y con la seguridad del que obra sabiendo bien lo que tiene que hacer, recoge sus enseres y sale en desbandada. Será al llegar a sus casas cuando muchos de ellos sientan la tristeza y el desconsuelo. Hay quien dice: «No se debe decir esto o lo otro, porque es mal augurio. Para bien de la familia, mejor sería evitar esas palabras».

Pero ¿cómo puede haber gente que se preocupe por semejantes chiquilladas en medio de tanto dolor? La insensatez del corazón es ciertamente desalentadora. No es que, con el transcurso del tiempo, nos olvidemos de los

⁵⁷ Los cuarenta y nueve días que siguen al de la muerte, periodo durante el cual el espíritu vuelve a renacer.

difuntos, pero, como suele decirse: «Con el paso del tiempo, la silueta de quienes caminan hacia la muerte se hace más borrosa y lejana»⁵⁸.

Y, sin embargo, quizás porque el dolor no sea tan agudo como en el momento de la muerte, nos reímos y soltamos comentarios socarrones. Los restos mortales se entierran en un lugar solitario de la montaña que se visita sólo en días determinados. Entre tanto la lápida se va cubriendo de musgo y de las hojas que caen de los árboles. Por fin, los únicos que se detienen a conversar con él son la tormenta del atardecer y la luna de la noche. Y mientras haya gente que se acuerde de uno, menos mal. Sólo que esas personas no tardarán en desaparecer también, y cuando sus hijos y nietos oigan su nombre, no sentirán el dolor de la separación.

Las generaciones siguientes ni siquiera escucharán ese nombre, y nadie sabrá cómo se llamaba⁵⁹. La gente se fijará en la hierba que crece todos los años por primavera sobre la tumba, y el que tenga sentimientos se verá tocado por la lástima al contemplarla.

Por último, crujirá el pino que la cubría con su sombra, dolorido bajo el viento de la tormenta y, sin tener la dicha de poder contar mil años⁶⁰, lo cortarán en trozos para hacer leña.

⁵⁸ Y el texto chino continúa: «Y la de aquellos que se acercan (niños) es cada vez más familiar». *Monzen*, vol. 15, poema 19.

⁵⁹ Los chinos daban importancia al nombre, porque suponía y exigía la existencia de una realidad.

⁶⁰ Kenkō sigue teniendo en la mente el texto de *Monzen* citado anteriormente.

Con la pala allanarán la tumba y el lugar se convertirá en un campo. ¡Qué angustioso es pensar que todo desaparecerá, hasta el túmulo!

31

Cierto día, por la mañana, mientras caía una nevada maravillosa, como tenía que comunicarle algo a una persona, le escribí una carta y se la envié. Pero olvidé preguntarle por la nevada.

Me llegó una respuesta muy interesante, que decía: «¿Cómo podré prestar oídos a lo que me cuenta en su carta un hombre a quien no se le ocurre preguntarme cuál es la emoción que me gobierna mientras veo cómo cae la nieve? No muestra tener un corazón dócil. ¡Es una lástima!».

La persona que me dijo esto ya no vive en este mundo, pero confío no olvidar esa pequeña anécdota.

32

Creo que sería el día veinte del noveno mes. Invitado por cierta persona, estuvimos hasta el amanecer paseando y contemplando la luna.

Al pasar por una casa que él conocía, mandó avisar de que había llegado y después entró. Las hierbas del jardín estaban muy crecidas y cubiertas de rocío. Me llegó un perfume suave; uno podría haber creído que lo estaban

38

quemando de manera intencionada. La impresión de saber que allí vivía alguien, apartado del mundo y en retiro, me conmovió profundamente.

Transcurrido el debido tiempo, reapareció mi compañero, pero yo, abismado en la dignidad y la belleza del lugar, me quedé observando un poco más desde la oscuridad, y vi que, después de despedirlo, alguien entreabría un poquito la puerta, sin duda para contemplar la luna. ¿Sospechaba que la observaban? Una sensibilidad semejante sólo podría ser el fruto de una mente educada con el tiempo.

Me dijeron que aquella mujer falleció poco después.

33

Una vez terminada la construcción del actual palacio⁶¹, los correspondientes oficiales, expertos en los usos de la corte, inspeccionaron el edificio y no encontraron ningún defecto. Ya se acercaba el día del traslado del emperador cuando la abadesa Genki⁶² hizo una revisión y dijo: «El boquete de las ventanas del palacio Kanin era ovalado y, además, no tenían marco». Todos se quedaron asombrados de su memoria⁶³.

⁶¹ Construido por el emperador Hanazono en 1317.

⁶² Madre del emperador Fushimi y esposa del emperador Fukakusa. Falleció en 1329, a los ochenta y cuatro años.

⁶³ Usaron este palacio varios emperadores, pero se quemó en 1259. Este detalle revela la capacidad de observación y el apego a la tradición.

Las ventanas del nuevo palacio tenían forma dentada, como las hojas de los árboles, y un marco de madera. Como estaban mal, volvieron a hacerlas.

34

El *kaiko* es el opérculo que se asoma y sobresale de la concha, con forma de la caracola, pero más pequeño que ésta.

Yo encontré algunas de estas conchas en la bahía de Kanesawa, en la provincia de Musashi⁶⁴. Las gentes del lugar me dijeron que allí las llamaban *jenatari*.

35

Aunque una persona tenga mala caligrafía, no por eso ha de avergonzarse de escribir las cartas por sí misma. Pedir a otros que se las escriban, sólo por el hecho de que escribe mal, resultaría displicente.

36

Alguien me contó lo siguiente: «Una vez dejé pasar mucho tiempo sin visitar a una mujer. Pensé que estaría muy

⁶⁴ Hoy este barrio se llama Kanazawa, y se encuentra dentro de la ciudad de Yokohama. Kenkō residió allí durante algún tiempo.

40

enfadada a causa de mi pereza y sólo buscaba la manera de pedirle perdón.

»Precisamente cuando me encontraba en aquellos apuros, la mujer me envió un mensaje, totalmente inesperado, diciendo: "¿No tendrías algún criado libre para dejarme?". ¡Qué alegría me dio!».

A continuación, apostilló: «Una mujer capaz de un gesto así resulta admirable».

Yo estoy completamente de acuerdo.

37

Cuando una persona con la que uno tiene intimidad se aleja un poco y te trata de repente con distinción y respeto, te dices: «¿A qué viene ahora esa manera de hablar y ese comportamiento?». Sin embargo, creo que en ese trato hay mucha sinceridad y buena educación. Lo mismo ocurre cuando una persona extraña se acerca y te habla con franqueza y confianza.

38

¡Qué locura es dejarse llevar por el deseo de fama y el interés y pasar la vida sin un momento de paz y descanso!

Cuantas más riquezas poseamos, tanto más descuidaremos la vida y la salud del cuerpo. La abundancia tiende a atraer sobre sí desastres y calamidades. Aunque al morir dejemos una cantidad de oro que llegue hasta la Estrella

41

Polar⁶⁵, con esto sólo causaremos molestias y disgustos a nuestros herederos. Los placeres que alegran y consuelan a los mentecatos son insípidos. A ojos de las personas juiciosas, los carruajes espaciosos, los caballos bien rollizos y los adornos de oro y plata son todas cosas vanas.

Cuánto mejor sería arrojar el dinero a una montaña y las joyas al abismo. Aquel que se deje llevar por los intereses humanos es un necio de primera clase. El deseo de dejar tras de sí una reputación que trascienda los siglos es algo que, en verdad, a todos ronda. Pero ¿acaso se puede afirmar que las personas que ocupan puestos destacados son, necesariamente, excelentes? Hay hombres sin talento con elevadas posiciones que viven en la abundancia sólo porque nacieron en una familia ilustre, les ayudaron los tiempos o por los avatares de la vida. Pero también hay muchos hombres sabios y virtuosos que escogen, de forma voluntaria, puestos humildes y terminan sus días sin recibir las bendiciones de la fortuna⁶⁶. La avidez por los cargos y puestos de poder es la segunda clase de locura.

Todos queremos granjearnos fama por nuestro conocimiento y nuestra virtud, pero, si lo pensamos bien, lo que vamos buscando en realidad es el placer de escuchar las alabanzas de los demás. Sin embargo, los días de estancia en este mundo, tanto de los que nos alaban como de los que nos vituperan, son bien breves, e incluso aquellos

⁶⁵ Kenkō tiene en mente un poema de Po Chu'í donde se lee: «Más vale una jarra de vino, mientras sigamos con vida, que dejar en ella una montaña de oro que llegue hasta la Estrella Polar».

⁶⁶ Frase de Lao-Tse, filósofo chino y fundador del taoísmo.

que escucharán esas alabanzas no tardarán mucho en abandonarlo.

Entonces, ¿ante quiénes hemos de sentir vergüenza? ¿Quién hemos de desear que nos alabe? Además, la censura acompaña a la reputación, y después de muertos de poco nos servirá la fama.

El que desee la fama seguirá a los anteriores en la locura.

Ahora bien, a aquellos que codician desordenadamente la ciencia y la sabiduría, yo les diría que los conocimientos conducen al engaño y que con los talentos aumentan los deseos y los sufrimientos del hombre⁶⁷.

La ciencia que se obtiene a través de la palabra y que nos llega mediante el oído no es la sabiduría verdadera. ¿Cuál es entonces? La que no distingue y sabe que lo bueno y lo malo es una misma cosa.

¿Y cuál es la virtud verdadera? Si para el hombre virtuoso no existe ciencia, tampoco virtud, ni objetivos, ni fama.

¿Habrà alguien que pueda valorar a ese hombre? Nadie, y nadie hará imperecedero su nombre. Y no es que el hombre virtuoso oculte su virtud y trate de hacerse pasar por mentecato. Simplemente, no hay una línea divisoria que separe la sabiduría de la estupidez, la pérdida de la ganancia. Aquel que vagando por el mar de la duda ansíe la fama y el interés propios recogerá como único fruto el

⁶⁷ Se alternan pensamientos confucianos, taoístas y budistas. El conocimiento se adquiere dividiendo y comparando. El camino de la unidad es el amor.

que he expuesto arriba. Todo es ilusorio. No vale la pena ni discutir ni desear nada.

39

Una vez un hombre preguntó al venerable Jonen⁶⁸: «Estoy sin saber qué hacer, porque, a veces, cuando recito el *nembutsu*, me entra sueño y no puedo cumplir con mis devociones. ¿Qué me aconseja?».

Jonen le respondió: «Tú recita el *nembutsu* mientras estés despierto».

Es una respuesta de un valor inestimable. Y después continuó: «Si tienes certeza de que vas al Paraíso, irás, sin duda alguna; y si no estás seguro, tu salvación es incierta». Otra respuesta excelente. Y de nuevo añadió: «Si, a pesar de tener dudas, recitas el *nembutsu*, irás al cielo».

Palabras divinas.

40

En la provincia de Inaba había un sacerdote seglar que vivía con su familia y tenía una hija muy bella que atraía a muchos pretendientes, pero la chica no comía nada más que castañas y no probaba ni el arroz ni otros cereales.

⁶⁸ Jonen fue el fundador de una secta budista muy popular, opuesta al Zen y con un aire luterano, denominada Yodo. Según su doctrina, un hombre no puede salvarse con sus propias fuerzas y necesita apoyarse en el Otro. Nació en 1133.

44

Así que su padre le negó el permiso para casarse, argumentando: «Las mujeres raras como tú no deben ir como esposas a casa de nadie»⁶⁹.

El día cinco del quinto mes fui a ver las carreras de caballos en el santuario Kamo⁷⁰. Era tanta la gente que había delante y detrás de nuestra carroza que no veíamos nada. Nos apeamos e intentamos llegar hasta la empalizada, pero el gentío era tal que no pudimos abrirnos paso entre ellos.

Al otro lado de la valla vimos a un monje subido en lo alto de un árbol. A pesar de estar sentado en una rama, dormitaba y daba cabezadas. En el mismo momento en que parecía que se iba a caer, se despertaba, y otra vez se volvía a dormir, y vuelta a despertarse.

La gente, al verlo, se reía a carcajadas, y gritaba: «¡Ha-brase visto hombre más necio! ¡La pachorra que hay que tener para dormirse colgado de la rama de un cinamomo!».

En aquel momento yo pensé y dije: «La muerte es incierta y a cualquiera puede sorprendernos en este mismo instante. Y, sin embargo, nos olvidamos de esa verdad y pasamos los días gozando de simples espectáculos, lo que significa que nosotros somos aún más necios».

⁶⁹ Kenkō parece reprobar aquello que no pueda considerarse natural y espontáneo. Véase el parágrafo 154.

⁷⁰ Era una de las principales festividades de Kioto. Las carreras de caballos tenían lugar desde uno de los arcos de entrada al templo Kamo hasta el otro.

Al oír esto, algunas personas que se hallaban delante de nosotros respondieron: «Tiene razón. Lo que estamos haciendo es una locura». Y se volvieron y nos hicieron sitio, diciéndonos: «Pasen delante, señores».

Fue una observación que a cualquiera se le podía haber ocurrido, pero, quizás por lo imprevista, tuvo su efecto. Como el hombre, a diferencia de los árboles y de las rocas, tiene sentimientos, nadie puede asegurar que en ciertas ocasiones no vaya a conmoverse.

El monje conocido por el nombre de abad Gyoga era hijo del comandante Karajashi, e instructor encargado de enseñar la doctrina religiosa. Padecía lipotimias y, poco a poco, a medida que avanzaba en edad, se le iba obstruyendo la nariz y la respiración se le hacía cada vez más difícil. Trataron de encontrar una cura, pero iba a peor. La inflamación de los ojos, los párpados y la frente se le extendió por toda la cara y llegó a ser tan horrible que no veía nada. Su cara recordaba a la máscara *Ninomai*⁷¹, y, al final, su aspecto era tan terrible que se parecía a un demonio. Los ojos se desplazaron hasta que se le colocaron en la frente. Su nariz fue a parar también allá arriba, etc. Después de esto, no se dejó ver más, ni trataba con

⁷¹ *Ninomai* hace referencia a la doble máscara que se usa en las danzas de la corte o *bugaku*. Una representa un personaje femenino, y la otra, a uno masculino. Es ésta la que se inflama, a la que se le cae la piel sobre los ojos y pómulos e impone terror a quien la ve.

los otros monjes del monasterio; vivió en completo aislamiento.

Pasó así muchos años. La enfermedad se fue agravando hasta que murió.

Habrà quien no lo crea, pero existen enfermedades como ésta.

43

Sería, quizás, el final de la primavera. En un día sereno y bajo un cielo despejado y profundo iba caminando y me encontré con una casa cuyo aspecto no era humilde. En el fondo del jardín había árboles vetustos. Las macetas estaban sembradas de flores. No pude evitarlo y entré. Habían bajado los postigos de las puertas que daban al sur y todo rezumaba soledad. Me volví hacia el este y descubrí una puerta lo suficientemente abierta. Miré por una rendija que dejaban las persianas de bambú y vi, descansando pero sin perder la dignidad y la elegancia, a un joven agraciado de unos veinte años. Leía un libro que tenía sobre la mesa.

¿Quién sería? ¡Qué ganas tuve de preguntárselo!

44

Por una mísera puerta de bambú, salió a la luz de la luna un joven que vestía una túnica resplandeciente cuyo color

47

no pude apreciar bien. Los bombachos eran de un tono púrpura intenso. Con aire festivo, empezó a caminar a lo largo de un sendero entre los campos de arroz. Le seguía, como paje, un niño. A pesar de que iba empapándose con el rocío que se desprendía de las hojas de las plantas, caminaba alegre, tocando la flauta con suma maestría. Curioso por saber adónde se dirigía, ya que en lugares tan apartados difícilmente se encontraría a alguien que apreciara su talento, le seguí. Cuando dejó de oírse la melodía, el joven entró en una residencia a la que se accedía por un gran portón que se hallaba al pie de la montaña.

Mi vista se detuvo en un carro de bueyes con las varas descansando sobre una peana, quizás porque en estos lugares resaltan más que en la capital. Le pregunté a un lacayo por qué estaba el carro allí, y me respondió: «Porque está aquí el príncipe Fulano de Tal. Supongo que irán a celebrar algún funeral según el rito budista».

Los sacerdotes se reunieron en el oratorio. En las alas del viento frío de la noche llegó hasta mí el perfume penetrante del incienso.

Al atravesar el pasillo que conduce desde las habitaciones privadas al oratorio, las damas de la corte dejaban en el aire el perfume del que estaban impregnados sus vestidos. Me sorprendió que en lugares como éste, en donde nadie las ve, siguieran poniendo en su atuendo el mismo cuidado de siempre. Las plantas del jardín, creciendo a su antojo como en un campo de otoño, estaban cubiertas de una capa de rocío tan gruesa que parecía que las hojas fueran a caer. El canto de los insectos tenía un deje de

resentimiento y de piedad. El murmullo del agua del jardín ponía una nota de calma y de armonía. Me dio la sensación de que el movimiento de las nubes era más rápido que en la capital y que la luna, sin durar mucho en un ser, aparecía y desaparecía por detrás de las nubes.

45

Kinyo⁷², un oficial de segundo grado, tenía un hermano llamado Ryogaku⁷³, un abad con un temperamento en extremo irascible. Junto a su celda había un almezo muy grande, y por eso la gente dio en llamarle «El abad almez». El abad se enfadó mucho y cortó el árbol. Pero, como dejó el tocón, la gente lo empezó a llamar «El abad tocón». De nuevo montó en cólera y, para arrancar el resto del tronco y sacar la raíz, abrió un agujero muy grande. A partir de entonces la gente lo llama «El abad hoyo».

46

Cerca de Yanagujara vivía un sacerdote al que dieron por nombre religioso el de «abad descuidero». Al parecer, el haberse visto asaltado frecuentemente por bandoleros le valió ese título.

⁷² El camarlengo de segundo rango y poeta Fujiwara no Kinyo, que murió en 1235.

⁷³ Abad de la secta Tendai y poeta.

Un hombre que iba a orar al templo Kiyomizu se encontró por el camino con una religiosa muy anciana que repetía sin cesar: «¡*Kusame, kusame!*»⁷⁴.

Al ver que repetía lo mismo tantas veces, el hombre preguntó: «Hermana, ¿qué es eso que llevas todo el camino repitiendo?».

Pero ella se hacía la sorda y seguía diciendo lo mismo.

Le volvió a hacer una y otra vez la misma pregunta, hasta que, al final, enojada, le dijo: «¡Vaya por Dios, qué hombre más pesado! ¿No ve que si no se dicen esas palabras cuando uno estornuda, te mueres? Mi joven amigo, a quien yo misma crié, está ahora educándose en el monasterio del monte Jiei, donde hace mucho frío. Imagine que se le ocurre estornudar en este mismo instante... Así que no puedo dejar de repetirlo».

¡Qué modo de amar y de desvivirse por los demás!

El noble Mitsuchika⁷⁵, que era el encargado de la liturgia y de las lecturas del sutra *Luz de oro* en el palacio del em-

⁷⁴ *Kusame* significa «estornudo». Se usa como conjuro y jaculatoria.

⁷⁵ Se refiere a Fujiwara no Mitsuchika (1176-1221), consejero del emperador Go-Toba. Trató de convencer al emperador de que no se levantase contra la familia Joyo, pero cayó en manos de aquel clan y lo mataron.

perador retirado, fue invitado a acudir ante Su Majestad, que le ofreció alimentos de su propia bandeja y le instó a que comiera. Una vez terminó de comer, puso las bandejas una encima de la otra, las dejó detrás de la cortina imperial y se retiró.

Al ver esto, las cortesanas del servicio se dijeron: «¡Qué poca delicadeza! ¡Y quién pretende que vaya a recogerlo ahora!».

Sin embargo, el emperador retirado, admirado por ese detalle, dijo: «¡Qué gran lección! Obra teniendo en cuenta el pasado».

49

No dejes para cuando seas viejo la práctica de los deberes de la fe, porque la mayor parte de las tumbas antiguas son de hombres que murieron jóvenes.

Los hombres caen por primera vez en la cuenta de los yerros cometidos en el pasado cuando les llega una enfermedad inesperada y están a punto de partir de este mundo.

El error suele consistir en llevar a cabo despacio una cosa cuando había que haberla hecho deprisa, y en llevar a cabo apresuradamente acciones en relación con las cuales tendríamos que habernos mostrado más remisos.

En esos momentos uno se arrepiente de las acciones del pasado, pero ¿le servirá para algo?

El hombre debe tener siempre presente que la muerte le acecha a cada instante. Si así lo hiciera, ¿no sería más

fina la capa de impurezas que cubre su corazón y más sincera la resolución de dedicarse con mayor fervor a los preceptos de Buda?

La historia que puede leerse en *Diez causas de salvación*, de Zenrin⁷⁶, habla de un hombre venerable del pasado que fue a discutir sobre un negocio que concernía también a otro. Al llegar, le dijo: «Mira, tengo una cosa urgente que me apremia tanto como el fuego». Y, habiendo dicho esto, se taponó los oídos y comenzó a recitar el *nembutsu*, y así se fue al Paraíso.

Un sabio llamado Shinkai⁷⁷ estaba tan convencido de lo transitorio que es este mundo que nunca se sentaba a descansar con las piernas cruzadas, sino que se arrodillaba siempre sobre los talones.

Allá por la era del Ocho⁷⁸ se divulgó por la capital el rumor de que habían traído a una endemoniada de Ise, y las gentes que vivían entre Kioto y el barrio de Shirakawa llevaban ya casi veinte días yendo de acá para allá tratando de ver con sus propios ojos a la mujer convertida en demonio. Y decían: «Ayer fue a orar al templo Saion⁷⁹»;

⁷⁶ Se refiere a Yogan (1032-1111), monje del templo Zenrin, poeta y autor de *Oyo Yuin*, una obra muy conocida en la época.

⁷⁷ Hijo adoptivo de Taira no Munemori, que terminó refugiándose en el monasterio de Koia.

⁷⁸ Corresponde al reinado del emperador Janzono (1311-1312).

⁷⁹ Antes villa o residencia de la familia Fujiwara.

«Seguro que hoy irá al oratorio del emperador retirado»; «En estos momentos está en tal o cual lugar». Nadie había conseguido ver al «demonio», pero tampoco había nadie que se atreviera a decir que el rumor era falso. Todas las lenguas hablaban de *la endemoniada*.

Por aquellos días, después de pasar por Jigashiyama, yo llegué cerca de Agüi y me encontré con que sus habitantes, desde la Calle Cuarta hacia el norte, corrían gritando: «¡El demonio está en la esquina de la Calle Uno y Muro-machi!». Al llegar cerca de Imadegawa, me fijé en que se había juntado tal cantidad de gente alrededor del podio que el emperador retirado usaba para ver los festivales que no se podía pasar.

En aquel momento pensé: «Pues al final va a ser verdad esta habladuría...».

Y mandé a una persona a que lo investigase. Sin embargo, no había nadie que afirmara haberla visto. El gentío estuvo allí vociferando hasta que oscureció. Hubo incluso peleas y otros incidentes desagradables. Ocurrió por aquel entonces que mucha gente caía enferma durante dos o tres días. Se oía decir: «Esta enfermedad es el castigo que nos viene por haber mentido».

El emperador retirado decidió desviar, para el estanque de su palacio de Kameyama, el agua del río Oi, y le pidió

a la gente que vivía en los alrededores⁸⁰ que le hiciera una azuda a cambio de mucho dinero. Trabajaron a destajo, y al cabo de unos días la terminaron. Después la colocaron y montaron en la corriente, pero no giraba. Limaron aquí, alteraron alguna pieza allá, pero la azuda no se movía. Estaba allí montada, pero sin dar servicio.

El emperador retirado llamó después a los hombres de Uyi y les pidió que se la hicieran ellos. Le armaron la azuda en un abrir y cerrar de ojos. La colocaron, y he aquí que giraba y elevaba el agua del río con la mayor suavidad, y los llenaron a todos de satisfacción.

¡Qué valor tiene el hombre que es experto en algo!

52

Un sacerdote del templo Ninna⁸¹ se recriminaba a sí mismo no haber ido nunca a orar al santuario Iwashimizu⁸², a pesar de su avanzada edad. Así que un buen día se puso en pie y echó a andar, solo, hacia el santuario. Llegó a la falda del monte, oró frente al pórtico del Paraíso y ante la imagen sagrada de Kora, y se volvió, creyendo que ya no había más templos.

⁸⁰ Se trata de un lugar próximo al actual templo Tenriuyi, al oeste de la capital de Kioto. En esta villa residieron dos emperadores después de retirarse: Go-Saga (1220-1272) y Kameyama (1249-1305).

⁸¹ El templo Ninna, citado con frecuencia en esta obra porque Kenkō vivió en él, pertenece a la secta Shingon y aparece en varios episodios.

⁸² Templo sintoísta dedicado a la divinidad Jachimán que se encuentra cerca de Kioto, en la ciudad de Yawata.

A sus compañeros y sacerdotes más jóvenes les decía: «Por fin pude, ya de viejo, cumplir mi sueño. ¡Qué lugar! ¡Es mucho más impresionante de lo que dice la gente! ¡Sabéis si había algo más arriba? Lo digo porque toda la gente subía. A punto estuve de ir a ver, pero me dije: “Tú has venido a orar”. Así que regresé sin saber lo que allí había»⁸³.

Aun en las cosas insignificantes, ¡cuánto mejor sería disponer de un guía!

53

La siguiente historia también le ocurrió a un monje del templo Ninna. Hicieron una fiesta para despedirle, pues iba a recibir la ordenación completa y hacerse *bhikkhu*. Todos se estaban divirtiendo cuando uno de los monjes, que había bebido demasiado, tomó un pote de tres patas que tenía a mano y se lo plantó por sombrero.

El pote se le atascó en la nariz, pero dio un empujón y consiguió encasquetárselo. Con el pote calado en la cabeza empezó a bailar, causando un enorme regocijo entre los presentes.

Después de haber estado bailando un rato intentó quitárselo, pero no había manera. Los monjes se quedaron de una pieza, sin saber qué hacer. Lo intentaron de un modo y de otro, pero lo único que consiguieron fue

⁸³ Es en la parte más alta del monte donde se encuentra el santuario principal. Los oratorios de menor importancia están en la falda.

despellejarle el cuello, que empezó a sangrar y se le inflamó tanto que la respiración se le hacía difícil. Trataron de quebrar a golpes el pote, pero era imposible, porque resonaba tanto que el desgraciado no lo podía soportar. Sin saber ya qué hacer, le cubrieron las tres patas con una tela, le pusieron un bastón en la mano para que se apoyara en él y lo condujeron a casa de un médico de Kioto.

La gente que encontraban por el camino se detenía a mirarlos con curiosidad y suspicacia. ¡Qué imagen tan grotesca al entrar en la casa del doctor, y cuando se sentó delante de él! Porque, claro, en cuanto intentaba decir algo la voz se le convertía en un mugido apagado e ininteligible.

El médico dijo: «No hay nada que hacer. No hay libro de medicina que trate el caso, y no tengo conocimiento de que nadie haya dicho nada sobre el particular».

Así que el monje tuvo que volverse al templo Ninna. Los parientes y su anciana madre no hacían más que llorar a su cabecera, aunque seguro que a él no le llegaban los suspiros.

En ésas estaban cuando alguien tuvo una ocurrencia, y dijo: «Vamos a tirar del pote con todas nuestras fuerzas. Lo peor que puede pasar es que lo dejemos sin nariz y sin orejas, pero le habremos salvado la vida».

Introdujeron unas pajas y las colocaron alrededor del cuello para protegerlo del metal, y, al tirar con una fuerza tal que bien habrían podido arrancarle el cuello, sacaron el pote, que se llevó consigo la nariz y las orejas, dejándole sólo los agujeros.

El monje recuperó la vida, que ya estaba en peligro, pero dicen que estuvo bastante tiempo enfermo de gravedad.

En Omuro⁸⁴, había un joven monje muy guapo y los demás no sabían qué hacer para sacarlo a divertirse un rato. Les pidieron consejo y ayuda a otros monjes expertos en cantos y danzas, prepararon una elegante caja de madera, la metieron con cuidado dentro de un contenedor más grande y lo enterraron en un lugar que les pareció apropiado, no lejos de Narabigaoka⁸⁵. Después de cubrir la zona con hojas de arce, para que nadie sospechara nada, regresaron a Omuro y convencieron al joven para que les acompañara. Los monjes iban muy contentos, bromeando y jugando, hasta que llegaron al lugar, que seguía disimulado por las hojas, y allí se sentaron en fila.

Empezaron a decir:

—¡Ay, qué aburrido!

—¿Por qué no hacemos una hoguera con las hojas carmesí⁸⁶?

—Alguno que sea virtuoso, a ver si reza y nos hace un milagro.

⁸⁴ Suburbio de Kioto donde se encuentra el templo Ninna ya citado.

⁸⁵ Se refiere a tres colinas que se hallan al oeste de la capital. Allí vivió Kenkō por algún tiempo, y se cree que sus restos descansan en la falda de una de ellas.

⁸⁶ Referencia a un poema chino de Po Ch'ui: «Para calentar el vino, hice una hoguera con las hojas carmesí».

Los monjes se dirigieron hacia el árbol bajo el cual habían enterrado la caja, frotaron los *zuzus*⁸⁷, concentrando toda la fuerza en las manos, y, con gestos exagerados, empezaron a retirar hojas y a escarbar, pero no aparecía nada. Excavaron en otros lugares, creyendo que se habían equivocado de sitio. No dejaron sin escarbar un solo rincón de la montaña y, sin embargo, no fueron capaces de encontrarla. Alguien, escondido en algún lugar, los había visto enterrar la caja y, cuando ellos regresaron a Omuro, se la había llevado. Los monjes estuvieron un rato sin decirse nada, pero, al fin, terminaron en una trifulca de lo más vergonzosa, y regresaron al templo todos disgustados.

Los planes más ingeniosos suelen resultar fallidos.

55

La construcción de una casa se ha de hacer teniendo en cuenta el verano. El invierno, en climas no muy rigurosos, se puede pasar en cualquier parte. Pero cuando hace calor, vivir en una casa que no ha sido edificada con vistas al verano se vuelve insoportable. De la misma manera, el agua, cuando corre por una zanja profunda, no da la misma sensación de frescor y alivio que cuando discurre por superficies poco hondas. Si vamos a dedicarnos a observar cosas o letras pequeñas, una habitación con puertas corredizas

⁸⁷ El *ZUZU* es una especie de rosario de ciento ocho cuentas, que corresponden al número de las pasiones y sufrimientos humanos.

es mucho más luminosa que otra con postigos colgantes⁸⁸. Las habitaciones de techo alto son frías en invierno y las lámparas no las alumbran bien. La gente suele decir que un edificio que tenga habitaciones sin uso específico es agradable a la vista, y estos espacios libres se pueden usar en caso de que sobrevenga un compromiso imprevisto.

56

¡Qué cargante se nos hace una persona a quien encontramos después de una buena temporada y nos cuenta, con pelos y señales, aun las cosas más insignificantes que le hayan podido ocurrir durante todo ese tiempo!

Incluso tratándose de personas con las que hemos tenido intimidad, cuando volvemos a verlas después de algún tiempo, ¿no nos sentiremos un poco cohibidos ante ellas?

Los hombres de baja posición que apenas tienen cultura, aunque sólo vayan un poco más allá de la esquina de su casa, vendrán a contarnos, casi sin aliento, el incidente más trivial que les haya ocurrido.

Se me ocurre también que cuando un hombre educado dice algo, lo hace dirigiéndose sólo a una persona, aunque haya otras muchas presentes, y los demás espontáneamente le prestarán oídos. Por el contrario, las personas maleducadas bombardearán a los presentes con palabras sin

⁸⁸ Las casas y templos antiguos solían tener unas puertas muy altas. Una parte giraba sobre unos goznes y se levantaba.

dirigirse a nadie en particular, se expresarán de forma tan vívida que provocarán la carcajada y darán un espectáculo zafio y tumultuoso.

La calidad de una persona puede medirse cuando nos cuenta algo muy interesante y, sin embargo, no se vislumbra nada especial en su rostro; también cuando un individuo explota en una carcajada al decir una tontería.

Es muy desagradable que alguien diga algo de sí mismo o que haga comparaciones cuando se está hablando de los rasgos físicos de otra persona o, tratándose de hombres de ciencia, cuando se está discutiendo algún punto concreto.

57

En una reunión en la que se comentan poemas *waka*, cuando alguien recita uno malo, no puedo evitar quedarme desconcertado. Parece imposible que una persona que entienda un mínimo de poesía lo alabe diciendo que es fantástico.

Poco importa el tema o la materia: estar al lado de una persona que diserta sobre una cuestión que no conoce bien es, a la vez que insoportable, causa de vergüenza ajena.

58

Hay gente que dice: «Con tal de que uno viva de forma fiel y cumpla con las enseñanzas de Buda, poco importa

60

el lugar en que resida. Bien puede uno tener familia, mezclarse y alternar con la gente sin que esto sea impedimento para practicar la oración y rogar por la gracia de renacer en el Paraíso».

Sin embargo, los que dicen esto no tienen la menor idea de lo que es la otra vida. No saben que las cosas de este mundo son finitas.

Si quieres librarte de los engaños y las pasiones de esta vida, ¿cómo podrás tener interés por las cosas, servir desde la mañana a la noche a un amor y preocuparte por tu familia?

Y si es verdad, como lo es, que en nuestro corazón se refleja todo lo que nos rodea, difícilmente podremos dedicarnos a la práctica de la virtud si no vivimos en un lugar tranquilo y apacible.

Los hombres de ahora ya no tenemos la virtud y la fortaleza de los de antes. Ahora, aunque nos apartemos del mundo y vivamos entre bosques y montañas, aliviamos el hambre y, si no estamos en lugares protegidos de los vientos y las lluvias, no encontramos fuerzas para vivir. De ahí la facilidad con la que caemos víctimas de los deseos que nos aprisionan en este mundo.

Por eso alguien podría decir: «¡Pues vaya! ¿De qué les vale bogar contra corriente si, al fin y al cabo, uno no sabe si está dentro o fuera del mundo?».

Este pensamiento, sin embargo, no deja de ser un despropósito. Y es que una persona religiosa, aunque no termine de romper todos los lazos que la atan al mundo, no podrá comparar sus pasiones, aunque las tenga, con las de aquellos

que vivan engolfados y sin hastiarse de ellas. Un hombre que se cubra con papel al dormir, que se vista de estopa, que se alimente con un tazón⁸⁹ de arroz, que pida limosna y se prepare una sopa de espinacas silvestres, ¿qué coste podría acarrear para los otros? Como las cosas que desea no son difíciles de conseguir, se dará fácilmente por satisfecho, y, como es consciente de su estado y sentirá vergüenza de su aspecto mendicante, a pesar de las tentaciones, serán muchas las veces que se aleje del mal y haga el bien.

¡Ojalá todos, habiendo nacido con una naturaleza humana, nos alejáramos del mundo! Porque si vivimos encadenados a los deseos y las pasiones, sin prestar oídos ni poner en práctica las enseñanzas de Buda, ¿no seremos semejantes a las bestias⁹⁰?

59

Un hombre que decide tomar una decisión tan importante como es la de retirarse del mundo debe dejar los planes más acariciados y demás proyectos tal como estén.

Habrá quien diga: «Bueno, espera hasta terminar lo que estás haciendo». «Da lo mismo un poco antes que un poco después; voy primero a terminar ese otro negocio». «Si dejo a medias el trabajo que tengo entre manos, la gente se reirá de mí». «Para que nadie me pueda criticar,

⁸⁹ El que usan los monjes cuando van a mendigar la comida del día.

⁹⁰ Un estadio inferior al del hombre en el proceso budista del renacer.

lo acabaré». «He vivido muchos años sin mayores incidentes. No creo que esto me vaya a llevar mucho tiempo». «No hay que apurarse tanto».

Pero las obligaciones se irán acumulando, cada día más, y no encontrará el momento de dejarlas todas y partir.

Así vemos que hay muchas personas, especialmente las que tienen más formación y conocimientos, que pasan la vida abrazadas sólo a los propósitos.

Cuando hay un incendio en el barrio, ¿habrá alguien que les diga a los que salen huyendo: «No tengáis tanta prisa, esperad un instante».

Todos saldrán corriendo para salvar sus vidas, abandonando los tesoros, sin que los detenga la vergüenza.

Tampoco la vida espera a los hombres. La muerte se nos echa encima con mayor rapidez que el agua o el fuego, y es más difícil huir de ella.

Cuando llegue ese momento, ¿no tendremos que abandonar a nuestros ancianos padres, a nuestros hijos queridos, al amo a quien hemos servido y el cariño de tantas personas amigas?

Yoshin, muy sabio, era abad del monasterio de Shinyo⁹¹, y le gustaban muchísimo los boniatos. Devoraba todos los

⁹¹ Templo desconocido donde residían nobles que se retiraban del mundo, y que se cree que estaba dentro del monasterio Ninna.

que encontraba. Cuando se sentaba a comentar los sutras, colocaba siempre al lado un brasero enorme, que llenaba de boniatos, y se los iba comiendo mientras explicaba la doctrina budista. Contaba que cuando caía enfermo se encerraba en su celda durante una semana o dos, escogía los boniatos más tiernos y sabrosos y comía incluso más que de ordinario, hasta hartarse, curándose así de todas las enfermedades. Pero no se los daba a comer a nadie; se los comía él solo.

Yoshin fue siempre muy pobre. Por eso su maestro, cuando se hallaba a punto de morir, le dejó doscientos *kan*⁹² en dinero y, además, su residencia. Yoshin vendió por cien *kan* la residencia. Los juntó y sumaban treinta mil *biki*. Se gastó todo ese dinero en comprar boniatos y, para que le durasen, se los entregó a una persona de la capital, que se los mandaba en lotes de diez *kan* cada vez. De este modo comió todos los boniatos que quiso, aunque el dinero no le llegó para otra cosa.

La gente decía: «¡Qué fe tan grande debe de tener este hombre, que, siendo tan pobre y habiendo recibido una herencia de trescientos *kan*, se los gasta de este modo!».

Una vez vio a un monje y le puso el mote de *shiroururi*⁹³. La gente le preguntó: «¿Qué quiere decir eso de *shiroururi*?». A lo que él respondió: «¡Y qué sé yo! No tengo ni idea de lo que es eso, pero, si por casuali-

⁹² Un *kan* era una moneda equivalente a mil *biki*.

⁹³ Se desconoce el significado de la palabra *shiroururi*. Los críticos opinan que no tenía ningún significado concreto, coincidiendo con lo que dice el narrador. Un sentido aproximativo podría ser «melón blanco».

dad existiera el *shiroururi*, la cara de ese monje se le asemejaría».

El abad era bien parecido, de constitución robusta y gran comilón. No le ganaba nadie en caligrafía, ni en teología, ni en oratoria. En el monasterio era respetado como una lumbrera, pero al mismo tiempo era tan excéntrico que se reía de todas las cosas de este mundo, obraba con la mayor libertad y no se sometía ni a las personas más importantes. Cuando, después de un servicio religioso, lo invitaban a comer, comenzaba en cuanto le servían la comida, sin esperar a que estuvieran todos sentados. Y cuando le entraban ganas de marchar, se levantaba y se iba.

Para él no existían horas de colación, como para los demás monjes. Comía cuando le venía el hambre, tanto si era de día como de noche. Cuando le entraba el sueño se encerraba en su celda y dormía, incluso de día. Por importante que fuera lo que tuviese entre manos, se tapaba los oídos de modo que no entraran las opiniones de los demás.

A veces se pasaba varias noches sin pegar ojo. Andaba siempre con serenidad y alegría, sin tener apego a nada, cantando a la luna o a las flores.

Era un hombre raro, pero todo el mundo le quería.

Le perdonaban cualquier cosa, quizás porque la virtud de este monje sabio estaba por encima de los pobres juicios humanos.

La costumbre de arrojar desde el tejado una cazuela⁹⁴ cuando da a luz una princesa no es una práctica obligatoria siempre, sino un exorcismo que se hace en el caso de que haya dificultad para expulsar la placenta. Fuera de estas ocasiones, realmente preocupantes, no se arroja la cazuela. Esta costumbre empezó a practicarse entre la gente de clase baja, y no está respaldada por datos históricos. Se dice que para hacerlo se manda traer de Ojara⁹⁵ una cazuela grande de barro. Y en los manuscritos conservados en el Tesoro Ancestral hay dibujada una casa donde se está dando a luz a un niño y están arrojando una cazuela desde el tejado.

Cuando la princesa Enseï⁹⁶ era todavía una niña, entregó a una persona que iba al palacio del emperador una nota con el siguiente poema:

Tutatsu moji

Ushi no tsu io moji

Sugu no moji

La letra con dos trazos,

la de los cuernos de buey.

Un trazo vertical,

⁹⁴ Traduzco «cazuela» porque es el primer significado que tiene el vocablo, pero además puede significar «cadera» y, metafóricamente, «dar a luz».

⁹⁵ Ojara, además de ser un topónimo, significaría «vientre grande».

⁹⁶ Hija del emperador Go-Saga, que reinó durante tres años a partir de 1243.

Yogamu moji to zo también la que hace ángulo.
Kimi wa oboeyuru «Nunca te olvidó»⁹⁷.

Así le decía a su padre cuánto se acordaba de él.

63

Se ignora cuándo se instauró la costumbre de apostar una guardia de soldados junto al abad que dirige la Liturgia de la Segunda Semana⁹⁸. Se dice que su origen se remonta a una ocasión en que, durante los ritos, desaparecieron algunos objetos. A esta guardia de soldados se le llama «Vigilancia oficial», y la liturgia ha ido adquiriendo la ceremoniosa forma que conserva actualmente.

A través de esta festividad se pueden obtener los presagios para todo el año.

Pero una liturgia en la que se hallen presentes soldados poca paz nos podrá augurar.

64

Oí decir que una carroza con cinco colgaduras⁹⁹ no es privilegio invariable de una persona de clase alta, porque

⁹⁷ La transcripción de las letras como indica el poema, *ko-i-shi-i*, significa «amar» o «añorar».

⁹⁸ Es una semana de rogativas para pedir la prosperidad de la nación. Empieza el día 8 de enero. El monje que dirigía los ruegos pertenecía a la secta Shingon.

⁹⁹ Iban por fuera, como visillos, y cubrían la ventanilla del aposento de la carroza.

67

cualquiera que ha llegado a la posición más elevada que le permite su propio rango familiar puede usar ese tipo de carruaje.

65

El sombrero o canariera que se lleva hoy en día es mucho más alto que el de antes. La gente le pone una franja alrededor a la canariera antigua y la sigue usando.

66

El canciller de Okamoto¹⁰⁰ entregó una vez a Shimotsuke no Takekatsu, maestro cetrero, un par de faisanes muertos y una rama de ciruelo llena de flores rojas, con el mandato de fijar los faisanes a la rama.

Pero Takekatsu replicó: «No sé cómo sujetar los faisanes a un árbol en flor, y menos aún cómo fijarlos a una única rama».

Entonces, el canciller preguntó al cocinero del palacio y a sus ayudantes si sabían cómo se hacía. Pero al fin volvió a llamar a Takekatsu y le dijo: «Bueno, he pensado que los dispongas tú como mejor te parezca».

¹⁰⁰ Fujiwara no Iejira (1282-1324). Okamoto es una localidad que se encuentra al noroeste de Kioto.

68

Takekatsu sujetó un faisán a una rama seca y se lo ofreció al canciller. Después le explicó: «El faisán se puede atar a la rama de un arbusto o a la de un ciruelo. Si se cuelga de la de un ciruelo, se ha de hacer de uno que esté en flor o de uno al que se le hayan caído ya los pétalos de las flores. También se puede sujetar de la rama de un pino de cinco hojas. Dicha rama deberá tener una longitud de seis o siete pies. Se ha de hacer un corte en un lado, hacia abajo y en diagonal, de una profundidad de poco más de un centímetro y, hacia arriba, por el lado opuesto. El faisán se ha de colocar a una distancia que viene a corresponder a la mitad de la rama. Hay veces en que el faisán se sujeta a la rama por el cuello, y otras, por las patas, como si estuviera pisándola. El ave debe ir sujeta por dos sitios con una mimbre de glicina sin resquebrajar. Se cortará la mimbre a la altura de la cobija del ala y se retorcerá de modo que quede como los dos cuernos de un toro. La rama se ha de llevar al hombro, entrando por la puerta central, cumpliendo las ceremonias de rigor, la mañana del día que caiga la primera nevada. El mensajero habrá de pisar el pavimento de piedras que se halla debajo del alero, de modo que no deje huellas en la nieve. Arrancará algunas plumas aguaderas de las alas, las esparcirá por el suelo y, después, colocará la rama de pie sobre la balastrada del palacio.

»Si le dieran como regalo alguna prenda de vestir, se la echará a la espalda, hará una profunda reverencia y se retirará. Aun cuando la nevada fuera la primera del año, si la nieve no es suficiente para cubrir la punta de los zapatos,

no se deberá hacer la ofrenda del faisán. Se esparcirán las plumas aguaderas del ave para indicar que el faisán fue derribado por un halcón imperial, puesto que el halcón, generalmente, agarra la presa por las aguaderas».

¿Por qué no hay costumbre de sujetar el ave a una rama en flor? Los *Cantares de Ise* nos hablan de una persona que, apenas entrado el otoño, en la era de Inreki, ató un faisán a la rama artificial de un cerezo y la ofreció con el poema siguiente:

Las flores que he cortado
para ti, oh mi señor,
no distinguen estación¹⁰¹.

Me sorprende que las flores artificiales se consideren impropias.

Los oratorios de Iwamoto y Jashimoto que se hallan dentro del Santuario de Kamo¹⁰² están dedicados, respectivamente, a Narijira y a Sanetaka¹⁰³. La gente los confunde y no sabe cuál corresponde a quién. Un año en que hice

¹⁰¹ Kenkō cita de memoria. El original, tanto en la recopilación del *Ise monogatari* como en la del *Kokinshū*, es un poco diferente.

¹⁰² Kamo es el río que atraviesa la ciudad de Kioto. Los dos santuarios que llevan el nombre de este río están a su orilla, uno más al norte que el otro.

¹⁰³ Narijira, por nombre Ariwara (825-880), es uno de los mejores poetas japoneses de todos los tiempos. Fujiwara no Sanetaka fue poeta y oficial de la corte. Murió en 994.

una visita al santuario se lo pregunté a un clérigo anciano que pasaba por allí. Él me respondió: «Oí decir que Sanetaka se venera “en el arroyuelo donde se reflejó su rostro”, y, como Jashimoto es el oratorio más próximo a la corriente, yo creo que es ése. Además, el abad Yoshimizu¹⁰⁴ escribió:

<i>Tsuki o mede</i>	Aquel caballero
<i>hana wo nagameshi</i>	de la luna enamorado
<i>inishie no</i>	y por las flores abismado,
<i>yashishiki hito wa</i>	de épocas muy lejanas,
<i>koko ni ariwara</i>	descansa aquí, Ariwara.

»Y dicen que se refiere al oratorio de Iwamoto.

»Sin embargo, no sé por qué, pero me parece que usted está mejor informado que un servidor».

Y me impresionó ese leve deje de respeto con que me habló.

Konoe fue una dama que estaba al servicio de la princesa retirada Imadegawa¹⁰⁵, y autora de muchos poemas que después fueron incluidos en las antologías imperiales.

Cuando era joven solía componer series de cien poemas. Los escribía usando una tinta que hacía con el agua del arroyo que corre por delante de los dos oratorios.

¹⁰⁴ Nombre por el que se conocía a Yien (1155-1225), monje de la secta Tendai y autor del *Gukansho*.

¹⁰⁵ Se refiere a Kishi, consorte del emperador Kameyama, que se retiró del mundo en 1283.

Después ofrendaba en éstos el manuscrito. Su fama se extendió mucho, y la gente recitaba de memoria sus poemas. Escribió, también, admirables versos en chino y re-dactó los prólogos de varias antologías poéticas.

En Tsukushi¹⁰⁶ vivía un hombre que tenía un cargo de corregidor y, creyendo que los nabos evitaban toda clase de males y enfermedades, se pasó muchos años comiendo todas las mañanas dos rodajas de nabo cocido.

En cierta ocasión, aprovechando un momento en el que no había guardias dentro de la residencia, llegaron tropas enemigas, la cercaron y empezaron a atacarla. En aquel instante aparecieron dos guerreros que, luchando como hombres que no estimasen en nada su propia vida, obligaron a los soldados enemigos a retirarse.

El corregidor, sorprendido, les preguntó: «No recuerdo haberos visto nunca entre mi gente; decidme, pues, quiénes sois».

A lo que ellos respondieron: «Somos los nabos que tan fielmente has venido comiendo durante tantos años». Y, dicho esto, desaparecieron.

No hay duda de que tanta virtud se debe a su gran fe.

¹⁰⁶ Actualmente la isla de Kyushu.

El sabio del monte Shosha¹⁰⁷ había perfeccionado hasta tal punto su recitación en voz alta del *Sutra del Loto* que sus seis sentidos¹⁰⁸ habían alcanzado un estado de purificación.

Una vez, cuando iba de viaje, se detuvo en una posada. Estaban cocinando alubias en un fuego hecho con sus propias cáscaras, y oyó que decían: «¡Qué crueles sois! ¡Vosotros, que habéis crecido en nuestra intimidad y cercanía! ¿No veis que nos estáis haciendo sufrir?».

Y las cáscaras de las alubias, restallando en el fuego, les respondían: «¿Cómo se os ocurre pensar que lo estamos haciendo por gusto? También nosotras estamos pasando lo nuestro, pero, por desgracia, nada podemos hacer. Por favor, no murmuréis sobre nosotras»¹⁰⁹.

En la era de Gueno¹¹⁰, ya desaparecida la *biwa* llamada Vibración mística¹¹¹, se convocó un concierto en el salón Seisho en el que el famoso ministro del pabellón del Crisantemo tañería esa otra *biwa* tan famosa, Potro

¹⁰⁷ Shoku, que vivía en el monte Shosha, provincia de Jarima.

¹⁰⁸ Los ojos, los oídos, la nariz, la lengua, el cuerpo y la mente.

¹⁰⁹ Kenkō cita aquí un relato del poeta chino Chen En Wang (siglo III).

¹¹⁰ Transcurre desde 1319 a 1321. Este hecho histórico data de 1318.

¹¹¹ La *biwa* es una suerte de mandolina de cuatro trastes. Las más famosas recibían nombres.

retozador. Se sentó en su sitio y, cuando fue a probarla, uno de los trastes se cayó.

El ministro sacó de su landre un poquito de engrudo y pegó el traste con él. Durante el tiempo que tardaron en hacer las ofrendas a los dioses se secó y no hubo más sobresaltos durante todo el concierto.

No sé qué resentimientos abrigaría una mujer que, una vez terminado el concierto y cubierta con un manto de seda¹¹², se acercó sigilosamente a la *biwa*: le desencoló el traste y lo dejó allí junto al resto del instrumento.

71

A veces me ocurre que sólo con escuchar el nombre de una persona trazo y dibujo el perfil de su rostro en mi imaginación; pero, después, cuando la conozco, sus rasgos no coinciden con los que yo imaginé.

De forma parecida, al escuchar historias antiguas adapto los hechos y las cosas a los que existen hoy en día y amoldo los personajes a los que viven hoy.

También me ocurre que, al escuchar a alguien, o al ver algo con mis ojos, o al venírseme algo a la mente, me digo: «Esto, ciertamente, es algo que yo he experimentado o sentido, pero no recuerdo cuándo».

La certeza que se instala al respecto en mi corazón es indudable. ¿Será todo esto algo que sólo me pasa a mí?

¹¹² Manto con el que las mujeres se cubrían, incluso la cabeza, al salir de casa.

Cosas que indican mal gusto: demasiados objetos en torno a uno; demasiados pinceles en el estuche; demasiados budas en el altar familiar; demasiadas piedras y plantas en el jardín; demasiados hijos y nietos en casa; demasiadas palabras de bienvenida a un amigo; demasiados méritos al hacer una petición.

Cosas que, por más que haya, nunca ofenden: demasiados libros en una carretilla¹¹³; demasiada basura en un basurero.

Casi todo lo que se dice en las conversaciones es mentira. ¿A qué se deberá? ¿Será porque la verdad no es interesante?

Todos tendemos a exagerar cuando nos referimos a cosas de las que hemos sido testigos, pero, cuando se trata de hechos de los que nos separa el tiempo y el espacio, inventamos todo lo que nos viene en gana. Más tarde, estos hechos, puestos por escrito, se convierten en verdades reconocidas.

Lo mismo ocurre con las personas que poseen talento para las diversas artes. Los profanos en la materia, que

¹¹³ De las que se usaban para transportar libros dentro de casa.

no saben nada, alaban a esos artistas como si fueran dioses. El entendido, sin embargo, no puede darles crédito, y sabe bien que del dicho al hecho hay un buen trecho.

Cuando alguien habla sin consideración, echando por la boca en forma de palabras todo lo que le aflora a la mente, sin temor a ser descubierto, es fácil concluir que esa persona miente.

Por otra parte, cuando alguien escucha algo que le parece inverosímil, y, juzgándolo una patraña, arruga un poquito el labio o la nariz¹¹⁴ y lo comunica a otros tal como lo oyó, esta persona no tiene parte en la mentira.

Pero cuando, a sabiendas, alguien dice una mentira, dejando deliberadamente en la penumbra ciertos detalles, pretendiendo que no conoce con exactitud lo que ha ocurrido, y no deja ningún cabo suelto, esa persona es algo temeraria.

Nadie rechaza con energía una mentira que redunde en beneficio propio. Cuando todos disfrutan prestando oídos a una mentira y nadie se atreve a decir: «Eso no es así, pensad que no aporta ninguna prueba al respecto», y uno la sigue escuchando junto a los demás, le pueden citar como testigo, y a partir de ahí la quimera podría parecer aún más verdadera.

De todos modos, el mundo está infestado de mentiras, y no hay remedio para eso. Mucho más sensato es

¹¹⁴ En japonés *Okomeku* es una fórmula que se usa para indicar un gesto de desaprobación. En el contexto actual hay críticos que lo interpretan en el sentido contrario.

escuchar a unos y otros sabiendo que en este mundo no hay nada extraordinario, todo es común y normal¹¹⁵.

Cuando prestamos oídos a una persona poco educada, siempre nos sorprende con relatos de prodigios. El hombre educado no suele decir nada insólito.

No quiero decir con esto que no debemos creer en los milagros de los dioses y los budas, ni en las vidas de los bodhisattvas que se reencarnan para salvarnos. Es una simpleza creer a pies juntillas en las supersticiones del pueblo, pero también rechazarlas como «cosas que no nos caben en la cabeza»; eso tampoco nos servirá de nada. En general, es mejor aceptarlas como si fueran verdaderas, sin recibirlas con la fe del carbonero, pero sin mofarse de ellas.

74

Van en grupos, como hormigas, unos caminando alocadamente hacia el este y otros hacia el oeste; algunos corren hacia el norte, otros hacia el sur; los hay poderosos, los hay humildes; los hay ancianos, los hay jóvenes; tienen adonde ir y un hogar al que regresar; al llegar la noche se acuestan, por la mañana se levantan.

Pero ¿a qué viene toda esta actividad?

¹¹⁵ Alusión a las *Analectas* de Confucio, cap. VIII, 20: «El maestro no nos habló nunca de prodigios, ni de alardes de fuerza, ni de desórdenes, ni de espíritus».

77

Anhelan vivir muchos años y acumular muchas riquezas. Sus deseos no conocen límite. ¿Qué buscarán cuidando tanto de su salud? Lo que les espera es la vejez y la muerte, que viene a paso ligero, sin detenerse un solo instante.

¿Qué nos podrá contentar mientras la esperamos? El que vive pensando en las cosas del mundo, no la teme. El que vive ofuscado por los bienes temporales, no se imagina lo próxima que está.

El hombre insensato se apena al pensar que no puede vivir eternamente en este mundo. Desconoce la ley universal según la cual todo es efímero y perecedero.

75

Yo no puedo imaginar que haya hombres que no se sientan satisfechos con el sosiego y la soledad. Sin embargo, no hay felicidad mayor que estar solo, sin nada que nos distraiga y nos entretenga.

Si uno obra de acuerdo con el mundo, su alma no podrá por menos que sentir la atracción de las cosas que penetran por los sentidos. Si uno se mezcla con los hombres, sus palabras se adaptarán a los caprichos de éstos y lo que diga no corresponderá con lo que piense en su corazón. Contará chistes y dirá socarronerías; discutirá con los demás; a veces estará resentido, a veces alegre. Sus sentimientos inconstantes serán como un torbellino y le embargará la duda. Estará siempre pensando en las

78

ventajas y las desventajas. La incertidumbre lo llevará al delirio, y el delirio se le convertirá en ensueño. Así viven los hombres: corriendo de aquí para allá, ocupados, absortos en las cosas y en un completo olvido de sí mismos.

Aunque uno todavía no conozca el camino verdadero del Buda, si rompe todos los lazos que lo atan al mundo, vive una vida retirada y conserva la paz interior, no entrometiéndose en los quehaceres de este mundo, podrá experimentar esa tenue felicidad que es la única posible en esta tierra. En el *Maka Shikan*¹¹⁶ se lee: «Renunciad a trabajar para crearos una vida segura, también al trato con los hombres, a las artes y a la ciencia».

76

Tanto si es por causa de una alegría como de alguna desgracia, es de mal gusto ver, entre la gente que acude a casa de una familia muy respetada, a un monje ermitaño¹¹⁷ mezclado entre ellos pidiendo que lo dejen pasar.

Aunque haya razones que justifiquen su presencia, un monje no debe mezclarse con los hombres.

¹¹⁶ También conocida como *Gran calma y concentración*, es una de las obras mayores de T'ien-t'ai, una suerte de guía para la observación de la propia mente y la realidad última de los fenómenos.

¹¹⁷ Se refiere a los *jiyiriboshi*, religiosos mendicantes que iban pidiendo de puerta en puerta.

79

Es irritante y enojoso cuando unos cuantos se hallan comentando una novedad o suceso y se presenta un fulano que, sin tener nada que ver con el asunto, parece conocer todos los pormenores del caso, les pasa la noticia a otros y va por ahí a la caza de más detalles.

Hay monjes que viven retirados en algún villorrio pero, cuando le pasa algo a alguien, se ponen a recopilar información, como si fuera asunto suyo, y después cacarean una cantidad de chismes tal que uno se queda asombrado.

También me parece irritante el modo en que la gente propaga las noticias y se sorprende con ellas.

Yo siento una atracción especial por los hombres que, viviendo al margen, no se enteran de las cosas hasta que están en boca de todo el mundo. Los hombres poco educados, siempre que entre ellos se encuentra algún desconocido, hacen que se sienta extraño mencionando temas o nombres de personas que son familiares a los restantes miembros del grupo, mirándose los unos a los otros y riéndose.

No es bueno aparentar que uno conoce a fondo una materia. ¿Cabe imaginar a un hombre bien educado que hable con ese aire de suficiencia, aunque se trate de temas que conozca a la perfección?

Los paletos, aquellos que por primera vez dejan atrás la aldea, son precisamente los que responderán con la mayor seguridad a cualquier problema que se les plantee. Pero, claro, los que los escuchen se avergonzarán y, aunque posean otras cualidades que nos atraigan y admiren, los despreciaremos por insoportables.

Un hombre que es comedido en el hablar y no da su opinión, a no ser que se la pidan, incluso sobre temas que domina bien, es un hombre admirable.

A todos nos gusta hacer cosas que no tienen relación con nuestra vocación. Los monjes se dedican a las artes marciales. Los soldados, sin conocer aún bien el uso de la ballesta, ponen cara de ser expertos en las enseñanzas budistas y se animan a escribir poemas acerca de la música. Por supuesto, los vituperarán más por estas supuestas virtudes que por los defectos de su profesión.

También entre los nobles, palaciegos y personas de alto rango hay muchas personas amantes de las armas.

Pero aunque uno haya luchado cien veces y otras tantas haya quedado vencedor, no por ello merecerá el título de héroe, porque, cuando la suerte acompaña, no hay nadie que no tenga valor y vengza al enemigo.

Sólo cuando el hombre acepta con serenidad la muerte, después de haber quebrado su espada y agotado todas las flechas, negándose hasta el último instante a postrarse de hinojos ante el enemigo, demuestra ser un verdadero héroe. Nadie, pues, debe vanagloriarse de ser un buen soldado mientras le quede una gota de sangre en las venas.

La vida del soldado es muy distinta de la que lleva el hombre normal, y más bien se asemeja a la que corresponde a las aves y a las fieras. Inútil será sentir afición por las artes marciales si a uno no le ha tocado nacer en una familia de guerreros¹¹⁸.

81

Un biombo o unas puertas corredizas, decoradas con pinturas e inscripciones producto de un mal pincel, más que darnos una impresión desagradable, nos revelan el mal gusto del dueño que habita en la casa.

Suele ocurrir con bastante frecuencia que por los utensilios que usa una persona se nos muestra su pobre calidad humana. Y no quiero decir que uno deba poseer tan sólo objetos de valor. Aquí me refiero a esas chapuzas

¹¹⁸ En una sociedad estratificada, el estado social se hereda.

que hacen en las casas para evitar que se estropeen y al hecho de sobrecargarlas con una cantidad de cosas que desentonan sólo por el afán de que den la impresión de abundancia, produciendo en realidad un efecto de amontonamiento.

Las cosas deben tener un sabor añejo, no han de ser ni recargadas ni costosas, sino de buena calidad.

82

Alguien dijo: «Una seda fina no es apropiada para envolver un manuscrito, porque se deteriora fácilmente».

A lo que Tona¹¹⁹ respondió: «Precisamente cuando la cubierta de seda se ha deshilachado por arriba y por abajo, y cuando el nácar se ha desprendido del rollo, puede decirse que un pergamino es bello».

Todo esto es prueba del gusto tan elevado y refinado que poseía este hombre.

Hay quien dice que una colección de libros no es bella a la vista si no tienen todos el mismo formato, pero a mí me impresionó mucho lo que le oí decir al abad Koyu¹²⁰: «Es propio de un hombre poco culto querer ordenar juegos completos de cosas; siempre es mejor lo incompleto».

En todas las cosas, la uniformidad es un defecto. Es más interesante dejar algo inacabado, de modo que se tenga la

¹¹⁹ Poeta amigo de Kenkō y monje de la secta Yodo que murió en 1372.

¹²⁰ Koyu, otro amigo de Kenkō que parece que estuvo incardinado al monasterio Ninna.

sensación de que mediante esa imperfección se prolonga la vida de los seres¹²¹.

Alguien me dijo: «Hasta cuando construyen un palacio dejan algo por terminar». Y en los escritos de los sabios de la Antigüedad, tanto budistas como confucionistas, hay muchos versos y capítulos incompletos.

83

Nada se oponía a que el novicio Chikurin¹²², ministro de la Izquierda, llegara a ser primer ministro. Él, sin embargo, dijo: «No quiero. Me basta con haber llegado a ser ministro de la Izquierda».

Y, dicho esto, se retiró a un monasterio.

Toin¹²³, también ministro de la Izquierda, impresionado por ese gesto, renunció al deseo de llegar a ser primer ministro. Ya lo decían los antiguos: «Al dragón que ha alcanzado el puesto más alto hasta el que podía ascender sólo le espera la aflicción y la tristeza de tener que descender»¹²⁴.

La luna crece sólo para volver a menguar. Las cosas, cuando llegan a su máximo esplendor, fenecen. Y siempre

¹²¹ Inspirados en esta idea, al construir el mausoleo de Ieyasu, en Nikko, colocaron una de las columnas al revés. Había que evitar la perfección absoluta.

¹²² Chikurin (Saionyi Kinjira, 1264-1315). Fue ministro de la Izquierda desde 1309. Era el puesto más importante del Gobierno. En 1311 lo abandona y se retira para consagrarse a la vida religiosa.

¹²³ Toin fue nombrado ministro en 1318. Se afeitó la cabeza en 1322. Su nombre público era Fujiwara no Saneyasu.

¹²⁴ Tomado del *I Ching (Libro de las mutaciones)*.

será verdad que a todo lo que llega a su culmen le espera la ruina.

84

Cuando el monje Fa-hsien¹²⁵ se encontraba en la India, al ver un abanico de su patria se vio embargado por la tristeza y, tras caer enfermo, no hacía más que pedir que le trajeran la comida que se repartía en los conventos de China.

Al oír esto, alguien dijo: «¡Vaya por Dios! ¡Y que un hombre tan eminente muestre su debilidad a las gentes de un país extraño!». Pero el abad Koyu replicó: «¡Qué hombre tan rico en sentimientos era Fa-hsien!».

Y yo quedé muy impresionado con el comentario tan halagador que hizo este monje, algo poco frecuente entre los ascetas.

85

El corazón humano, ya que no es sumiso, difícilmente podrá ser ingenuo. Pero ¿acaso por eso debemos pensar que no hay personas honestas?

Es habitual envidiar la bondad que observamos en los demás. Pero hay hombres tan mentecatos que llegan a

¹²⁵ Monje chino y peregrino de los sagrados lugares budistas durante trece años. Recopiló innumerables textos budistas y los tradujo él mismo. Fue a la India en 399 y murió en 422, a la edad de ochenta y seis años. En japonés es conocido por el nombre de Joken Sanzo.

85

odiar a las personas buenas que encuentran, y las denigran diciendo: «¡Mira qué fariseo! Éste no se contenta con las cosas pequeñas. Y, como ambiciona intereses mayores, pone cara de bueno para que su fama aumente».

Ahora bien, todos sabemos que quien lo critica no posee una naturaleza tan bondadosa como aquella que requiere en el otro. Da muestra de ser una persona de tan mal natural¹²⁶, que será incapaz de abstenerse del más insignificante beneficio, y no podrá imitar, siquiera por breves instantes, al hombre bueno.

Quien va corriendo por las calles, tratando de imitar a un loco, es, en verdad, un loco. Quien, tratando de imitar a un asesino, mata a un hombre, es, sin duda, un asesino. El caballo que se entrena y corre como un caballo de carreras es un caballo de carreras, y quien imita a Shun¹²⁷ es amigo y discípulo de Shun. El hombre que, aunque solamente sea por burla, estudia e imita a los sabios, es un sabio.

Koretsugu, consejero del medio¹²⁸, poseía dotes singulares para escribir poesía china. Había pasado toda su vida

¹²⁶ «Los más inteligentes y los más estúpidos son los únicos que no pueden cambiar» (Confucio, *Analectas*, xvii, 3).

¹²⁷ Un sabio chino de la Antigüedad.

¹²⁸ Taira no Koretsugu fue nombrado consejero del medio en 1330. Se retiró de la vida pública y murió en 1343. Tenía setenta y ocho años.

dedicado al ascetismo, a la recitación y a la lectura de los sutras.

En la era de Bumpo, cuando se quemó el templo de Miidera, convivía allí con En'i¹²⁹, por aquel entonces encargado del templo. En aquella ocasión, Koremitsu le dijo a su superior: «Hasta ahora le he venido llamando abad de Miidera; ahora, como se ha quedado sin templo, me permitirá que le llame abad, a secas».

Una puntualización inteligente.

87

A los sirvientes no se les debe dar bebidas alcohólicas.

Hubo una vez un hombre que vivió en Uyi y tuvo en la capital un cuñado llamado Gukakubo, que era monje eremita y hombre de gran cultura; con él trataba y conversaba de manera sincera.

Un día en que le mandó el caballo para que fuera a verle, Gukakubo dijo: «Como el camino de regreso es largo, dadle de beber al sirviente un poco de sake».

Al criado le pusieron la botella delante y, dale que dale, se trasegó una copa tras otra. Luego se ciñó una catana grande a la cintura y adoptó una actitud tan confiada y majestuosa que al monje no le cupo duda de que estaba en buenas manos.

¹²⁹ Monje del templo de Miidera, en la ciudad de Otsu, que perteneció a la secta Tendai. El incendio ocurrió en 1319.

Llegados cerca de Kobata, tropezaron con unos monjes de Nara que marchaban protegidos por una escolta de soldados; y el sirviente, poniéndose delante de ellos, les dijo: «Me dais mala espina. Ya ha oscurecido, y vosotros aquí, en medio del monte. ¡Alto! ¡Deteneos!». Y desenvainó su catana.

Algunos soldados desenvainaron sus catanas y otros montaron las flechas en los arcos. En ese momento, Gukakubo, uniendo las palmas de las manos en señal de perdón, les dijo: «Este hombre no sabe lo que dice. Está borracho. Perdónenlo. Se lo ruego, aun sabiendo muy bien que no lo merece».

Los soldados, habiéndolo llenado de vituperios, siguieron su camino. El sirviente, dirigiéndose después al monje, dijo: «¡Vaya faena me ha hecho! Pero sepa que no estoy borracho. Desenvainé mi espada para engrandecer mi nombre y usted me sale con ésas». Y, llevado por la cólera, de un golpe lo tiró del caballo al suelo, después de lo cual se puso a gritar: «¡Bandidos, socorro!».

Mucha gente del pueblo apareció corriendo al oír sus voces, y él, al verlos, les dijo: «El bandido soy yo». Y los perseguía con la espada, amenazante, en todas direcciones. Los hombres del pueblo, al final, lo sometieron y lo ataron.

El caballo, al galope, volvió con salpicaduras de sangre a la casa de su amo, que se hallaba en la calzada de Uji. El dueño, al verlo, se sorprendió y convocó a un buen número de sus criados y los envió a averiguar qué era lo que había sucedido. Se encontraron con Gukakubo tirado en

el Ejido de los Jazmines, profiriendo ayes y suspiros, y lo llevaron a cuestas hasta la casa.

No perdió la vida, pero quedó tullido por culpa de la herida recibida en la cadera.

88

Un hombre poseía una copia de la colección *Wakan Roei Shu*¹³⁰, hecha, decía él, por Ono no Tofu¹³¹.

Pero alguien le dijo: «Bueno, yo creo que si le viene transmitido de generación en generación algún valor tendrá. Sin embargo, ¿no cree que es un anacronismo atribuirle la caligrafía a Tofu cuando el manuscrito original de la obra fue recopilado por Fujiwara no Kinto¹³², que nació en el año en que Tofu murió? Es algo que no me explico». A lo cual el archivero replicó: «Eso es precisamente lo que da valor a las cosas: su inverosimilitud».

89

A una persona que dijo «por estas montañas anda un animal llamado *nekomata*¹³³ que se come a la gente», otra le

¹³⁰ Uno de los tres mejores escribanos de la era de Heian (896-966).

¹³¹ Prominente calígrafo de ese periodo.

¹³² Muerto en 1041 a los setenta y seis años.

¹³³ Animal inexistente, semejante a un gato, que aparece con frecuencia en los escritos antiguos.

89

replicó: «Si sólo fuera en los montes... Yo he oído decir que también por estos lares hay gatos que, con el tiempo, y a fuerza de experiencia, se han convertido en *nekomatas* y les han quitado la vida a algunas personas».

También había un monje, que, según creo, se llamaba Amidabutsu¹³⁴, o algo parecido, y que escribía poesía dialogada y vivía cerca del templo Guyogan¹³⁵. Al escuchar esto se dijo que debería tener más cuidado cuando caminase solo después del atardecer. Pocos días más tarde, una noche en que regresaba solo a su casa tras haber pasado casi toda la velada en cierto lugar, componiendo poemas entrelazados, al llegar a las márgenes del río, de repente, le salió un *nekomata* que era exactamente como se lo habían descrito, y se le tiró a los pies.

Después dio un salto para morderle la garganta. El monje, horrorizado, no tuvo fuerzas para defenderse, le flaquearon las piernas y cayó a plomo en el río, gritando: «¡Socorro! ¡Hay un *nekomata*! ¡Un *nekomata*!».

La gente salió corriendo de las casas cercanas con antorchas encendidas, y vieron que se trataba del monje a quien todos conocían. «¿Qué le ha ocurrido?», le preguntaron; y, al sacarlo del río, vieron que llevaba apretados contra el pecho, pero empapados, el abanico y las cajitas que había ganado como premio aquella noche. Creyendo que se había librado por algún milagro, se escabulló entre ellos y se fue a esconder en su casa.

¹³⁴ Se trata indudablemente de un monje de la secta Yodo, cuyos adeptos buscaban la salvación mediante la fe en Amida. De ahí que use ese nombre.

¹³⁵ Templo de la secta de Tendai. Está en la Calle Uno, en Kioto.

Al parecer, el animal que se le había echado encima había sido su propio perro, que, a pesar de la oscuridad de la noche, había reconocido a su amo.

90

Otozumaru¹³⁶, un muchacho que estaba al servicio del abad y consejero mayor¹³⁷, estaba íntimamente relacionado con el noble Yasura e iba de forma habitual a visitarlo.

Una vez, cuando el joven regresaba de una de sus visitas, el abad le preguntó: «¿De dónde vienes?». A lo que el mozo respondió: «Vengo de casa del noble Yasura».

«Y ¿quién es ese tal Yasura?», le interpeló el abad. «¿Es seglar o tonsurado?». El joven, recogiendo sobre el pecho las mangas de su kimono, y lleno de vergüenza, le contestó: «Pues no sé decirle, porque nunca le veo la mollera»¹³⁸.

Me pregunto por qué nunca le vería la mollera...

91

En la doctrina del *yin-yang* no hay nada escrito sobre los días del Demonio de la Lengua Roja¹³⁹, y nuestros antepa-

¹³⁶ Otozumaru parece que fue un danzarín que estaba al servicio del consejero mayor.

¹³⁷ Se cree que era Tanabe Tsukasa, que se hizo monje en 1247. Este personaje vivía en Tsuruoka y vuelve a aparecer en el parágrafo 216.

¹³⁸ Sugiere un trato íntimo, sexual, entre ambos.

¹³⁹ Días de mal agüero, según la doctrina del *yin-yang*. La doctrina del *yin-yang* recoge los principios de la cosmogonía china. Está basada en el principio general del

91

sados no consideraban estos días como de mal presagio. No sé quién iniciaría la costumbre de «evitar» esas fechas, pero la gente, ahora, dice: «Las obras emprendidas en uno de esos días no llegarán a feliz término»; «Lo que se diga o haga no llegará a realizarse»; «Lo que uno gane, lo perderá»; y «Ninguno de los planes se hará realidad». ¡Qué cosa más absurda!

Si contamos los planes que, puestos en marcha en días de buen augurio, nos han resultado fallidos, vendrán a ser tantos como los emprendidos en los días del Demonio de la Lengua Roja.

Y la razón es que en este mundo las cosas son tan inconsistentes, y cambian de tal modo, que lo que vemos con nuestros ojos jamás se mantiene en una esencia inmutable; lo que comienza no sabemos si llegará a su madurez; no podemos conseguir lo que nos proponemos; los deseos de nuestro corazón se van sucediendo unos a otros, y todo lo que nos rodea está integrado por fenómenos cuya existencia es transitoria. Nada se mantiene sin cambio un solo instante. Los que creen en los días del Demonio de la Lengua Roja, y los «evitan», es porque no conocen estas verdades.

Está escrito: «Una mala acción hecha en un día de buen auspicio infaliblemente traerá consigo malos presagios. Y

dualismo, y se asemeja al Ormuz y el Ahriman de los persas, al principio masculino-femenino del Antiguo Egipto, a la doble división del Brahmán de la India y a la teoría platónica del dualismo universal. En Japón se estudiaba como ciencia. (Véanse, además, los párrafos 206 y 224).

una obra buena realizada en un día de malos agüeros acarreará resultados favorables».

Los buenos o malos augurios vienen determinados por los actos del hombre, no por los días.

92

Un hombre que estaba aprendiendo a disparar con arco apuntaba a la diana sosteniendo dos flechas en la mano. Al verlo, su maestro le dijo: «Un principiante nunca debe sostener dos flechas en la mano, porque pondría su confianza en la segunda, y no aprovecharía bien la primera. Cuando dispires la saeta no pienses sólo en dar en el centro, sino en que debes dispararla como si esa saeta fuera la única de que dispusieses».

Ahora bien, ¿habrá alguien que, en presencia del maestro y con dos flechas en la mano, lance una de ellas con descuido? Un aprendiz podrá ser inconsciente de su falta de rigor, pero no así un maestro.

Esta amonestación puede aplicarse a todo lo que hace el hombre. Hay personas que se dedican al estudio, pero, al llegar la noche, piensan que les queda la mañana del día siguiente por delante, y, cuando llega la mañana, dicen que tienen la noche, y de tal modo van renovando sus propósitos, siempre para el futuro. Un hombre así ¿podrá caer en la cuenta de un descuido momentáneo ocurrido en el interior de su corazón?

93

¡Qué difícil es hacer de inmediato lo que tenemos que hacer!

93

Alguien relató la siguiente historia: «Un hombre tenía un buey para vender. Vino un tratante que examinó el buey y le prometió que al día siguiente le traería el dinero y se llevaría el animal. El buey murió aquella misma noche. Así que ganó el que quería comprar y perdió el que quería vender».

Sin embargo, uno de los oyentes observó: «No hay duda de que el dueño del buey sufrió una pérdida, pero, en cierto sentido, fue mayor la ganancia, porque los seres vivos no tienen conciencia de lo cerca que se hallan de la muerte. El caso del buey es un buen ejemplo, pero lo mismo les ocurre a los seres humanos. De modo fortuito murió el buey y de modo fortuito vive el amo. Un solo día de la vida del hombre es mucho más precioso que diez mil monedas de oro. El valor de ese buey pesa ahora menos que la pluma de un gavián. Por tanto no se puede decir que un hombre que ganó diez mil monedas y perdió una pluma haya sufrido una gran pérdida».

Al oír esto, todos los presentes se rieron, diciendo: «Bueno, sí, pero no sé por qué tuvo que ser el dueño el que aprendiera esa moraleja y no el comprador».

Nuestro hombre, entonces, prosiguió: «Por eso quien odia la muerte debería amar y estimar la vida. ¿Cómo es

94

posible que no estemos exultantes de alegría al sabernos vivos cada mañana? Los mentecatos, olvidándose de esta alegría, buscan con muchos sufrimientos otros placeres. Olvidándose de los tesoros que ya poseen, codician otras riquezas, y ponen en peligro sus vidas. Pero nunca ven satisfechos sus deseos. Mientras viven no sienten la alegría de vivir y, cuando se acerca la muerte, la temen. ¿Habría cosa más absurda? Si los hombres no gozan ni sienten la alegría de vivir, no es porque no teman la muerte, sino porque no saben que tienen la muerte muy cerca. Sin embargo, el hombre que dice que le es indiferente, y al que lo mismo le da la vida que la muerte, es quien ha comprendido el secreto».

Cuando terminó de pronunciar estas palabras, las risotadas y las burlas de los presentes se oyeron con mayor estridencia.

Una vez que el primer ministro Tokiwai¹⁴⁰ se dirigía al palacio, se encontró con un samurái de la guardia del emperador retirado que le traía un mensaje del emperador. El samurái descabalgó para entregarle la carta. Días más tarde, el primer ministro le dijo al emperador: «El miembro de la guardia imperial que venía con un mensaje de

¹⁴⁰ Saionyi Saeuyi, que vivió del año 1194 al 1269.

Vuestra Alteza descabalgó para entregármelo. ¡Cómo van a servirnos como es debido unos hombres así!».

El samurái fue expulsado de la guardia. La entrega de un mensaje del emperador ha de hacerse permaneciendo siempre encima del caballo.

95

Una vez le pregunté a un experto en los usos de la corte en qué lado debía colocarse el pasador para prender las cintas que cierran las cajas lacadas, y él me contestó: «Unos dicen que en el lado izquierdo y otros que en el derecho. Por lo tanto, estará bien en uno u otro. Es más frecuente ver cajas para la documentación que llevan la cinta a la derecha. En el caso de cofrecillos para las cosas de aseo, normalmente llevan la cinta a la izquierda».

96

Hay una planta llamada *menamomi*¹⁴¹ que, si se estrujan sus hojas y se colocan en la herida de la mordedura de una víbora, sana inmediatamente la picadura.

Es conveniente saber distinguirla.

¹⁴¹ Es una planta de la familia de las liliáceas que crece de forma salvaje en el campo.

Hay un sinnúmero de cosas que, adheridas a otras, las debilitan y consumen. En el cuerpo tenemos los piojos; en la casa, los ratones; en la nación, los bandidos; en los hombres incultos, las riquezas; en las personas educadas, la benevolencia y la rectitud. Los monjes tienen la religión.

Al leer el libro *Ichigon Hadan*¹⁴², que recoge los dichos de tantos venerables ascetas, encontré algunas cosas que me conmovieron y con las que estoy de acuerdo.

1. Cuando no se sepa si es mejor hacer algo o no hacerlo, lo mejor es no hacerlo.
2. Quien vive entregado a la salvación ultraterrenal no debe poseer ni siquiera una escudilla de sopa. La posesión de objetos valiosos, aunque se trate de sutras o estatuillas de Buda, será un obstáculo para la salvación.
3. La mejor vida es la del monje eremita, porque, aunque nada posee, nada desea.
4. La persona que sea honrada debe obrar como si fuera humilde; el sabio, como si fuera ignorante; el opulento, como si fuera pobre; y el hombre con talentos, como si careciera de ellos.

¹⁴² Recopilación de máximas pertenecientes a la secta Yodo, recogidas en 168 apartados.

5. Si decides entregarte en cuerpo y alma a la salvación, has de vivir en paz y tranquilidad, sin ocuparte para nada de las cosas de este mundo. Esto es lo más importante.

También decía otras muchas cosas interesantes, pero no las recuerdo.

El primer ministro Horikawa¹⁴³ era un hombre guapo y adinerado, amante de la fastuosidad y de la ostentación.

Nombró a su hijo, el noble Mototoshi¹⁴⁴, jefe de la guardia imperial. El día en que iniciaba el ejercicio de su cargo, su padre ordenó a Mototoshi que mandara hacer una nueva arca de los archivos, más elegante, porque la que existía estaba muy deteriorada. Pero aquella arca era tan antigua que nadie sabía a ciencia cierta desde cuándo estaba allí. Serían cientos de años.

Los oficiales que conocían las costumbres de la corte le dijeron que este objeto, propiedad del Gobierno, tenía mucho valor precisamente por ser viejo, y por haber sido usado durante generaciones y generaciones, y que, por consiguiente, no debía ser sustituido por otro tan a la ligera.

Horikawa desistió de su idea.

¹⁴³ Se trata de Koga Mototomo (1232-1297), nombrado primer ministro en 1289.

¹⁴⁴ Mototoshi fue nombrado jefe de la guardia imperial en 1285.

En una ocasión, cuando el primer ministro Koga¹⁴⁵ estaba en palacio y pidió que le trajesen agua para beber, una doncella se la sirvió en un vaso de barro y se la ofreció. Pero él le dijo: «Sírvela en una vasija de madera»¹⁴⁶. Y de ésta sí bebió.

Una vez, el hombre que hacía de introductor oficial en las ceremonias de investidura de los ministros subió al estrado imperial, pero se olvidó de recibir de los escribanos los manuscritos con la proclamación de los nombramientos. Había cometido una gravísima falta protocolaria, y ya no podía volver a recogerlos. Estaba tan preocupado que no sabía qué hacer. Entonces Yasutsuna¹⁴⁷, un amanuense del primer ministro que pertenecía al Sexto Rango, le entregó los manuscritos con las proclamaciones a una doncella que vestía una especie de sayo. Los llevó escondidos y se los entregó al introductor oficial sin que nadie lo notase.

Una linda ocurrencia.

¹⁴⁵ Se refiere a Koga Michimitsu, nacido en 1187 y muerto en 1248.

¹⁴⁶ Supone un notable desconocimiento de las costumbres de la corte.

¹⁴⁷ Yasutsuna, de nombre Nakajara, nacido en 1290 y muerto en 1339.

En cierta ocasión, cuando el noble Matsuda, novicio, consejero mayor y presidente del Comité de Censores, iba a hacer de oficiante principal en la ceremonia de la expulsión de los demonios¹⁴⁸, le pidió a Toin, ministro de la Derecha, que le dijera cuál era el orden que había de seguir en la ceremonia.

Entonces el ministro le respondió: «No encontrará persona con mejores conocimientos, ni que le pueda informar mejor, que el viejo Matagoro».

Matagoro era un anciano vigía, encargado de las hogueras, que estaba muy versado en las costumbres de la corte. En una ocasión, el noble Konoe ocupaba su puesto en una ceremonia y estaba llamando ya a su secretario, pero se había olvidado de su cojín. Entonces se le acercó Matagoro, que estaba cuidando de la hoguera, y le murmuró al oído: «Me parece que lo que debería pedir antes de nada es el cojín».

¡Qué detalle más gracioso!

Una vez estaban diciendo acertijos los mayordomos del emperador retirado en el palacio Daigakuji¹⁴⁹ cuando

¹⁴⁸ Véase la nota del párrafo 19.

¹⁴⁹ Residencia del emperador Go-Uda desde 1308 a 1324. Está en las afueras de Kioto, en el barrio de Sagano.

llegó el médico Tadamori¹⁵⁰. Entonces, el camarlengo y consejero mayor, Kinakira¹⁵¹, les propuso la siguiente adivinanza: «A ver, decidme una cosa que parezca un Tadamori a la manera extranjera». Y alguien le respondió: «¡Pues un *kara-jeiyi!*»¹⁵². Todos estallaron en una carcajada y Tadamori, enfadado, se marchó.

104¹⁵³

Un día, cierto hombre se decidió a visitar a una mujer que vivía retirada en una casa desmantelada. No hacía nada especial, y nadie la visitaba.

Llegó a la casa de incógnito, acompañado de la suave luz de la luna. Como los perros ladraban con furia, salió una criada y preguntó: «¿Quién es?».

El hombre le pidió que no lo hiciese esperar fuera mientras anunciaba la visita, y entró. Le apenó mucho aquella escena tan deprimente, y se preguntaba cómo podría vivir allí aquella mujer.

¹⁵⁰ Tamba Tadamori (?-1332), médico y poeta, de ascendencia china.

¹⁵¹ Saionyi Kinakira, fue nombrado camarlengo en 1326 y consejero mayor en 1336. Murió ese mismo año.

¹⁵² Se trata de un elaborado juego de palabras. La broma remite al famoso guerrero de Ise, Taira Tadamori, y su bizquera. Un *kara-jeiyi* es un tipo de jarra china, donde *jeiyi* es homófono de un sobrenombre de la familia Taira. Este tipo de jarra se usaba para el vinagre, *sugame*, homónimo de bizquera. Tamba Tadamori, como aclarábamos en una nota anterior, era de ascendencia china.

¹⁵³ El estilo y la narración de este episodio nos recuerdan la obra clásica de *Genji*. Algunas expresiones están tomadas de ella.

Estuvo unos momentos de pie sobre un humilde entarimado de madera, hasta que volvió la criada, que le dijo, en un tono suave y jovial: «Pase usted por aquí». Y entró por una puerta corrediza que se abrió con dificultad. El interior de la habitación no era tan desolador. De hecho, era más bien agradable. En el fondo de la estancia lucía una vela que iluminaba la habitación con una luz tenue, y las cosas que desvelaba la luz parecían bellas. El aroma que flotaba en el aire no era de incienso quemado a propósito para recibir una visita inesperada, y le daba una nota de intimidad que transformaba la estancia en un lugar apacible.

—Aseguraos de que las puertas estén bien trancadas.

—Poned el carro bajo el alero del portón, que es posible que llueva.

—Que los acompañantes se acomoden en tal o cual sitio.

Llegaba a sus oídos una voz que, a pesar de consistir en un susurro, le resultaba perceptible porque la habitación era muy pequeña.

—Vaya, esta noche, por fin, vamos a poder descansar bien.

Mientras le contaba en detalle las cosas que le habían ocurrido desde la visita anterior, pasó la noche y se oyó el primer canto del gallo. Entretenidos en una conversación que comenzaba en el pasado y se extendía hasta el futuro, volvieron a oír cantar con más insistencia a los gallos, y él preguntó a la mujer si la noche había retirado su manto. Pero como el lugar donde estaban no era de aquellos en

que uno se ve obligado a salir con prisas al llegar el alba, descansó un poco más, hasta que la claridad empezó a entrar por las rendijas de la puerta. Después de despedirse, habiéndole jurado que nunca olvidaría esa noche, partió. Era una mañana de mayo; el jardín y las copas de los árboles estaban cubiertos de un verde maravilloso.

Este hombre todavía recuerda aquella mañana y, cuando acierta a pasar por allí, se vuelve para contemplar los árboles hasta que la copa del sicamor más alto desaparece de su vista.

105

En el costado norte del edificio, la nieve que quedaba sin derretir se había helado y endurecido. Las varas del carro de bueyes brillaban por la escarcha. La luna del amanecer todavía rielaba en el cielo, pero su luz era débil.

En el corredor de un oratorio se podía distinguir a un hombre de elegantes modales. Se hallaba al lado de una mujer, en el alféizar de la puerta. Parecía que estaba hablando. No supe cuál era el tema de su conversación, pero parecía que no lo agotaban.

La mujer, con la cabeza ligeramente inclinada, tenía una gracia indescriptible, como la delicadeza del perfume que llegaba hasta mí.

El acento sosegado de su voz cautivaba mi corazón.

103

Una vez, cuando el venerable Shoku¹⁵⁴ del monasterio de Koya¹⁵⁵ se dirigía, por un estrecho sendero, a la capital, se cruzó con una mujer que también venía a caballo.

El mozo inexperto que le llevaba las riendas metió el caballo del monje en una zanja. El monje, encolerizado, reprendió al mozo, diciéndole: «Esto es una falta de respeto imperdonable. No sé si sabrás que de las cuatro clases a que pertenecen los discípulos de Buda, las monjas (*bikuni*) son inferiores a los monjes (*biku*), los fieles varones (*ubasoku*) siguen a las *bikuni*, y las mujeres fieles (*ubai*) están por debajo de los *ubasoku*. Y tú, para dar paso a una persona de rango inferior, tiras a la cuneta a quien pertenece al rango superior. ¡Jamás se ha visto un desacato igual!».

A lo que el mozo respondió: «Perdone, pero no le he comprendido bien. ¿Qué me quería decir?».

El venerable, más encolerizado aún, lo insultó, diciendo: «¡Cállate, hombre, no eres más que un berzotas!»¹⁵⁶.

Y dicen que después de recriminarle todo lo que quiso, y como avergonzado de sus propias palabras, hizo dar media vuelta al caballo y se alejó al trote.

Nunca mejor dicho: aquello fue una venerable trifulca.

¹⁵⁴ Se ignora quién puede ser este Shoku. Quizás un personaje legendario.

¹⁵⁵ Koya es el monasterio principal de la secta Shingon, en la provincia de Wakayama. Su fundador es el famoso Kobo Saishi, también conocido como Kukai.

¹⁵⁶ La traducción literal sería «hombre inculto, sin ascética ni virtud».

Se suele decir que son pocos los hombres capaces de dar una respuesta rápida a las preguntas que les hacen las mujeres.

Durante el reinado del emperador Kameyama¹⁵⁷ había en la corte algunas damas resabiadas que preguntaban a los jóvenes que venían al palacio si ya habían oído cantar al cuco. Un consejero mayor les respondió: «Una persona tan insignificante como yo no ha tenido aún semejante privilegio». Y el ministro del Interior, Horikawa¹⁵⁸, dijo: «Pues sí, creo que una vez lo oí en Iwakura¹⁵⁹».

Las damas, después, comentaban las respuestas, diciendo: «A esta última no se le puede poner un pero, eso sí, hay que ver qué cursi es aquella otra de “una persona tan insignificante como yo...”».

Al varón hay que educarlo de manera que ninguna mujer pueda reírse de él. Oí decir una vez que si el canciller Yodoyi¹⁶⁰ hablaba tan bien era porque había recibido una educación esmerada de parte de la emperatriz retirada Anki¹⁶¹. El ministro Yamashina¹⁶² profirió en una ocasión: «Siempre que me mira una mujer, aunque no sea más que

¹⁵⁷ El emperador Kameyama reinó desde 1259 a 1274. Después se retiró y murió en 1305.

¹⁵⁸ Se trata de Minamoto no Tamomori. Fue elegido ministro consejero en 1313 y murió cinco años después.

¹⁵⁹ Región del norte de Kioto donde tenía su residencia la familia Horikawa.

¹⁶⁰ Quizás Kuyo Noronori, hijo de Tadanori. Su nombre póstumo es Yodoyi y murió a los cuarenta y ocho años.

¹⁶¹ Fujiwara Yushi (1207-1286) fue hermana de la abuela de Kuyo y esposa del emperador Go-Horikawa.

¹⁶² Saionyi Saneo, nacido en 1217 y muerto en 1273.

una limpiadora, me desasosiego y me siento ofuscado». Si en el mundo no existieran las mujeres, los hombres no se preocuparían por cumplir las normas relativas al vestido o el sombrero.

Uno podrá pensar que las mujeres, que tanto pueden alterar la quietud del hombre, son seres superiores. Sin embargo, las mujeres, por naturaleza, son aviesas, profundamente egoístas, tremendamente avariciosas, incapaces de razonar y de comprender la verdad, y propensas al engaño y a la mentira. Usan con facilidad la palabra y guardan silencio ante preguntas inofensivas. Parecen prudentes y cautas, y, sin embargo, no se cansan de hablar de cosas sobre las que nadie les pregunta y de otras que no debieran.

Están dotadas de un talento superior al de los hombres para urdir una trama, pero no pueden saber que ellos les descubren sus ardidés.

Son ladinas y lerdas, al mismo tiempo. ¡Qué desacierto es obrar de acuerdo con los caprichos de una mujer sólo para que ellas nos tengan en buen concepto! ¿Es posible que haya hombres que se preocupen de lo que puedan pensar de ellos las mujeres?

Y aun suponiendo que hubiera una mujer sabia y virtuosa, sin duda la encontraríamos distante y poco atractiva.

Una mujer solamente parecerá encantadora y atractiva para el hombre que, fascinado por sus encantos y caricias, se le somete.

Nadie escatima unos momentos de tiempo, ni se arrepiente de haberlos gastado. Pero, al hacerlo, uno no sabe si es consciente o inconsciente.

A aquellos que, llevados por la pereza, no aprovechan el tiempo, yo les diría que el valor de una sola moneda es despreciable, pero que muchas pueden sacar a un hombre de la pobreza y hacerlo rico. Ésta es la razón por la que los comerciantes se preocupan por cada moneda.

Nosotros vivimos sin tener conciencia cierta de los instantes que pasan, pero, si seguimos malgastando esos breves momentos, en un abrir y cerrar de ojos nos encontraremos en el final de nuestras vidas.

Las personas que se dediquen a la práctica de la virtud no deberían lamentarse del poco tiempo que les pueda quedar de vida, sino de dejar pasar inútilmente el instante presente.

Si viniera una persona y nos asegurara que mañana, de cierto, habríamos de morir, ¿cómo viviríamos las horas que nos quedasen? ¿Qué haríamos? ¿Qué diferencia hay entre ese día y este que vivimos?

Pasamos la mayor parte del tiempo comiendo, bebiendo, haciendo nuestras necesidades fisiológicas, hablando y caminando. En eso se nos va la mayor parte de la vida. El tiempo que todo esto nos deja libre es bastante poco, y sólo los mentecatos dejarían pasar esos breves instantes, días o meses, haciendo cosas inútiles, hablando de cosas vanas y pensando en otras superfluas; viviendo, en definitiva, una vida estéril.

Cuando tradujeron el *Sutra del Loto*, Hsieh Ling-yün¹⁶³ hizo de amanuense, pero como toda su preocupación era buscar ocasiones para ascender en la escala social, el monje Hui-yüan¹⁶⁴ no le permitió entrar en la Congregación del Loto Cándido.

Quien sea insensible al paso del tiempo es un cadáver.

Y si quieres saber para qué hemos de estimar tanto el tiempo, te diré que es para evitar entrometernos en las cosas del mundo y para no entretenernos en vanos pensamientos; es decir, para poder dedicarnos a la contemplación meditativa cuando lo deseemos y a la práctica de la virtud cuando bien nos parezca.

109

Una vez, un experto en subir a los árboles estaba enseñando a otro y le mandó cortar las ramas de una copa. Mientras el aprendiz se encontraba en los lugares más peligrosos, el maestro permanecía en silencio, sin decir nada. Pero al ver que bajaba para situarse a la altura de un tejado, le dijo: «Ten cuidado, que te vas a caer».

Al oír esto, yo le pregunté: «¿Por qué le dices que tenga cuidado ahora que está ya a una altura desde la que puede bajar de un salto?». A lo cual él me respondió: «Ahora es cuando hay que decírselo. Antes, cuando estaba colgado

¹⁶³ Hsieh Ling-yün fue un famoso poeta chino. Llegó a ser gobernador, pero, descontento con las obligaciones del cargo, llevó una vida disoluta, se puso a la cabeza de una revuelta y fue ejecutado en 433, a los cuarenta y nueve años de edad.

¹⁶⁴ Fundador de un templo y poeta, nacido en el año 336 y muerto en 416.

de una rama y se le iba la vista, él era consciente del peligro y no había necesidad de recordárselo. Los accidentes suelen ocurrir en los lugares de menor riesgo».

Era una persona que pertenecía a una clase inferior, pero tenía palabras de sabio.

Dicen que en el juego del balompié¹⁶⁵ ocurre lo mismo. Las pelotas difíciles de recoger se levantan bien. Las que se suelen perder son las fáciles.

110

Le pregunté una vez a un campeón de *sugoroku*¹⁶⁶ qué hacía para ganar. Él me respondió: «Yo nunca juego a ganar, sino que juego a no perder. Piensa en las jugadas que te pueden llevar al fracaso y evítalas. Mueve aquellas piezas que retrasen por más tiempo la derrota».

Es un consejo que me dio un maestro del juego. Y yo creo que esto valdría tanto para regirnos a nosotros mismos como para gobernar a los demás.

111

Un asceta me dijo una vez que a él le parecía que pasar los días y las noches jugando al *sugoroku* era un pecado más

¹⁶⁵ *Mari* o *kemari* era un juego que consistía en mantener en el aire una pelota hecha de cuero tanto tiempo como fuera posible.

¹⁶⁶ Un juego de mesa que consistía en eliminar todas las fichas del tablero mediante lanzamientos de un dado.

grande que el de cometer los Cuatro Grandes Crímenes¹⁶⁷ y los Cinco Pecados Capitales¹⁶⁸.

Todavía resuenan en mis oídos sus palabras, y las juzgo exactas.

112

¿Habrá alguien que, a una persona que va a partir con la alborada y destino a un país lejano, le diga: «Obra con calma, despacio»?

Una persona que esté resolviendo un negocio urgente, o que esté acongojada por un terrible pesar, no prestará oídos a nada, ni se preocupará de las tristezas y alegrías de los demás. Pero nadie debería extrañarse, ni sentirse resentido, aunque esta persona no tenga la delicadeza de interesarse por ellos. Lo mismo ocurre con las personas que van entrando en la vejez, que empiezan a sentir las garras de la enfermedad o que se disponen a apartarse del mundo.

Los compromisos sociales son difíciles de obviar. Pero si uno se dedica a corresponder del mejor modo posible todas las pequeñas obligaciones que contrae con la gente y el mundo, pues considera que no evitarlo aumentará los lazos, y acabará agotándose espiritual y corporalmente

¹⁶⁷ Fornicar, robar, matar y mentir.

¹⁶⁸ Matar al padre, matar a la madre, matar a un asceta, ser causa de odios y rencores entre los monjes y derramar sangre de un «cuerpo de buda».

en su intento de corresponder con infinitos deberes insignificantes y triviales.

«Ya el sol se acerca a su ocaso, largo es el camino, flaquean mis pies»¹⁶⁹. Ha llegado el momento de romper todos los lazos que me atan al mundo. Ya no cumpliré las promesas, no guardaré las normas de educación. Que me llamen loco los que no me comprendan, que piensen que he perdido el juicio y toda la empatía humana, que tengo un corazón de piedra... Ya no me herirán las críticas ni prestaré oídos a las lisonjas.

113

Si un hombre, pasados los cuarenta, tiene de forma esporádica alguna relación amorosa pero trata de ocultarla, se le puede perdonar como algo irremediable. Pero sería muy desagradable, e impropio de su edad, si alardease, a propósito, de sus proezas con mujeres o hablase de las vidas privadas de los demás.

En general, no hay cosa más incómoda que ver a los viejos mezclarse con grupos de jóvenes y oírles contar historias semejantes sólo para congraciarse con ellos, o que un don nadie se dirija a personas ilustres y las trate con confianza, o que una familia necesitada, amiga de agasajos y fiestas, se exceda en atenciones con sus invitados.

¹⁶⁹ Referencia a un poema atribuido a Po Chu'i.

Cuando el ministro de Imadegawa¹⁷⁰ se dirigía a Saga, al llegar a las proximidades de Arisugawa, en un lugar donde corría el agua, Saiomaru¹⁷¹ fustigó tanto a las vacas que tiraban del carro que salpicaron con sus patas el travesaño delantero. Tamenori, que iba detrás escoltando la carroza, le gritó: «¡Habrás visto un carrero más lerdo! ¿Cómo se te ocurre fustigar a los bueyes en un sitio como éste?». El ministro, molesto por las palabras que había oído, respondió: «Pero ¿tú crees que sabes conducir mi carreta mejor que Saiomaru? El lerdo eres tú». Y, agarrando a Tamenori, le golpeó la cabeza contra la carroza.

Este famoso Saiomaru era el criado del noble Uzumasa y cuidaba de los bueyes que usaban en el Palacio Imperial. Los nombres de las damas que estaban al servicio de este noble eran Hizasachi, Kototsuchi, Robara y Otoushi¹⁷².

En un lugar llamado Shukugawara¹⁷³ se hallaban reunidos muchos monjes mendicantes. Estaban recitando la

¹⁷⁰ Saionyi Kinsuke, nacido en 1223 y muerto en 1267.

¹⁷¹ Un carrero famoso, aunque se duda de su existencia histórica.

¹⁷² Todos estos nombres también se aplicaban a las vacas.

¹⁷³ Casi seguro que se refiere a una localidad de este nombre que ahora está en la ciudad de Kawasaki, provincia de Kanagawa.

Invocación de las Nueve Moradas¹⁷⁴ cuando entró otro mendicante que les preguntó: «¿Se encuentra aquí, por casualidad, un monje llamado Irooshi?».

Uno de ellos respondió: «Irooshi soy yo. ¿Quién eres tú?». «Yo soy Shirabonyi», le contestó. «Me han dicho que mi maestro, Fulano de Tal, murió en una provincia del levante a manos de un monje mendicante llamado Irooshi. He venido con la esperanza de poder encontrarlo y vengar la muerte de mi maestro». A lo que Irooshi repuso: «¡Por fin! Te estaba esperando. Ocurrió, en efecto, como dices. Si reivindicáramos la justicia aquí, en el templo, lo profanaríamos. Vamos fuera, a la orilla del río, y lidiemos allí. Y vosotros, compañeros, no vengáis a ayudarnos, porque si los que participan en la disputa son muchos habría que interrumpir las invocaciones».

Establecidas las condiciones del duelo, se fueron los dos a la orilla del río. Después de una larga pelea hincaron la espada el uno en el otro y los dos murieron.

No sé si los monjes mendicantes llamados *boroboro*¹⁷⁵ existían ya en aquel tiempo. Parece probable que su origen sea más reciente. Se les conocía por el nombre de *boronyi*, *bonyi* o *kanyi*¹⁷⁶. Estos hombres dan la impresión de haber abandonado el mundo, pero conservan un apego muy grande a las cosas. Parece que se preocupan de

¹⁷⁴ Imprecaciones correspondientes a las nueve etapas por las que pasa el hombre al renacer, según la doctrina de la secta Yodo.

¹⁷⁵ Personajes mitad monjes y mitad seglares que iban pidiendo limosna con una canastera y una flauta.

¹⁷⁶ Como indica la palabra, *boronyi* se refiere a las letras o ideogramas que llevaban estos monjes en la espalda.

vivir sólo según las enseñanzas de Buda, y, sin embargo, lo que hacen es pelearse. Son hombres impredecibles, que no ponen a los pies de nadie su libertad, pero nos cautivan por el desprecio con que miran a la muerte y por su poco apego a la vida.

Lo que aquí he escrito se lo oí a otra persona.

116

Cuando los antiguos nombraban las cosas o los templos no usaban nombres rebuscados, sino que ponían aquellos que espontáneamente se les ocurrían. Ahora los nombres son muy estudiados, sin inspiración, como un intento desesperado por revelarnos el talento del que lo buscó.

No es de buen gusto usar ideogramas en los nombres de personas, sobre todo de aquellos con los que estamos poco familiarizados. Por otro lado, el deseo de novedad y el interés por lo inusual o lo raro es propio de gente frívola.

117

Siete son los tipos de personas que difícilmente tendrán buenos amigos.

Primero: los hombres de clase social elevada.

Segundo: los jóvenes.

Tercero: los hombres sanos y robustos.

Cuarto: los hombres dados al alcohol.

114

Quinto: los soldados demasiado valerosos.

Sexto: los hombres embusteros.

Séptimo: los egoístas y avariciosos.

Tres son los amigos que son buenos amigos.

Primero: un amigo desinteresado.

Segundo: un amigo no obligado.

Tercero: un amigo dotado de sabiduría.

118

La gente suele decir que el día en que uno toma sopa de pescado, si es carpa, no se le alborotará por los lados el cabello¹⁷⁷. Si la carpa se usa para hacer cola es, sin duda, por su viscosidad.

La carpa es el pez de mejor calidad, el único que puede ser cortado en rodajas en presencia de Su Majestad.

Entre las aves no hay ninguna que iguale al faisán. No existe ningún inconveniente para conservar el faisán y las setas en la despensa de palacio. Los demás alimentos se consideran inapropiados.

Una vez el monje Kitayama¹⁷⁸ vio un ánsar salvaje en un anaquel de laca oscura, en el palacio de la emperatriz. Al regresar a su casa, le escribió una carta en los siguientes términos: «Es la primera vez que veo una criatura así.

¹⁷⁷ Con huesos de animales y espinas de pescado se hacía gelatina y engrudo para fijar el cabello.

¹⁷⁸ Saionji Sanekane, nacido en 1249 y muerto en 1322.

en su semblante natural y puesta sobre un anaquel. ¡Qué cosa más horrible! Esto es prueba, no lo dudo, de que no tiene una persona que sea digna de mirar por Vuestra Majestad».

119

Al bonito que se pesca en las costas de Kamakura no hay nada que se le pueda igualar, y ahora se sirve y estima mucho en los banquetes.

Un anciano de Kamakura me dijo: «Cuando los de mi edad éramos jóvenes, el bonito no era pescado con el que se agasajara a una persona principal y ni los siervos querían comerle la cabeza. La cortaban y la tiraban».

Notable debe de ser el grado de corrupción al que ha llegado la sociedad, a juzgar por el aprecio en que se tiene este pescado.

120

Mientras no falten las medicinas, no hemos de preocuparnos, aunque carezcamos de objetos llegados de China. Dispersos por todo el país hay muchos libros chinos, y el que quiera puede copiarlos. Al ser la travesía tan difícil, es una locura hacer que los barcos que van y vienen de China estén abarrotados de cosas verdaderamente superfluas.

116

¿No dice el sabio: «No apreciéis las cosas ajenas»¹⁷⁹ y «No consideréis como tesoros lo que sea difícil de obtener»¹⁸⁰?

El caballo y el perro son los animales que se pueden tener en casa, y aunque nos dé pena, teniéndolos atados, hacerlos sufrir, el asunto tiene mal remedio, porque, de lo contrario, no podríamos vivir con ellos.

En casa debe tenerse siempre un perro, la guardan y evitan que entren en ella los ladrones mejor que el hombre. Aunque si todas las casas tuvieran uno no existiría necesidad de poseer un perro. Las demás aves o animales son completamente prescindibles.

Cuando apresamos y metemos en una jaula a un animal que nació para correr, y a un ave que nació para volar le cortamos las alas y la encerramos en una pajarera, la nostalgia que sentirá esta última por las nubes y el cielo será infinita, y la añoranza que tendrá el cuadrúpedo por las montañas no tendrá fin.

¿Cómo podrá mantenerlos en esta situación una persona que posea sentimientos humanos, cómo no ponerse en el lugar de los animales y experimentar su sufrimiento?

¹⁷⁹ Tomado del libro de historia *Shu Ching*.

¹⁸⁰ Cita el *Tao Te Ching* de Lao-Tse: «El sabio se conforma con las cosas que nadie desea y no estima como tesoros lo que es difícil de obtener».

El que goce haciendo sufrir a las criaturas y seres vivos será como los déspotas Chieh y Chou¹⁸¹.

A Wang Tzu-yu¹⁸² le encantaban los pájaros, pero viéndolos cantar alegremente en los bosques; los seguía corriendo, no los hacía sufrir ni los despojaba de su libertad.

En los libros antiguos¹⁸³ se lee: «No tengáis en vuestras tierras ni aves raras ni animales extraños».

122

La preparación intelectual del hombre se debe centrar en la lectura de los clásicos y en el conocimiento de la doctrina de los sabios. Después de eso, lo que uno debe aprender es caligrafía, aunque no vaya a dedicarse a ella, porque los ideogramas nos serán de gran ayuda para conseguir otros conocimientos. Luego, se debería estudiar medicina. Los conocimientos médicos son indispensables para conservar la salud —pudiendo así cumplir con las obligaciones que nos impone la piedad filial— y sirven para curar al prójimo. Después habría que aprender el tiro con ballesta y a montar a caballo, porque éstas son disciplinas que se encuentran enumeradas entre las *seis artes*¹⁸⁴. El conocimiento de las letras, las artes marciales y la medicina es,

¹⁸¹ Dos emperadores chinos famosos por su crueldad. Chieh fue el último de la dinastía Hsia, y Chou el último de la dinastía Shang.

¹⁸² Calígrafo muy conocido del siglo iv.

¹⁸³ En este caso, en el libro de la historia *Shu Ching*.

¹⁸⁴ Artes que debían aprender los nobles en la Antigua China: el ritual, la música, el tiro con arco, la equitación, la escritura y la aritmética.

verdaderamente, esencial. La persona que se dedique a su aprendizaje no estará perdiendo el tiempo.

Además, los alimentos son para el hombre como el cielo que da vida a los seres y las plantas. El que mejor los condimento más provecho sacará de ellos.

A continuación, tenemos las artes manuales con sus innumerables aplicaciones. Por lo que se refiere a todo lo demás, se considera vergonzoso que un príncipe posea demasiados talentos o conocimientos. Antes se tenía en mucha estima a los príncipes y súbditos que escribían bien poesía y entendían mucho de música —artes muy nobles ambas—, pero en la época en que vivimos la gente se va convenciendo de que es una idiotez querer gobernar con ellas a un pueblo.

También el oro es un metal muy noble, pero, por lo que se refiere a la variedad de usos y aplicaciones, no se puede comparar con el hierro.

123

Los hombres que pasan el tiempo haciendo cosas inútiles o superfluas, y obran en contra de la naturaleza, son unos fatuos. Las cosas que, querámoslo o no, tenemos que hacer por la patria o por nuestro señor son muchas y no es tanto el tiempo libre que nos dejan.

Ten en cuenta que el hombre no tiene más remedio que trabajar para alimentarse, vestirse y tener un techo bajo el cual pueda cobijarse. Las necesidades del hombre en este

mundo se reducen a tres: el hombre es feliz si no pasa hambre ni frío, tiene un techo que lo proteja del viento y de la lluvia y ve correr los días de su vida en paz y tranquilidad. Pero todos los hombres llevamos en nuestro interior la semilla de la enfermedad, y, cuando echa raíces en nosotros, el dolor es difícil de soportar. De ahí que no debemos olvidarnos de la curación de las enfermedades. Si añadimos las medicinas, tendremos las cuatro cosas más necesarias. Si no las poseemos, seremos pobres y desafortunados. Vivir desasosegados en busca de más es estúpido. ¿Quién dirá, del que se conforma y vive solamente con estas cuatro, que pasa necesidad?

124

Seguramente no hay nadie que supere al monje Zeho¹⁸⁵ en conocimientos teológicos relacionados con la escuela budista del Paraíso. Y, sin embargo, él pasa su vida sin vanagloriarse de su saber, recitando mañana y tarde el *nembutsu* y viviendo en su retiro y en calma.

¡Admirable!

125

Cierta familia llamó a un monje conocido por su virtud para que rezase los responsos de difuntos que correspon-

¹⁸⁵ Monje, poeta y amigo de Kenkō.

120

den a los cuarenta y nueve días del luto, y el monje les habló con tanta unción que ninguno de los presentes pudo contener las lágrimas. Después de marcharse el monje, todos los que lo habían escuchado se decían: «En mi vida sentí una emoción comparable a la de hoy». En esto alguien intervino, diciendo: «Y no es de extrañar. ¡Con esa cara de perro chino que tiene!»¹⁸⁶. Estas palabras disiparon el aire de veneración que los envolvía, aunque a todos les hizo mucha gracia. ¿Cómo no se le ocurriría otra expresión más acertada para alabar a aquel hombre?

En otra ocasión oí también que cuando uno, para obligar a beber más a otra persona, bebe primero él y después lo fuerza a escanciar, es como tratar de degollar a alguien con una espada de dos filos: al levantar el arma, probablemente te rebanarás primero tú mismo la garganta. Y si eres el primero en caer dormido bajo la influencia del alcohol, seguro que nadie seguirá bebiendo.

¡Qué ocurrencia! La persona que dijo esto ¿habrá intentado matar a alguien con una espada de dos filos?

Una vez escuché que, cuando alguien que está perdiendo en un juego de azar y quiere apostar todo el dinero que le queda, uno no debería entrar en la partida. Debería leerse

¹⁸⁶ Quizás hiciera alusión a la estatua de un perro que le regalaron al ya retirado emperador Hanazono, hecha en China. Este tipo de estatuas se coloca ahora a la puerta de los templos sintoístas a modo de guardianes.

el signo de que al contrincante le ha llegado la suerte y va a ganar. El jugador que sea digno de ese nombre sabe discernir tal momento.

127

Es mejor no emprender una reforma que no acarree ningún bien.

128

El consejero mayor Masafusa¹⁸⁷ era un hombre muy sabio y virtuoso. El emperador retirado¹⁸⁸ estaba pensando otorgarle el título honorífico de general de la guardia palatina cuando apareció un cortesano y le dijo: «Ahora mismo acabo de ver con mis propios ojos una cosa horrible». A lo que Su Majestad le preguntó: «¿Qué fue lo que viste?». El cortesano respondió: «Por un agujero que separa mi casa de la suya vi a Masafusa cortarle las patas a un perro vivo y echárselas a los halcones».

Al oír esto, el emperador pensó que Masafusa era un hombre vil y abominable, dejó de tratarlo con la estima y el afecto de siempre y se negó a ascenderlo. A mí no me cabe en la cabeza que un hombre de tanta virtud como él tuviera en su casa halcones, pero lo de las patas del perro

¹⁸⁷ Minamoto no Masafusa, nombrado consejero mayor en 1295 y muerto en 1302.

¹⁸⁸ Bien podría ser el emperador Go-Uda, Go-Fushimi, o bien Kameyama.

estoy convencido de que es una patraña. El bueno de Masafusa fue víctima de una mentira. Sin embargo, los sentimientos de reproche y disgusto que surgieron en el corazón de Su Majestad al oírla son dignos de acatamiento y prueba de su nobleza.

Por lo general, los hombres que disfrutan quitando la vida a los animales, haciéndolos luchar y pelearse entre ellos, son como las fieras y las aves de cetrería. Basta con observar a los animales, a las aves y a los pequeños insectos, y veremos que todos ellos aman a sus crías, éstas añoran estar junto a los padres, el macho y la hembra viven juntos, son celosos, se enfadan, tienen deseos y pasiones, se aman a sí mismos y, quizás por carecer de inteligencia, estiman sus vidas muchísimo más que los hombres. Por tanto, al maltratarlos y al arrebatárles la vida, ¿quién no sentiría pena y compasión?

Aquel que al ver un animalito cualquiera no sienta cariño y compasión por él, no es hombre: le falta el corazón.

129

Yen Hui solía decir que el principio por el que se regía su vida era el de no causar a nadie ninguna molestia¹⁸⁹.

Por supuesto no se debe hacer sufrir al prójimo, maltratar a los seres vivos ni quitarle la libertad al hombre

¹⁸⁹ *Analectas* de Confucio (cap. v, 25).

123

más humilde¹⁹⁰ siquiera. Hay gente que goza intimidando o riéndose de los niños. Muchos adultos dirán que esto no tiene nada de particular, porque lo hacen de broma; no obstante, estas cosas al niño le llegarán al alma, lo llenarán de pavor, de vergüenza, de desaliento y de pesar. El que disfrute haciendo sufrir a una criatura inocente no conoce el amor ni la compasión.

Las personas maduras sabemos que la alegría, la ira, la tristeza e incluso el placer son meras ficciones; y, sin embargo, ¿no nos entregamos a ellas como si fueran cosas reales?

Las heridas del corazón son mucho más dolorosas que las del cuerpo. Y muchas de las enfermedades corporales se originan en el espíritu. Las que nos vienen del exterior son bien pocas. A veces tomamos una medicina para sudar, pero no lo conseguimos; no obstante, basta con que sintamos miedo o vergüenza un instante para que nos empiece a correr el sudor. Señal de que es fruto del espíritu.

Aquel hombre que escribió la placa en la torre Ling-Yüing¹⁹¹, del miedo que pasó, al bajar tenía todo el pelo blanco. Y hay más ejemplos.

¹⁹⁰ Tomado también de las *Analectas*, IX, 26: «Podrás privar a los ejércitos de sus oficiales, pero no podrás anular la opinión del hombre más humilde».

¹⁹¹ Alusión al calígrafo Ling-Yüing, de la dinastía china de Wei. Lo subieron en una esportilla a setenta y cinco metros de altura para que escribiera una placa. Cuando lo bajaron, el pelo se le había puesto blanco del miedo. Este hecho aparece recogido en *Yikkunsho*, manuscrito de 1256 que Kenkō pudo haber conocido.

No porfies, domínate a ti mismo y obedece a los demás; pon al prójimo el primero y tú colócate el último. No hay forma mejor de obrar.

Si la gente disfruta del juego es porque quiere ganar. Se alegran cuando ven que sus talentos superan a los de sus contrincantes. Es obvio, pues, que nos molesta perder. Si pierdes adrede, para darle el placer de ganar a tu compañero, no experimentarás ninguna alegría en el juego. Por otro lado, es inhumano hacer que otros saboreen el desconsuelo mientras nosotros gozamos de él.

Si quieres destacar sobre los demás, que sea en el estudio, procurando superarlos en la ciencia. Si consigues la verdadera sabiduría no te vanagloriarás de tus buenas obras, ni argüirás con tus compañeros. Sólo la virtud que procede de la sabiduría puede darnos fuerzas para rechazar un puesto elevado o una oportunidad de ganar mucho dinero.

El pobre cree que la cortesía consiste en hacer regalos costosos. El débil y el anciano piensan que el mejor modo de mostrar su agradecimiento es hacer trabajos que consumen sus fuerzas.

Todos debemos conocernos a nosotros mismos y dejar de lado, sin reparo, aquello que supere nuestras propias capacidades. Si alguien se opone a que lo dejemos, el que

se equivoca es él. Y si, a pesar de conocer el límite de nuestras fuerzas, persistimos en el empeño de conseguirlo, el error es nuestro.

El pobre que olvide su estado, robará. Quien no sepa que ya no tiene las fuerzas que tenía, enfermará.

132

La Nueva Calzada de Toba¹⁹² no se llama así porque el emperador Toba edificó cerca su palacio. El nombre ya existía antes. Creo que aparece en las Crónicas del príncipe Rijo¹⁹³, donde se dice que cuando el príncipe Motoyoshi¹⁹⁴ leyó los parabienes el día de Año Nuevo en presencia del emperador, lo hizo con una voz tan sonora, que «se oía desde la Sala del Consejo hasta la Calzada de Toba».

133

En la cámara donde descansa el emperador, la almohada se coloca hacia el este. Durmiendo con la cabecera en esa dirección se recibe mejor la influencia del espíritu y el calor que vivifica a todos los seres. Ésa es la razón por la cual Confucio también dormía con la almohada en dirección

¹⁹² Se trata de una calzada que parte de la Calle Nueve de Kioto y llega hasta Toba. Fue construida en 1086 por el emperador Toba.

¹⁹³ Hijo del emperador Daigo, nacido en 906 y muerto en 954.

¹⁹⁴ Hijo mayor del emperador Yozei, nacido en 890 y muerto en 943.

al oriente. También se construyen dormitorios con la cabecera orientada al sur. El norte, sin embargo, debería evitarse¹⁹⁵. No obstante, el emperador Shirakawa dormía con la cabecera hacia el norte. A este respecto una vez oí decir: «El santuario de Ise se encuentra al sur. ¿No te parece impropio que el emperador duerma con los pies orientados hacia el Gran Santuario?».

Conviene notar, sin embargo, que cuando el emperador adora desde lejos el santuario de Ise no se orienta completamente hacia el sur, sino hacia el sureste.

134

Un monje *samadhi*¹⁹⁶ estaba realizando un estricto retiro en el templo Hokke, que se halla en el mausoleo del emperador Takakura. Un día tomó un espejo en las manos y se miró detenidamente en él. Sintió tal disgusto que se desplomó al ver lo feo que era y lo deforme de su rostro, de modo que no sólo le cogió miedo al espejo —y no lo volvió a tomar en sus manos—, sino que desde ese momento no quiso ver ni tratar con nadie. Si salía de su celda era sólo para recitar las oraciones del templo.

El relato de este suceso me impresionó mucho.

Todos, incluidas las personas inteligentes, nos limitamos a mirar a los demás sin preocuparnos de averiguar

¹⁹⁵ Costumbre que todavía existe hoy en Japón.

¹⁹⁶ Religioso entregado por completo a la meditación y a la ascética.

mucho acerca de nosotros mismos. Pero quien no se conozca a sí mismo difícilmente podrá conocer a los demás. Sólo podemos llamar sabio a quien se conoce a sí mismo. Hay quien es feo, y lo ignora; quien tiene un corazón desasosegado, y lo ignora; quien carece de capacidades artísticas, y lo ignora; quien es un cero a la izquierda, y lo ignora; quien es viejo, y lo ignora; quien está enfermo, y lo ignora; quien va muy retrasado en el camino de la perfección, y lo ignora. Al ignorar sus propios defectos, difícilmente se dará por aludido cuando otros lo censuren.

Sin embargo, no es tan difícil conocerse, porque si uno se mira en un espejo verá allí reflejada su cara, y si cuenta los años podrá saber qué edad tiene. Pero lo que ocurre no es, quizás, que no nos conozcamos, sino que ignoramos lo que debemos hacer, que, a fin de cuentas, viene a ser lo mismo. No digo que tengamos que cambiar de rostro y de facciones y volver a la juventud. Ahora bien: si sabes que no tienes talentos para desempeñar un oficio, ¿por qué no lo dejas en ese mismo instante? Y si comprendes que ya has envejecido, ¿por qué no te retiras y vives en paz, cuidando de tu salud? Y si vieras que es muy poca tu virtud, ¿por qué no te resuelves a practicarla? Tratar de alternar y de mezclarse con personas que no lo aprecian a uno es vergonzoso. Y si, a pesar de ser feo y de poca inteligencia, quieres ir a servir a un señor; y, siendo ignorante, quieres alternar con los sabios; y, siendo aprendiz, te quieres sentar con los maestros; y, teniendo el cabello blanco, te unes a las filas de los jóvenes; si anhelas lo que

no puedes conseguir; si te impacientas por cosas imposibles; si esperas lo que no puede llegar y, temiendo a unos, adulas a otros, tendrás que soportar no la vergüenza con que te desprecien los demás, sino la que acarree y arroje sobre ti la avaricia que te arrastra.

Nuestra avaricia no se extinguirá hasta que no sepamos, con certeza, que esa gran realidad de la muerte, que pone fin a nuestras vidas, está aquí, ya presente, ante nuestros mismos ojos.

135

Sukesue¹⁹⁷, además de consejero mayor, era novicio, y un día, cuando se encontró con el capitán Tomouyi¹⁹⁸, le dijo: «¿A que le respondo a cualquier clase de pregunta que me haga?». Tomouyi le contestó: «Mucho lo dudo». Sukesue insistió: «Vamos a apostar algo».

Entonces Tomouyi replicó: «Yo no puedo hacerle ninguna pregunta formal, porque no tengo estudios. Le voy a preguntar una tontería que me viene intrigando, y no me puedo explicar». Sukesue intervino: «Si es una cosa baladí, de nuestra vida diaria, tanto mejor. Se la responderé con toda certeza».

¹⁹⁷ Fujiwara no Sukesue, nombrado consejero en 1259, se retiró del mundo en 1265 y falleció a los ochenta y tres años en 1289.

¹⁹⁸ Minamoto no Tomouyi murió en 1267, a los cuarenta y cuatro años de edad. Era poeta.

Al oír esto, las damas y cortesanas exclamaron: «¡Qué interesante! Si no les importa, ¿por qué no tienen la disputa en presencia del emperador, y el que pierda que nos invite a todos a un banquete?».

Los dos prometieron sostener el debate en presencia de Su Majestad. Cuando fueron convocados, Tomouyi dijo: «Se trata de una expresión que recuerdo haber oído cuando era niño, pero que aún no he podido descifrar: UMA NO KITSU RYO-KITSUNI-NO-OKA-NAKA-KUBORE-IRE KURENDO¹⁹⁹. ¿Qué quiere decir?».

El consejero mayor se quedó sin saber qué responder y, de repente, dijo: «Es una tontería que no significa nada. Imposible responderle». Tamouyi le respondió: «¿No quedamos en que yo no era capaz de hacerle una pregunta seria y formal, y que le iba a preguntar una sandez?».

Según me dijeron se acordó que el consejero mayor había perdido la apuesta, y tuvo que invitar a todos a una tragantona.

En una ocasión en que el médico Atsushige estaba de servicio con el emperador retirado²⁰⁰ y le sirvieron la comi-

¹⁹⁹ Una frase sobre la que se ha escrito mucho, pero, a pesar de ello, sin explicación satisfactoria. Quizás se trate de un exorcismo, pronunciado en una lengua inexistente, equivalente a un latín bárbaro, para curar a los animales.

²⁰⁰ Probablemente sería el emperador Go-Uda, que falleció en 1324. Había abdicado y se había retirado del mundo en 1307.

da a Su Majestad, el galeno le dijo: «Si Su Majestad me pregunta la escritura y las propiedades de los alimentos que le han servido, yo se lo podría decir. Si después lo compara con lo que dicen los libros de ciencias naturales, constatará que no me he equivocado ni en una tilde».

Entró precisamente en aquel momento Rokuyo²⁰¹, ministro del Interior, diciendo: «¡Hombre! ¡Mira por dónde se me ofrece una oportunidad de aprender algo nuevo! Dime con qué radical se escribe el ideograma chino de sal». Atsushige le respondió: «Con la radical de tierra»²⁰². A lo que Rokuyo repuso: «De acuerdo. Ya he podido apreciar el acumen que tienes. No tengo más preguntas».

Todos los presentes estallaron en una carcajada. Atsushige se retiró de la sala.

¿Sólo se deben contemplar las flores de los cerezos cuando están en su mayor esplendor, y la luna cuando no la cubre ninguna nube? Añorar la luna que está al otro lado de la lluvia, retirarse a un cubículo, bajar las persianas y permanecer ahí sin ser conscientes del paso de la primavera es mucho más conmovedor. Una rama que está a punto de estallar en flores y un jardín cubierto de pétalos tienen

²⁰¹ Minamoto no Arifusa (1251-1319), nombrado ministro del Interior en 1319. Falleció a los pocos meses.

²⁰² No se equivocó en la respuesta, pero ese ideograma se considera vulgar. Hay otro más culto.

mucho más interés para nuestros ojos. Y los poemas que comienzan diciendo: «Salí a contemplar las flores y vi que sus pétalos estaban esparcidos por el suelo», o bien aquel otro: «Al resultarme imposible salir...», ¿serán inferiores a uno que diga: «Al contemplar y admirar las flores?»

La gente se apesadumbra cuando se marchitan las flores de los cerezos y cuando la luna declina en el firmamento, pero éstos son hechos naturales. Sólo un hombre que tenga un corazón insensible podría decir: «Las flores de esta rama y de aquella ya han dejado caer sus pétalos. Aquí no queda nada que ver».

En todas las cosas, lo más admirable es su comienzo y su fin. ¿O es que el amor entre el hombre y la mujer sólo existe en el momento en que se poseen?

El que siente el dolor y la angustia de un amor que no llega a fructificar, el que sufre y llora por un encuentro que no conduce a una unión, el que pasa solo largas noches en vela, el que tiene su mente puesta en seres lejanos, el que, viviendo en una choza, recuerda su pasado, éste es el que sabe, de verdad, lo que es el amor. ¡Cómo nos conmueve la luna que, después de mucho esperarla, aparece al fin, al rayar el alba, lejana, esparciendo una luz azulada y verdosa por entre los espacios que dejan las copas de los cedros de los altos montes, o cuando se oculta momentáneamente detrás de un nubarrón que nos descarga el aguacero de otoño! El brillo de las perlas de agua sobre las hojas de las pasanias o de los abedules penetra hasta el corazón. En momentos como éstos, nuestro pensamiento vuela hacia la capital. ¡Quién

pudiera tener cerca a una persona amiga para compartir la emoción!

Pero ¿sólo debemos contemplar la luna y las flores con nuestros ojos corporales? ¡Qué bello y qué sublime es evocar la primavera sin salir de la propia casa y soñar con la luna permaneciendo en un rincón de nuestro aposento!

Un hombre noble y culto nunca se entrega por completo a los placeres, y disfruta de la alegría con delicadeza y distancia. La gente poco instruida del pueblo no conoce medida, empuja y se desliza entre la muchedumbre para colocarse debajo de los cerezos, se queda con la boca abierta mirando las flores, trasiega copas de sake, escribe versos alternados y, después, sin ningún remordimiento, desgaja el árbol. Si sus ojos ven una fuente, en ella mete pies y manos para refrescarse. Y, si hay nieve, sale del camino y en ella deja las huellas de sus extremidades. No se conforma sólo con ver desde lejos. Estas gentes tienen un modo muy curioso de presenciar las procesiones de Kamo. Dicen: «¡Cuánto tarda la procesión! ¿Qué vamos a hacer aquí hasta que venga?». Se queda uno para ir a avisarles cuando se acerquen los pasos, y los demás van a uno de los puestos que hay detrás del palco a comer, beber y jugar al *sugoroku*. Y cuando les avisan «¡que ya viene!», salen todos deprisa, empujándose para llegar los primeros a la plataforma. Al no querer perderse nada del desfile, alguno estará a punto de caerse de los palcos cuando, queriendo asegurarse una panorámica mejor, intente empujar hacia

afuera los toldos. No dejarán un paso sin comentario: «¡Mira, mira esto! ¡Fíjate en eso otro!». Nada más termine de pasar se les oirá decir: «Vamos otra vez. Hasta que venga el siguiente». Y de nuevo desaparecerán del tabladillo. Sólo tienen interés por lo que pueden ver.

La gente elegante de la capital está todo el tiempo cabeceando y sin ver nada. Los jóvenes y la gente menuda, levantándose y sentándose, yendo y viniendo con los recados de los amos. Los criados, que se encuentran sentados detrás de los nobles y cortesanos, no se arriesgan a comentar una ligera falta de educación asomándose por encima de ellos. No hay nadie interesado en ver la procesión. En el Día de la Fiesta es encantador encontrarse con ramilletes de malvas colocados por todas partes al azar. Me cautiva ver cómo van llegando, sigilosamente, en la madrugada de la Fiesta, antes de salir el sol, las carrozas tiradas por bueyes, mientras se oye decir a alguien: «Mira, seguro que el dueño de aquella carroza es fulano de tal», y, después, uno lo confirma al reconocer al boyero o a alguno de sus criados.

No me canso de contemplar el ir y venir de las carrozas engalanadas de tan distintas maneras; unas con sencillez, otras con abigarramiento. Llega la noche y me pregunto dónde se habrán ocultado aquellas filas de carrozas y aquella apiñada muchedumbre de espectadores. Poco después de desaparecer la congestión, comienzan a recoger los doseles y las esteras, y, viendo que todo vuelve a quedar desolado y triste, me lleno de desconsuelo, pensando que así son las cosas de este

mundo. Lo mejor de la fiesta lo dicen estas calles desiertas²⁰³.

Muchas fueron las personas que pasaron por delante del palco y que pude reconocer, pero, observándolas, me pareció comprender que, después de todo, no son tantos los hombres que viven en este mundo. Suponiendo que estuviera dispuesto que yo hubiera de morir después de que todas estas personas hubiesen desaparecido, mi fin no se retrasaría mucho. Si en un recipiente que está lleno de agua abrimos un pequeño agujero por el que se filtre una mínima cantidad de agua, si el goteo es constante, pronto se vaciará la vasija.

Muchas son las personas que viven en la capital, pero no pasa ni un solo día sin que muera alguien. Y de hecho no son ni uno ni dos. Todos los días son varios a los que llevan a los cementerios de Toribeno, Funaoka y a otros camposantos de las montañas vecinas. No hay un día en que no lleven a alguien. Los carpinteros que hacen los ataúdes no dan abasto. La muerte no respeta ni a los jóvenes ni a los fuertes, y llega cuando menos se la espera. Es un milagro haber podido escapar de ella hasta este momento. Pero, por eso, ¿crees que te va a conceder un momento de descanso y sosiego?

Cuando juegas al *mamagodate*²⁰⁴, no sabes qué ficha te van a comer los que tienes delante de ti. Cuentas y te ro-

²⁰³ Inspirándose aquí, siglos más tarde, el poeta Taniguchi Buson (1716-1784) escribiría: «Lágrimas sobre la hierba / nos dejaron al pasar / las carrozas de la fiesta».

²⁰⁴ Era un juego conocido desde antiguo en Europa, en el que se colocan, de determinada manera, quince fichas blancas y la misma cantidad de fichas negras. Se elige una, a partir

ban la que te toque. Las demás, al parecer, se libran, pero a medida que cuentas y vuelves a contar, te van llevando una tras otra, hasta que no te queda ninguna. Así es la muerte.

El soldado que parte para la guerra, al ver que se acerca la muerte, se olvida de su familia y de sí mismo. El que se aleja del mundo, se cobija en un chamizo y vive disfrutando de la naturaleza, quizás se imagine, desgraciadamente, que la muerte es un problema que atañe al prójimo. Acaso llegue hasta a persuadirse de que el enemigo de todo lo permanente no podrá llegar ni penetrar en estos rincones pacíficos de las montañas.

El hombre que vive apartado del mundo, como el soldado que se dirige al campo de batalla, siempre debe tener presente la muerte.

«Concluida la fiesta, para nada sirven las malvas»²⁰⁵, según el dicho; y, de acuerdo con él, cierta persona mandó que le quitaran todas las hojas de malva que pendían de su celosía de bambú.

de la cual se van contando diez. La ficha que corresponda a este número se retira. Al final quedará una. Después se vuelve a contar en la dirección contraria. Hay una historia de un padre que tenía quince hijos de una mujer y otros quince de otra. Usó este juego para distribuir su hacienda, y consiguió lo que deseaba, es decir: que uno se la llevara toda.

²⁰⁵ Hace referencia a la fiesta del Santuario sintoísta de Kamo.

Este detalle no me pareció de buen gusto, pero, al ser una persona noble, yo supuse que alguna razón tendría.

La dama Suo²⁰⁶ escribió un poema:

*Kakuredomo
kai naki mono wa
morotomo ni
misu no aoi no
kareba narikeri*²⁰⁷.

Aunque todavía cuelgan,
las malvas, ya marchitas,
me velan tu rostro.

Este poema, que se encuentra en su antología, se refiere a las hojas secas de malva que colgaban de las celosías de bambú en una estancia del palacio. Y también unas líneas que sirven de prefacio a unos poemas antiguos dicen: «Son versos que cuando le fueron entregados llevaban en sus pliegues hojas de malva».

En el *Libro de la almohada* se lee: «Hojas reseca de malva... nostalgia de cosas pasadas que uno amó». Y me parece una observación maravillosa.

Kamo no Chōmei²⁰⁸, en su libro *Narraciones de las cuatro estaciones*, afirma: «Ya ha pasado la fiesta, pero las malvas todavía cuelgan de las celosías del palacio». Y es que ¿cómo podríamos deshacernos de lo que se desvanece

²⁰⁶ Se trata de una hija de Taira no Tsugunaka, gobernador de Suo. Era poetisa y servía en palacio.

²⁰⁷ El poema juega con la variedad de significados que sugieren los vocablos en él usados. *Misu*, a la vez que «celosía», significa «sin verte». *Aoi* nos sugiere tanto el significado de «verde» como el de «día en que te encuentre», etc.

²⁰⁸ Nacido en 1153 y muerto en 1216, es autor del clásico *Hōyōki* (*Pensamientos desde mi cabaña*, Errata naturae, 2018). Mucho se duda de que el libro de las *Narraciones de las cuatro estaciones* sea suyo.

por sí mismo y muere sin dejar ningún rastro en nuestros corazones?

El día nueve del noveno mes cambiaban las bolitas medicinales que colgaban del dosel del sitial en la Cámara de los Nobles y ponían otras de crisantemo. Lo cual prueba que los ácoros deben conservarse hasta la época de los crisantemos.

Cuando murió la emperatriz viuda del palacio del Albaricoque²⁰⁹, Ben no Menoto²¹⁰ encontró ácoros mustios en un viejo dosel de su cámara, y escribió: «Acrecentando mis lamentos, de mi dosel colgué raíces a destiempo». Y Go Yiyu²¹¹ respondió con otros versos: «Sí, allí sólo quedaban los tallos de los lirios».

139

Los árboles que no deberían faltar en ningún jardín son el pino y el cerezo, y si el pino es de cinco agujas, mejor. En el caso del cerezo, es preferible el de pétalos simples. Los cerezos que tienen doble fila de pétalos antes sólo existían en la capital de Nara, pero ahora ya se ven por todas partes. Las flores de los cerezos de Yoshino²¹² y las de los cerezos de la izquierda del palacio son todas de pétalo

²⁰⁹ Se trata de Fujiwara Kenshi, nacida en 994 y muerta en 1027. Fue consorte del emperador Sanyo.

²¹⁰ Poeta y nodriza de la hija de Kenshi.

²¹¹ Poetisa, hija de Oe Masajira. Su madre se llamaba Akazome Emon.

²¹² Lugar montañoso al sur de Nara, muy citado en los poemas antiguos. Todavía hoy sigue siendo famoso por sus miles de cerezos.

138

único. El cerezo con doble fila de pétalos es una especie extravagante, y da la sensación de algo rebuscado y poco natural. Es mejor no plantarlos.

Los cerezos tardíos carecen de atractivo y, si crían gusanos, nos repelen. Los ciruelos que yo prefiero son los de flores blancas y rosas. Me cautivan los ciruelos tempranos de una fila y pétalos blancos, así como los de doble fila de color rosa, que tienen un perfume embriagador. Los ciruelos tardíos no me atraen tanto, porque florecen al mismo tiempo que los cerezos, que los humillan y superan. Y después nos entristece ver las flores que se les marchitan en las ramas. El consejero del medio de Kyogoku, también novicio, plantó junto a los aleros de su residencia ciruelos de pétalo único, diciendo: «¡Qué emoción ver cómo florecen y dejan caer una lluvia de pétalos antes que los demás árboles!». Y dicen que dos de estos árboles todavía hoy se pueden ver en el costado meridional de su casa en Kyogoku²¹³.

El sauce también es un árbol muy bello. A principios de abril, las tiernas hojas de los sauces superan en hermosura a la flor más hermosa, e incluso al carmín de las hojas de otoño. Los naranjos y laureles, cuanto más grande y añoso sea su tronco, tanto más bellos.

De las plantas, las que tienen flores más hermosas son la mosqueta, la lila, los lirios y las clavelinas. Para los estanques, las mejores son las de nelumbio. Entre todas

²¹³ Residencia de Fujiwara Sadaie, uno de los recopiladores de la antología de poemas *Shin kokinshū*.

las flores de otoño, yo prefiero los juncos, el miscanto, la campanilla, la lespedeza, la patrinia, la chilca, el áster, el *waremoko*, el *kaguraya*, la genciana y el crisantemo. Los crisantemos amarillos son bellísimos. La yedra, la pueraria y el ruiponce son excelentes cuando no son demasiado grandes, crecen en una verja baja y son poco tupidos. No me atraen las plantas que son poco conocidas, no sé qué flores echan, porque llevan nombres chinos, y no estoy acostumbrado a verlas. Atesorar cosas extrañas es propio de hombres poco cultivados. Es mejor no poseer cosas sobre las que uno no tiene conocimiento.

140

El sabio, cuando muere, no deja ni bienes ni riquezas. Si dejara objetos inútiles, que no son de provecho, al descubrirselos sería bochornoso. Si los objetos fueran provechosos, los herederos, viendo el apego que tenía a las cosas, se llenarían de tristeza. Y si los tesoros fueran muy numerosos, todavía resultaría más lamentable, porque habría herederos que dirían: «Esto me lo llevo yo», y se armaría una trifulca. Si quieres que alguna cosa tuya pertenezca a alguien, entrégasela mientras estés aún vivo.

Hay cosas que son indispensables para la vida diaria, pero, fuera de ellas, es mejor no poseer nada.

140

Gyoren²¹⁴, el abad del templo Yidenin, que en el mundo se llama Miura no sé qué más, era un soldado incomparable. Un día vino a verlo un hombre de su tierra natal, y, en medio de la conversación, le dijo: «Si un paisano nuestro del este dice una cosa, la cumple. Pero esta gente de la capital promete mucho y no hace nada». A lo cual nuestro buen hombre contestó: «Tú tendrás tus razones para creer lo que dices, pero yo, que llevo bastantes años viviendo en la capital y me he acostumbrado a la naturaleza del pueblo, no creo que sea gente tan depravada. Son personas de buen corazón, y tan acogedoras que no pueden rehusar clara y tajantemente un solo favor que les pidan. Al ser incapaces de decir con claridad lo que sienten, enseguida prestan oídos a las súplicas y las demandas. No tienen la más mínima intención de engañar, pero resulta que, como muchos de ellos son pobres, no pueden cumplir todo lo que prometen. Las gentes del este, y yo soy uno de ellos, no tienen sensibilidad en su corazón, son poco cariñosos y simpáticos con los demás, y dicen las cosas de una manera tan tosca y tan brusca que lo solucionan todo con el *no*. Pero, claro, son sus riquezas las que hacen que la gente confíe en ellos».

Ésta fue la explicación que le dio el anciano, hablando con el acento de aquella región. Tenía una voz tan áspera

²¹⁴ No tenemos datos de la vida de Gyoren. Parece que fue un monje muy virtuoso. En el templo Yidenin recogían a enfermos y a huérfanos.

que se podía dudar de que un hombre así fuera capaz de comprender la finura y sutileza de las escrituras búdicas. Sin embargo, al terminar de escuchar su afirmación, pensé que, si a pesar de haber tantos monjes, él había sido elegido para el cargo de abad, debió de ser, sin duda, por este lado tan humano de su corazón.

142

Hay personas que aparentemente carecen de inteligencia, pero que en algunas ocasiones dicen cosas muy sensatas. Cierta vez, un torvo samurái, de rostro feroz, le preguntó a un compañero: «¿Tienes hijos?». A lo que el otro respondió: «Ninguno».

El primer samurái repuso entonces: «En ese caso, difícilmente podrás saber cuáles son los sentimientos más profundos del corazón del hombre. Y me temo que en tu corazón no haya una sola fibra que tiemble y vibre de cariño. Algo horrible, por cierto. Son ellos, los hijos, los que nos despiertan al amor y al cariño hacia todos los seres del mundo».

Y tiene razón. Porque, si no fuera por ese cariño natural que nace entre los padres y los hijos, hombres como el que dijo esto ¿acaso podrían tener sentimientos humanos? Los que carezcan de piedad filial, cuando tengan hijos, podrán comprender el cariño y la solicitud de los padres. No está bien que una persona que se ha apartado del mundo y vive sin tener apego a las cosas menosprecie

142

a los hombres mundanos cuando los ve llevados por las obligaciones, las lisonjas, las pasiones y el egoísmo. Porque si se le permitiera ver el interior del corazón de estas personas, comprendería que por sus padres, por su esposa y por sus hijos queridos no les importaría pasar vergüenza e, incluso, robarían²¹⁵. Antes de apresarse a una persona que roba, y en vez de pensar únicamente en castigar los crímenes, los gobernantes deberían procurar que nadie tuviera hambre ni pasara frío. El que no tenga un empleo fijo y una base económica segura, en casos extremos, robará. Mientras haya un gobierno inepto y la gente siga padeciendo hambre y frío, continuará existiendo la delincuencia. Y es terrible ver cómo se hace sufrir al pueblo, se le induce a cometer delitos y después se le castiga²¹⁶.

Entonces, ¿qué deberíamos hacer para que se refleje en el bienestar del pueblo? Si los que están en la cumbre renunciaran al lujo y a las cosas superfluas, protegieran a la gente y fomentasen la agricultura, sin duda se beneficiarían los que se hallan debajo.

El verdadero criminal es quien, teniendo vestido y alimento, no cumple la ley.

²¹⁵ Recuerda la máxima de Confucio: «Un hombre en extrema necesidad robará».

²¹⁶ Me parece que Kenkō tiene en mente el primer capítulo de Mencio donde se dice: «Un hombre sin empleo, pero con voluntad, podrá conseguir sabiduría. Aquel que no tenga ni empleo ni voluntad se sentirá desarraigado y su corazón se moverá según los vaivenes del capricho y de la ocasión, se saldrá del camino y, para aliviar su necesidad, no habrá nada que no haga. El gobernante que permita que los hombres cometan crímenes, y después los persiga y los castigue con la pena de muerte, ¿no estará cazando hombres con una red?».

Cuando alguien me dice, ponderándolos, que los últimos instantes de la vida de un hombre fueron edificantes, bastaría con que me dijera que fueron tranquilos y que se fue en paz. Pero las personas poco educadas tratan de embellecer esa situación con acciones y palabras extrañas del difunto que apenas son creíbles teniendo en cuenta su vida y sus ideas, y que simplemente a ellos les habría gustado ver u oír.

En ese instante tan trascendental que es la muerte no se puede valorar ni al virtuoso ni al sabio. Basta con que se vaya en paz, sin apartarse del camino. Lo que la gente diga que ha visto u oído no tiene importancia.

En cierta ocasión, el venerable de Togano²¹⁷ iba andando por un camino, vio a un hombre que estaba lavando el caballo en el río y oyó que decía: «Ashi, ashi» (la pata, la pata). Al oír esto, el monje se detuvo y exclamó: «¡Qué maravilla! Mucho bien ha tenido que hacer este hombre en sus vidas pasadas para decir palabras tan sublimes. Está recitando la invocación *ayi, ayi*²¹⁸. ¿De quién será el caballo? ¡Qué devoción!».

Cuando le preguntó por el dueño, el hombre le contestó: «Es de nuestro señor Fusho». A lo que el venerable

²¹⁷ Myoe Shonin (1172-1232), fundador del templo Kozanyi en Kioto. Pertenece a la secta Kegon.

²¹⁸ *Ayi* es la primera letra del alfabeto sánscrito. En las ceremonias de la secta Shigon se usa repitiéndola varias veces.

respondió: «¡Admirable! Ya decía yo. Esto es: *Ayi hon fusho*²¹⁹. ¡Dichoso de ti, que llevas los corazones a la fe de Buda!». Y se secó una lágrima de gratitud.

145

El guardaespaldas imperial, Hata no Shigemi, le dijo una vez a Shingan, el príncipe seglar de Shimotsuke²²⁰, miembro de la guardia del emperador retirado: «Tenga cuidado, porque le va a tirar el caballo. Es un presagio».

Nadie tomó en serio sus palabras, pero un día Shingan cayó del caballo y se mató. Fue entonces cuando la gente creyó que lo que dice un hombre experto en una materia debe tomarse como una afirmación divina.

Cuando le preguntaron a Shigemi en qué señales se basaba su pronóstico, él respondió: «Vi que al montar a caballo no asentaba bien las posaderas, y me dijeron que le gustaba montar caballos ariscos e indómitos. Entonces formulé mi profecía. ¿Me he equivocado?».

146

Myoun²²¹, el abad de Enryakuyi, le preguntó una vez a un agorero: «¿Encuentra por casualidad en mí alguna señal

²¹⁹ *Fusho*, palabra que sigue, en el ritual, a *ayi* (*ayi hon fusho*). El texto budista significa: «Todas las cosas nacen por sí mismas». También puede ser un nombre propio de persona.

²²⁰ Acompañante del emperador Go-Uda, nacido en 1275 y muerto en 1287.

²²¹ Monje de la secta Tendai, hijo del Consejern Kuga. Murió por una flecha que le dispararon durante la revuelta de Mmamoto no Yoshimasa.

de que vaya a morir por la herida causada por un arma?». A lo que el adivino respondió: «Pues, sí, ciertamente sí». De modo que Myoun volvió a preguntar: «Y ¿cuáles serían los indicios?». Entonces el agorero le dijo: «El hecho mismo de que una persona que normalmente no tiene por qué preocuparse de que la hiera un arma me lo pregunte es el augurio más certero».

Y, en efecto, el abad murió de una flecha que le clavaron.

147

Ahora la gente suele decir que, si a uno le ponen *moxa* en los diversos miembros del cuerpo, se le considera impuro y no puede celebrar las funciones religiosas²²². Sin embargo, en el ritual antiguo no he encontrado ninguna disposición semejante.

148

Un hombre a quien a los cuarenta tratan con *moxa* se puede marear si no se la aplican también en la rótula del peroné. Que se la quemem también allí.

²²² La moxibustión es un tratamiento de la medicina tradicional china. En él se aplican hojas pulverizadas, secadas y trituradas de *Artemisia vulgaris* a las que se les da forma de cigarro, denominado *moxa*. Solían producir cicatrices que podrían ofender a los dioses.

146

Uno no debe llevarse a la nariz los cuernos tiernos de un venado para olerlos, porque tienen unos insectos diminutos que penetran por la nariz y consumen el cerebro²²³.

Las personas que comienzan a ejercitarse en alguna de las artes suelen decir: «Yo, mientras sea aprendiz, lo practicaré en secreto, sin que nadie me vea, y cuando adquiera el dominio, me ejercitaré delante de los demás. ¡Ya verás qué admiración despierto!». No obstante, los que así piensen nunca llegarán a dominar ninguna disciplina. Los principiantes que ya desde que son aprendices se juntan con maestros y no se avergüenzan, aunque los corrijan o se rían de ellos, sino que, con la mayor naturalidad, continúan ejercitándose, aunque no estén dotados de grandes cualidades naturales, con el tiempo, si no descuidan el arte y su práctica, llegarán a conseguir un dominio superior al de los maestros que tienen cualidades pero no se esfuerzan. Terminarán alcanzando autoridad en ese arte, la estima de la gente y una fama sin igual.

Los mejores artistas, los que gozan de mayor prestigio en el mundo, fueron torpes y tenían muchos defectos al comienzo de su carrera. Sin embargo, cumpliendo las normas y las reglas del arte, respetándolas y no dejándose

²²³ Los cuernos tiernos del gamo solían emplearse como fármacos excitantes.

llevar por los propios caprichos²²⁴, uno llegará a ser modelo en una época y maestro de incontables discípulos. Y esto se puede decir de cualquier arte o disciplina.

151

Oí decir en cierta ocasión que si una persona llega a los cincuenta y todavía no ha conseguido el dominio de un arte debería abandonarlo por completo. A esa edad uno ya no puede hacer grandes esfuerzos por conseguirlo. La gente ni siquiera se burla de lo que pueda hacer un anciano. No es digno que alterne con nadie. Al llegar a esa edad es más elegante abandonar el trabajo y vivir en el ocio y la soledad. El que pase toda su vida abstraído con las cosas del mundo es el más rematado de los locos.

Cuando tenga una duda y desee conocer algo, que pregunte. Si recibe una ligera indicación, que se conforme con ello. Mejor sería, sin embargo, acabar con tales deseos desde el principio.

152

Yonen, el abad del monasterio de Saidaiyi²²⁵, infundía veneración con su caminar inclinado por los años y sus cejas

²²⁴ Imagen de un caballo que salta la empalizada y trota por donde le place.

²²⁵ Yonen (1252-1331), viejo monje del templo de Saidaiyi en Nara. Es el templo principal de la escuela Ritsu, de la secta Shingon.

148

blancas y pobladas. Una vez que hizo una visita a palacio, Saionyi²²⁶, el ministro del Centro, exclamó: «¡Qué anciano tan honorable!». Suketomo²²⁷, al ver la cara de respeto que había puesto Saionyi, repuso: «Edad, eso es lo que tiene».

Pocos días después, Suketomo regresó acompañado de un lacayo que conducía un perro decrepito y con pelambreras. Le dijo al ministro: «Mire, aquí tiene otro anciano honorable». Y se lo entregó a Saionyi.

153

Cuando arrestaron al monje y consejero mayor Tamekane²²⁸, el noble Suketomo, que se hallaba en la Calle Uno, vio que lo llevaban rodeado de soldados a Rokujara²²⁹ y exclamó: «¡Qué envidia! Un recuerdo maravilloso para conservar en la otra vida»²³⁰.

²²⁶ Saionyi Sanejira, nacido en 1290 y muerto en 1236.

²²⁷ Jino Suketomo (1290-1332) fue un hombre conocido por su cinismo, exiliado en la isla de Sado y ejecutado allí ocho años más tarde. Aparece también en los párrafos 153 y 154.

²²⁸ Kyogoku Tamekane (1254-1334), nieto de Fujiwara no Sadaie, poeta y compilador de la antología *Gyokuyō*, desterrado dos veces a la isla de Sado, aunque llegó a ser consejero. Dejó el mundo y, a los cuatro años, volvieron a cogerlo preso y lo enviaron desterrado a Tosa. Murió en la provincia de Osaka.

²²⁹ Es el lugar donde se encontraba la residencia de la familia Joyo, en Kioto, desde donde gobernaban la nación.

²³⁰ Habla impresionado por esa manera tan escenográfica de poner fin a una vida. No se imaginaba que así iba a morir él también.

En una ocasión, Suketomo se refugió en el portalón del Templo del Este para protegerse de la lluvia. Se reunió allí con una turba de lisiados. Todos eran deformes. Unos tenían los brazos o las piernas contrahechos y otros estaban tullidos. Al observar trazas tan extravagantes, pensó y se dijo para sí: «Todos ellos son tipos únicos. Valdría la pena conservarlos». Estuvo contemplándolos un rato, pero poco a poco fue perdiendo el placer que le producía mirarlos, y llegaron a parecerle figuras repelentes y espantosas. Entonces pensó: «No hay nada tan bello como las cosas comunes y ordinarias».

Regresó a su casa, se fijó en las plantas que tanto placer le habían dado, contemplándolas en sus tiestos, con sus formas extrañas y retorcidas, y comprendió que su aspecto era de la misma naturaleza que el que mostraban los inválidos, de modo que cogió los tiestos con las plantas y los tiró todos.

No pudo hacer mejor cosa.

Lo primero que debe hacer el hombre para vivir en este mundo es aprender que todas las cosas tienen su momento y su disposición, y que si decimos una palabra en una ocasión inoportuna, ésta no penetrará en el oído, pues el corazón se rebelará contra ella y no producirá ningún

fruto. Por eso uno tiene que saber discernir cuál es el momento preciso.

Sin embargo, el hombre no puede prever el instante para nacer, enfermar y morir. Y no puede desechar nada de esto porque no sea «el momento preciso». Los sucesos más importantes en la vida del hombre no son realidades estáticas, sino que se asemejan a la corriente de un río caudaloso que no se detiene un solo instante. De ahí que, al tratar de las cosas más importantes, tanto espirituales como corporales, no debemos esperar el momento preciso, ni perder el tiempo con dudas y vacilaciones. Los pies no deben detenerse jamás.

El verano no comienza en el momento en que concluye la primavera, ni llega el otoño cuando se retira el verano. Es la primavera la que va haciendo verano, y en el verano ya se encuentra el germen del otoño. Cuando se enfría el otoño, se convierte en invierno.

Octubre siempre tiene unos días de primavera²³¹; reverdece la hierba y quieren retoñar los ciruelos. Caen las hojas de los árboles. Pero no caen primero las hojas y después brotan otras nuevas. Cuando caen, lo hacen sin poder resistir más, al sentir allá abajo el aliento y empuje de la nueva vida. El cambio se realiza con tanta rapidez porque, a lo largo de los días, el ímpetu vital se ha acumulado en las raíces. Los cambios que traen consigo el nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte son mucho más

²³¹ Se refiere al mes de octubre, según el calendario lunar, que corresponde a nuestro noviembre.

veloces. La sucesión de las cuatro estaciones se efectúa en un tiempo fijo; sólo la muerte carece de un momento determinado. La muerte no sólo nos viene de frente, sino que también nos sorprende por la espalda. Todos sabemos que algún día hemos de morir, pero no sentimos su urgencia y, cuando estamos más desprevenidos, entonces llega. Somos semejantes a los bancos de arena que penetran en el mar: viene una ola y desaparecen.

156

Es una costumbre celebrar el banquete conmemorativo del nombramiento de un ministro en un lugar apropiado. El banquete del nombramiento del ministro de la Izquierda de Uyi²³² se celebró en el palacio del Este, en Sanyo. En aquella ocasión ocupaba el palacio el emperador, pero como antes lo había pedido el ministro, el emperador se trasladó de lugar. Sin embargo, sin que esto se deba a ninguna razón especial, la costumbre es pedir prestado el palacio de la consorte imperial viuda.

157

Toma en tus manos un pincel y te sentirás dispuesto a escribir; si sostienes un instrumento musical desearás in-

²³² Fujiwara no Yoringa (1120-1156), hijo de Tadazane y muerto en el campo de batalla a los treinta y siete años.

152

terpretar una melodía; si tienes en tus manos una copa, te sentirás atraído por el vino; y si agarras un dado te sentirás dispuesto para el juego. Los sentimientos surgen al tener contacto con las cosas²³³. De ahí que ni en broma debamos acercarnos a las cosas prohibidas. Ponemos un instante los ojos en un versículo de un libro sagrado y, de un modo espontáneo, se nos vienen a la mente las sentencias que le siguen y le preceden. Ocurre a veces que en un instante corregimos un hábito que hemos tenido largos años. Si no hubiéramos abierto aquel libro, ¿habríamos podido reconocer nuestro error?

Ésta es, pues, una gracia que nos llega a través de un contacto.

Aunque no tengamos ni fe ni devoción, si nos postramos ante una imagen de Buda y tomamos en una mano un *zuzu* y en otra los sutras, estaremos acumulando, a pesar de nuestra apatía, obras meritorias. Y si, a pesar de las distracciones, extendemos una estera y nos sentamos a meditar, cuando queramos darnos cuenta estaremos en un estado de calma y de olvido de nosotros mismos. La apariencia y la realidad no son en esencia dos cosas diferentes. Cada rendición que llevemos a cabo en el interior del corazón producirá su fruto. No debemos decir: esto no es fe; más bien deberíamos respetar y venerar la aquiescencia de la verdad.

²³³ Referencia al *Makashikan*, comentario de varios sutras escritos por el fundador de la secta Tendai en China en el año 594.

Cierta persona me preguntó: «¿Qué explicación le das a la costumbre de apurar la copa de vino y no dejar en ella ni una gota?». A lo cual yo contesté: «Creo que tiene que ver con el significado del vocablo *gyodo*²³⁴: no dejar nada en el vaso». Pero esa persona me contestó: «La palabra *gyodo* se escribe en realidad con otro ideograma que significa dejar un poco de líquido para limpiar el borde de la copa».

Una persona muy noble me indicó: «Se dice *minamusubi* porque atan y entrelazan las cuerdas de modo que forman una concha (*mina*). No es exacto decir *ninamusubi*²³⁵.

No se debe usar el vocablo «clavar»²³⁶ para indicar el acto de «colgar» un cuadro. Kadenoyoki²³⁷, monje de segundo rango, solía decir «colgar un cuadro». ¿Tampoco estaría

²³⁴ Gyodo puede significar tanto «ver el fondo» como «boca de jarro» o «camino del pez».

²³⁵ Sin embargo, en los documentos antiguos, para designar una concha se usaba tanto *mina* como *nina*.

²³⁶ En japonés se utiliza el vocablo *utsu*, que significa «golpear».

²³⁷ Fujiwara no Tsunetada (1247-1320), escribano y, a partir de 1310, monje.

bien decir «clavar» un mirador? Con frecuencia se oye decir que «clavan» las lonas de las sombrillas; sin embargo, estaría mejor dicho «levantar» una tribuna.

Tampoco se debe decir «queman» el fuego sagrado²³⁸, sino que la expresión correcta sería «celebrar el rito», o bien «encender» el fuego sagrado.

Una vez también le oí decir al abad Seikanyi²³⁹: «Cuando hablamos del *gyooboo* es un error decir *gyoohoo*, lo correcto es decir *gyooboo*»²⁴⁰.

¡Hay tantos detalles como éstos en nuestras conversaciones cotidianas!

La gente suele decir que cuando los cerezos se cubren de flores es el día ciento cincuenta contando desde el solsticio de invierno, o sea, la semana posterior al equinoccio de primavera. Yo creo, sin embargo, que sería más correcto decir que los cerezos florecen a los setenta y cinco días contados a partir del comienzo de la primavera, según el calendario lunar.

²³⁸ Se refiere a la liturgia de hacer fuego para quemar «las malas acciones», de acuerdo con la doctrina Shingon.

²³⁹ Monje y poeta del templo homónimo en el barrio de Jigashiyama, en Kioto. Nació en 1284.

²⁴⁰ *Gyooboo* sería una práctica de ascética budista. *Gyoohoo*, cambiando el ideograma chino, significa dirección o enseñanza.

Un ayudante del templo de Jenyo²⁴¹ tenía la costumbre de darles de comer todos los días a los pájaros y aves de la charca. Una vez fue dejando un hilo de comida que llegaba hasta el interior del templo y mantuvo la puerta abierta. Cuando vio que habían entrado en él muchos pájaros y aves, cerró la puerta y empezó a agarrarlos y matarlos. Fuera había unos niños que estaban cortando hierba y cuando oyeron aquel alboroto tan grande fueron a avisar a la gente del pueblo. Llegaron los hombres, entraron en el templo y vieron al monje que iba corriendo detrás de unos gansos grandes y, tras pillarlos, les retorció el cuello. La gente del pueblo lo sujetó, lo sacó del templo y lo entregó a las autoridades, que lo metieron en el calabozo —y allí le colgaron del cuello las aves que había matado—.

Este incidente ocurrió cuando el administrador de la justicia era el consejero mayor Mototoshi²⁴².

Una vez, los maestros del *yin-yang* tuvieron una discusión sobre si el ideograma *tai* de la palabra *taisho*²⁴³ se debía escribir con virgulilla o no. Entonces el novicio Morichika

²⁴¹ Se halla al este de la charca de Jirozawa, en el barrio de Saga, en Kioto.

²⁴² Mototoshi fue nombrado consejero mayor en 1291 (véase el parágrafo 99).

²⁴³ Para los adivinos del *yin-yang*, *taisho*, escrito su diagrama con virgulilla, significa el noveno mes lunar.

dijo: «En la residencia del canciller Konoe hay un tratado de astronomía escrito por Yoshihira²⁴⁴, el mismo que tiene el diario del emperador, y allí el ideograma está escrito con virgulilla».

164

En el mundo, cuando se encuentran dos personas todo son palabras y no hay ni un instante de silencio, y si uno los escucha verá que nada de lo que se dicen tiene apenas provecho. De nada les sirven y mucho les dañan las críticas que hacen de la sociedad y los juicios que profieren acerca del prójimo. Ignoran que ese modo de hablar no acarrea ningún bien a nadie.

165

Resulta verdaderamente repulsivo que uno se inmiscuya y alterne con otras personas que no son de su condición, ya se trate de una persona que venga a la capital desde una región del oriente, o de un hombre de la capital que vaya a ganarse la vida al levante, aunque sea un monje, y tanto si es de un templo como de un monasterio o de una secta esotérica o exotérica.

²⁴⁴ Fue un adivino, hijo de Abe Kyoaki y experto en la doctrina del *yin-yang*.

157

Cuando veo a hombres que se esfuerzan y animan mutuamente a trabajar, no puedo por menos que compararlos a los que con el mayor entusiasmo están tratando de levantar un Buda de nieve que han adornado con oro, joyas y piedras preciosas. Y me pregunto si esta estatua de nieve les durará todo el tiempo que necesitan para poder entronizarla y venerarla. Nuestra vida es como la nieve. Creemos que todavía nos queda bastante, pero se nos va derritiendo por la base y, entre tanto, trabajamos para conseguir muchas cosas y con ellas soñamos.

Es frecuente oír decir a una persona que asiste a un ensayo o representación de un arte que desconoce: «¡Qué lástima! Si ésta fuera mi especialidad, no estaría yo aquí sentado sin hacer nada, como un mero observador». Sus palabras serán sinceras, pero me parecen muy desagradables. Porque si esa persona sintiera de verdad tanta atracción por el arte que contempla, en vez de eso diría: «¡Qué envidia! ¿Por qué no me dedico yo a esto?».

El que saca su talento y se pelea y riñe con el prójimo es como un animal astado embistiendo con su cornamenta, o como una fiera que intimida enseñando sus colmillos. Es una gran virtud no vanagloriarse de la ciencia que

uno posee ni discutir con los demás. Deberíamos pensar que poseer algo que no tienen los otros es un gran defecto. Quien se cree superior, aunque no lo exprese con palabras, debido a su posición social o a su familia, a sus estudios, a su dominio de un arte y a que sus ascendientes fueron respetados y conocidos, comete una falta que debería reprocharse. Hay que olvidar los sentimientos de superioridad y estar prevenido contra ellos.

No hay nada que haga a un hombre parecer más estúpido, que sea causa de mayores críticas y reproches, ni que acarree tantas y tan grandes desgracias, como el orgullo y la soberbia. El que verdaderamente es maestro en un arte conoce bien sus limitaciones y, como sus aspiraciones están más allá de sus conquistas, nunca se atreverá a jactarse de sí mismo.

168

Un hombre de edad avanzada que sea experto en una cosa, de quien digan sus discípulos «cuando muera este hombre, ¿a quién recurriremos para resolver nuestras dudas?», es un hombre que no ha llevado una vida estéril. Sin embargo, si su destreza y su talento no han sufrido ningún menoscabo —indicio de que ha pasado toda su vida absorto en una sola cosa—, a mí no me parece tan noble y preclaro.

Mucho más sensato sería si dijese: «Bueno, de todo eso yo ya me he olvidado». Por regla general, la gente cree

159

que una persona, a pesar de ser perita en una materia, no es demasiado inteligente si pasa todo el tiempo hablándonos de esa cuestión. Sin contar con que en las muchas palabras nunca dejará de haber error. Mostrará mucho más dominio de su arte si afirma: «Sobre este punto no sé qué decirte», u otras expresiones semejantes.

Pero mucho más difícil de soportar es el hecho de oír a una persona mayor, a quien nadie puede criticar, hablar con el mayor aplomo de cosas que ignora por completo, mientras decimos en nuestro interior: «¡Madre mía! ¡Qué tonterías dice!».

Le oí decir a una persona: «Hasta el reinado del emperador Go-Saga no hubo nadie que utilizara la palabra *shiki*²⁴⁵. Es un vocablo de uso muy reciente».

A pesar de eso, una dama que estaba al servicio de Kanreimon'in no Ykyo no Daibu²⁴⁶ cuenta que, después de la subida al trono imperial Go-Toba²⁴⁷, iba por segunda vez a servir en palacio y escribió: «Las ceremonias (*shiki*) de la corte no han cambiado».

²⁴⁵ *Shiki* significa «ceremonia», «ritual» o «costumbre».

²⁴⁶ Fue una dama que servía a la consorte del emperador Takakura. Su reinado se extiende de 1168 a 1180.

²⁴⁷ Go-Toba reinó desde 1184 a 1198. A los cuatro años de edad ascendió al trono.

No se debe ir a casa de nadie sin tener un motivo concreto; y, aunque se vaya con un motivo, se debe regresar tan pronto termine el objeto de la visita. Permanecer más tiempo sería inoportuno. ¡Qué derroche de tiempo tan inútil cuando se sientan dos personas a hablar! Las palabras se multiplican, el cuerpo se fatiga, el espíritu pierde la calma y el tiempo transcurre en menoscabo de todo.

Hablar de manera forzada tampoco resulta provechoso. Si no sentimos interés por algún tema de conversación, conviene reconocerlo con toda franqueza.

Hay que excluir el caso en el que, cuando estamos hablando con una persona cuyos sentimientos e ideas compartimos, ésta nos dice, del modo más natural: «No tengas prisa. Vamos a seguir charlando un poquito más». Y es que todo el mundo tiene, a semejanza de Ruan Ji²⁴⁸, una persona amiga y tan querida como la niña de sus ojos.

Cuando, sin motivo especial, nos visita alguien, charlamos un rato con él y se va, resulta así una visita muy agradable. Yo recibo una alegría inmensa cuando me llega una carta con una confidencia tan insignificante como ésta: «He estado mucho tiempo sin tener noticias tuyas. Por eso hoy he tomado la pluma y me he puesto a escribir».

²⁴⁸ Uno de los siete sabios del Bosque de Bambú, de quien se dice que reflejaba en sus ojos la estima por una persona.

En el juego de las conchas²⁴⁹ había un jugador que, des- preocupándose de las conchas que tenía delante de él, sólo se fijaba en las que estaban medio ocultas debajo de la manga y de las rodillas de su contrincante mientras éste le cubría todas las que tenía delante.

El buen jugador no se preocupa tanto de apoderarse de las conchas que tiene lejos como de cubrir las que están cerca, y termina apropiándose de la mayor parte de ellas.

Al colocar una ficha en una esquina del tablero del *go*²⁵⁰ y moverla, uno no debe fijarse en la que está en el extremo contrario, porque no acertará a darle. Hay que poner la vista en las propias piezas, colocándolas a lo largo de los cuadros negros, para dar con certeza en la pieza contraria.

No debemos preocuparnos nunca de las cosas lejanas. Debemos empezar por disponer correctamente lo que tenemos a mano.

El noble Ch'ing Hsien²⁵¹ dijo: «Haz lo que en este momento juzgues que es bueno, y no te preocupes por lo que después pueda ocurrir». Y sin duda que se debe decir lo mismo del gobierno de una nación. El gobernante que no toma con seriedad los deberes del cargo, adopta decisiones por capricho y sin reflexión, motivando así la

²⁴⁹ Juego que consistía en cubrir o emparejar las conchas del otro jugador.

²⁵⁰ Juego de estrategia chino con más de dos mil quinientos años de antigüedad. Las primeras referencias aparecen en las *Analectas* de Confucio.

²⁵¹ Llamado también Chao Pien (1008-1084), político conocido por su carácter noble y afable.

anarquía, sin duda verá que se soliviantarán las provincias, empezando por las más lejanas. Entonces se pondrá a estudiar planes y a probar contramedidas, pero a él se le podrá aplicar lo que dice el libro del galeno: «El hombre mentecato duerme en lugares donde hay corrientes de aire y humedad, y va después a pedirles a los dioses que le curen las enfermedades»²⁵². Ignora que si disipa las dudas que acongojan a las personas que lo rodean, trata a la gente con caridad y obra con justicia, su influencia y reputación irán extendiéndose cada vez más.

Yu²⁵³, el general que salió de su patria y se fue a conquistar el territorio de la tribu Miao, no tuvo éxito hasta que retiró sus tropas y empezó a hacer obras de caridad.

Cuando somos jóvenes, la sangre corre en aluviones por nuestras venas y nuestro corazón, que al contacto con las cosas se ve invadido de sentimientos y pasiones. Los jóvenes, como si echaran a rodar una bola de cristal, están en peligro de perder la salud de su cuerpo y de hacerlo añicos. Gastarán toda su fortuna en comprar vestidos y objetos bellos para abandonarlos más tarde y terminar vistiendo el hábito talar de los monjes. Su energía y sentimientos

²⁵² Parece que se está refiriendo al libro de medicina de Pen Ts'ao Ching, atribuido, sin fundamento, al emperador Shen Nung.

²⁵³ Yu fue un general de la Antigua China. La tribu Miao ocupaba la región del sur y hacía incursiones en el territorio de Kan.

son tan irresistibles que los llevan a oponerse a todo. Después, sienten vergüenza y envidia de los demás. Pasan los días viviendo a merced del vendaval de sus volubles sentimientos, unas veces entregados a los placeres sexuales, otras conmovidos por la simpatía y la sinceridad de los demás, ora haciendo obras de caridad, sintiéndose compungidos al oír hablar de personas que desprecian sus vidas e incluso arruinaron las de los que bien podrían haber llegado a la centena. Van hasta donde los llevan sus caprichos y están en las lenguas de todos aun después de su muerte.

Durante su juventud es cuando el hombre se destruye. El espíritu de los mayores va perdiendo cada vez más su vigor. Cada vez se hace más simple y más libre, se diluye el interés por las cosas y no se agita con impresiones y sentimientos. Al tener sosegada su mente, no hace nada superfluo ni estéril. Cuida su salud. Nada lo altera. Procura no causar molestias a nadie.

Los ancianos sobrepasan a los jóvenes en sabiduría, así como los jóvenes superan a los ancianos en la belleza de sus rostros.

Los datos que tenemos hoy sobre Ono no Komachi²⁵⁴ son extremadamente inciertos. Unos apuntes titulados

²⁵⁴ Fue una mujer famosa tanto por su belleza como por sus poemas, que vivió entre 834 y 900.

*Tamatsukuri*²⁵⁵ nos la describen entrada ya en años. Una hipótesis sostiene que estos apuntes fueron escritos por Kiyoyuki²⁵⁶. Sin embargo, su título aparece ya en el catálogo de las obras del maestro Kobo²⁵⁷. Pero Kobo falleció en los primeros años de la era Yowa. ¿Y cómo sería posible que la primavera de la vida de Komachi no empezase hasta después de la muerte de Kobo?

En fin, hay muchas cosas que están por aclarar.

174

Se suele decir que un perro al que acostumbras a cazar con halcones será incapaz de hacerlo con rapaces más grandes.

Es un hecho palmario que quien se acostumbra a lo grande desprecia lo pequeño. Entre las muchas y muy diversas actividades del hombre, no hay ninguna que le dé mayor alegría y placer que la fe, algo verdaderamente grandioso. ¿Habrán algo que no pueda despreciar una persona que descubra el camino de la fe y se esfuerce por penetrar en él?

¿A qué otra actividad podrá consagrar sus energías? Por muy necio que sea un hombre, ¿no superará en inteligencia al can más despierto?

²⁵⁵ Su título completo es *Tamatsukuri Komachi Sosuisho*. Fujiwara no Akijira (892-970) podría ser su verdadero autor. Fue un hombre de letras, después ministro de la Derecha y, más tarde, ministro de la Izquierda.

²⁵⁶ Miyoshi Kiyoyuki (847-918), político y hombre de estudio.

²⁵⁷ Kobo (774-835) fue el fundador de la secta Shingon. Aparece con frecuencia en esta obra.

En este mundo hay muchas cosas que no puedo comprender. Por ejemplo: no concibo ni puedo imaginar que haya gente que disfrute obligando a otros a beber vino. Pienso en ese pobre hombre a quien estamos impulsando a beber y vemos que ya no puede más, que arruga las cejas y que está buscando una ocasión, cuando no lo vean, para tirar el licor que le queda en el vaso... Si intenta huir, enseguida lo pillan, lo detienen y lo hacen beber de nuevo, con lo que resulta que incluso el hombre más sensato, de repente, pierde el juicio, se pone como un energúmeno y comienza a hacer las mayores idioteces. Aun las personas más robustas, en un abrir y cerrar de ojos se ponen tan malas que caen por tierra sin conocimiento. De esta manera tan lamentable se suele dar fin a un día de fiesta o a una celebración. Amanecemos con un terrible dolor de cabeza y pasamos el día lanzando mugidos, durmiendo y sin probar la comida, incapaces de recordar lo acaecido el día anterior, como si se tratara de sucesos ocurridos en alguna de nuestras vidas pasadas. Uno descuida todos sus compromisos, tanto públicos como privados, y causa graves molestias a los demás.

Hacer a otros una cosa tan cruel no tiene nada de caritativo ni de pedagógico. Y quien sea objeto de tan despiadado trato ¿cómo no va a quedar resentido? Si nos

dijeran que estas cosas ocurren no en nuestro país, sino en países extraños, nos parecerían inverosímiles y apenas podríamos creerlas. Sólo el hecho de observarlo es realmente desagradable. Personas que uno respetaba por su semblante sosegado y pensativo, las ves reír a carcajadas, diciendo tonterías sin ton ni son, con el sombrero de corte ladeado en la cabeza, llevando el cinturón de la túnica desceñido, las faldas arremangadas, mostrando las pantorri-llas de una manera tan indecorosa que apenas podemos imaginar que sean los mismos que conocíamos de antes. También se ven, a veces, mujeres que alzan la frente, se despejan el cabello que les cae por el rostro sin el más mínimo deje de rubor, lanzando resonantes risotadas. Después van y se asen a alguna mano que esté sosteniendo una copa. El hombre que la alza tampoco conoce la cortesía; toma comida de un plato, la introduce a la fuerza en la boca de los demás o la lleva a la suya. Es una escena verdaderamente deplorable. Todos cantan y bailan lanzando gritos estentóreos. Otras veces, un monje de edad que ha sido invitado a una fiesta descubre su espalda hasta la cintura, mostrando una piel negruzca y repelente, y retuerce su cuerpo de una manera tan repulsiva que los presentes, que lo contemplan con curiosidad, acaban sintiendo náuseas. También hay gente que aburre a las personas que tiene cerca y le prestan atención, contándoles sus proezas. Hay otros que se deshacen en lágrimas. Las personas de clase más baja se insultan los unos a los otros, se pelean e injurian del modo más insolente y temible. Después de hacer las cosas más vergonzantes y desagradables, y

de arrebatar y llevarse sin permiso lo que no debieran, terminan con el cuerpo lleno de heridas, al caer rodando de la veranda o desplomándose de alguno de los carros o caballos.

Los que no posean ni carro ni caballos irán haciendo filigranas por las calles, arrastrando los pies, deteniéndose ante alguna pared de adobe o ante el portón de alguna casa para hacer lo que no sería digno de mencionar aquí. Pero lo que infunde verdadera lástima es encontrarse un monje llevando estola y roquete, apoyado en el hombro de un ayudante más joven, flaqueándole las piernas y profiriendo palabras sin sentido.

Y si la bebida nos acarrease algún beneficio, ya para esta vida, ya para la futura, todavía se podría tolerar. Sin embargo, en esta vida es causa de innumerables infortunios, nos consume la hacienda y nos trae muchas enfermedades.

Hay quien dice que el vino es la mejor de las medicinas; no obstante, incontables son los males que se originan en él. Dicen algunos que con el vino olvidamos todas las penas; y, sin embargo, el ebrio se deshace en lágrimas recordando las desdichas pasadas. Por lo que respecta a la vida futura, el vino priva al hombre de la sabiduría y consume de raíz, como el fuego, sus buenas obras, lo que aumenta las malas acciones; quebrantará todos los mandamientos y acabará en el infierno.

Buda dijo: «Quien trayendo vino obliga a beber a los demás renacerá quinientas veces y todas ellas sin manos»²⁵⁸.

²⁵⁸ Tomado del sutra *Bommo*. Kumarayiva lo tradujo al chino en el año 406.

Como he dicho arriba, debemos evitar el vino; no obstante, habrá ocasiones en que nos sea casi imposible pasar sin él.

En una noche de luna, en una mañana en que amanece todo cubierto de nieve, cuando nos encontramos debajo de un cerezo todo él en flor, y cuando conversamos afablemente con el corazón rebosante de paz, si sacamos la copa nos llenará por entero de felicidad²⁵⁹. Un día en que uno se siente ligeramente triste, en que estamos sin nada que hacer y nos visita de improviso un amigo, al pasar la copa se irá despejando y regocijando nuestro corazón.

Uno siente una alegría indecible cuando, por detrás de una cortina, una persona distinguida y noble nos ofrece, con la mayor cortesía, vino y frutas secas de aperitivo.

¡Qué agradable es sentarse, en invierno, en un reducido aposento alrededor del fuego y charlar afectuosamente con un amigo íntimo, tostando algo en las brasas y escanciando en abundancia! Cuando vamos de viaje y, en medio del camino, hacemos alto en una venta y alguien nos invita a trasegar unos vasos, ¡qué placentero es sentarse en la hierba y beber! Y si a una persona que por lo general no bebe vino le insistimos un poco y nos acepta una copa, ¡ay, qué encantador! ¡Y qué reconfortante es cuando una persona de posición elevada se te acerca y te dice con familiaridad: «¡Otra copa más, que todavía no

²⁵⁹ Referencia al poema de Po Chu'i, que dice: «Estoy solo entre las flores, una copa de sake en la mano, y sin amigos que me hagan compañía. Al levantar la jícara se asoma en ella la luna. Mira, ya somos tres, está presente mi sombra».

tengo suficiente!»). Y también a uno le embarga la alegría cuando, gracias al vino, consigue hablar con soltura con una persona a la que es difícil acercarse, pero a quien le gusta beber. Los aficionados al alcohol, a pesar de todo, son personas muy agradables. Todos sus defectos se les perdonan.

Más de una vez ha ocurrido que los clientes que, mareados por el vino, se han quedado a dormir en un lugar, se llevan un buen susto cuando el dueño de la casa descubre las contraventanas, y en el acto salen corriendo sin sombrero, con la ropa que tenían y los vestidos debajo del brazo. Un hombre que huye con los sayos remangados, enseñando sus piernas vellosas y enjutas, es la forma más graciosa con la que puede terminar una fiesta.

La Estancia de la Puerta Negra era una habitación donde el emperador de Komatsu²⁶⁰, antes de ascender al trono, para no olvidarse de cocinar, y recordando así los tiempos en que carecía de vida pública y hacía por sí mismo todos los menesteres de la casa, se entretenía en preparar la comida. Con el humo que salía de la cocina la puerta quedó negra, y por eso se llamó aquella habitación la Estancia de la Puerta Negra.

²⁶⁰ El emperador Koko, nacido en 831 y muerto en 887. Subió al trono en el año 884.

Una vez iban a jugar un partido de balompié en la residencia que el príncipe Munetaka²⁶¹, entonces ministro de Asuntos Centrales, tenía en Kamakura. Pero, como acababa de llover y la tierra estaba mojada, empezaron a deliberar sobre lo que convendría hacer. En esto, Sasaki²⁶², el monje lego de Oki, cargó unos carros de serrín, se los ofreció al príncipe, los extendieron por el suelo y así se solucionó el problema del barro. Los presentes quedaron todos maravillados, y se decían: «¡Que hombre más prevenido! ¡Tenía preparado el serrín para una ocasión como ésta!».

Pero cuando alguien refirió a Yoshida, consejero del medio, lo que había ocurrido, éste observó: «¿Y no tenían preparada arena seca?».

Fue entonces cuando me avergoncé de haberme maravillado antes. El serrín no pasaba de ser un sustituto vulgar, un remedio inadecuado. El ceremonial dice expresamente que los encargados de la conservación de los campos deben estar siempre provistos de arena seca.

En cierta ocasión había unos samuráis que estaban relatándole a otro la danza *kagura* que habían visto en el

²⁶¹ Munetaka (1243-1274) era hijo del emperador Go-Saga. La responsabilidad de los asuntos centrales estaba reservada al príncipe heredero.

²⁶² Sasaki Masayoshi se hizo monje y adoptó el nombre de Shingan. Murió en 1290, a los ochenta y tres años.

santuario del palacio. Le decían: «Y vino un hombre y se llevó la espada sagrada»²⁶³.

Al oír esto, una dama del servicio le murmuró bajito, por detrás de un biombo: «Cuando Su Majestad se traslada a otros recintos de la residencia diurna, siempre lleva consigo la espada sagrada».

Yo quedé encantado de tanta discreción. Seguro que esa mujer había servido en palacio.

179

El patriarca Dogen²⁶⁴, un monje que fue a estudiar a China, trajo consigo el *sutra issai-kyo*, y lo veneraba devotamente en un lugar llamado Yakeno, cerca de Rokujara. Dogen predicaba y explicaba allí el *sutra Surangama*, y al templo lo llamó Naranda. En una ocasión, el venerable dijo: «Existe una tradición según la cual Oe no Masafusa²⁶⁵ defendía que el Gran Portón del monasterio de Nalanda, en la India, estaba orientado al norte, pero yo no he podido encontrar ninguna prueba que confirme esta teoría, ni en las *Crónicas de los confines occidentales* ni en los *Viajes de Fa-shien*. No sé en qué pudo basarse Masafusa para decir eso. Sin embargo, sí es cierto que el templo Hsi-ming²⁶⁶, en China, está orientado al norte».

²⁶³ Uno de los símbolos sagrados del emperador.

²⁶⁴ Monje de la secta Zen. Su nombre se parece al del fundador de la secta Soto del Zen, en Japón.

²⁶⁵ Hombre de letras muy famoso, nacido en 1041 y muerto en 1111.

²⁶⁶ Construido por Kao Tsung a imitación del famoso Jetavana, India.

En la ceremonia conocida como *sagicho* se trasladan unas cachiporras desde el Shingon'in al jardín Shinsen²⁶⁷, que servirán para los juegos rituales del Año Nuevo y después serán quemadas allí. La frase que dice «En el estanque en el que fue escuchada mi oración»²⁶⁸ se refiere al estanque del jardín Shinsen.

El vocablo *koyuki* de la canción:

Fure, fure koyuki

Baja, baja, polvo de nieve,

Tamba no koyuki

nieve en polvo de Tamba

significa «polvo de nieve» porque se asemeja a los trocitos de la cáscara del arroz que caen cuando se maja para quitarle la cáscara. El segundo verso debería decir: *tamare, koyuki* (amontónate, polvo de nieve). Una autoridad en la materia defiende también que el verso siguiente debería ser: «Sobre tapias y árboles». ¿No se vendría repitiendo esta canción desde tiempos muy antiguos?

²⁶⁷ El Shingon'in era un oratorio que estaba en el recinto de palacio. Shinsen era el nombre de los jardines del emperador.

²⁶⁸ Se cree que el monje fundador de la secta Shingon, Kukai, hizo rogativas para pedir la lluvia junto a este estanque, y que su oración fue escuchada.

El diario de Sanuke no Suke²⁶⁹ dice que el emperador Toba, cuando era niño, para describir la nieve usaba la palabra *koyuki*.

182

El noble Takachika, consejero mayor de Shiyo²⁷⁰, le trajo a Su Majestad un salmón seco. Al verlo, alguien objetó: «¡A quién se le ocurre traer a Su Majestad una cosa tan indigna!».

Pero él respondió: «Si Su Majestad no comiera ninguna clase de salmón, podrías atreverte a decir lo que has dicho, pero ¿acaso no come salmón en salazón? ¿No le ofrecen truchas secas conservadas en sal?».

183

Al buey que cornea a un hombre se le cortan los cuernos; al caballo que muerde a una persona se le cortan las orejas. Esto se hace para que la gente esté prevenida. Los dueños que no lo hagan, en el caso de que estos animales hirieran a otras personas, serán considerados responsables. Son ofensas que la Ley castiga.

²⁶⁹ Sanuke no Suke, nacida en 1029 y muerta en 1103, fue dama de la corte. Sirvió a los emperadores Horikawa y Go-Toba. Nos dejó un diario, en dos tomos, en el cual habla de este detalle.

²⁷⁰ Fujiwara no Takachika fue nombrado consejero mayor en 1183. Falleció en 1279 a los setenta y siete años. Su residencia estaba en Shiyo.

174

El nombre religioso de la madre de Tokiyori, gobernador de Sagami²⁷¹, era Zen de Matsushita.

Una vez que invitó al gobernador a su aposento se puso ella misma a arreglar la ventana, cortando los trozos rotos del papel con una cuchilla y reemplazándolos por otros trocitos de papel nuevo²⁷².

Su hermano Yoshikage²⁷³, que era vicegobernador del castillo de Akita, y que se encargaba de preparar las recepciones, le dijo: «Deja, de eso me encargo yo. Lo hará uno de mis criados que sabe de esas cosas».

Pero ella respondió: «Dudo que sepa más que yo». Y continuó cortando y pegando los trocitos rotos de los ataires de la ventana. Yoshikage le insistía diciendo que sería mucho más fácil cambiar de una vez todo el papel de la ventana, porque con tantos parches y remiendos quedaría más fea.

A esto ella le respondió: «También yo tengo intención de cambiar todo el papel una vez terminada la visita, pero hoy, a propósito, la voy a dejar así. Quiero que los jóvenes comprendan que las cosas, si se cose o se repara lo que tengan roto, pueden seguir usándose».

²⁷¹ Jōyō Takiyori (1227-1263), quinto regente del gobierno de Tokugawa. Gobernó a partir de 1246.

²⁷² Usaban un papel fuerte, hecho de pajas de arroz, en lugar de cristales.

²⁷³ Adachi Yoshikage, gobernador de la provincia de Akita en 1282. Su padre había desempeñado el mismo cargo. Murió a los cuarenta y cuatro años.

¡Un detalle admirable!

El gobierno de una nación debe tener por base la sobriedad y la mesura. A pesar de ser mujer, esta religiosa tenía el espíritu que anima a los sabios. Y, en verdad, no fue una mujer cualquiera, pues la llamó «madre» un hombre que ponía orden en toda una nación.

185

Yasumori, el gobernador de Akita, era un jinete consumado. Una vez que mandó sacar un caballo de la caballeriza y vio que se ponía con las dos patas delanteras juntas sobre el umbral de la puerta, dijo: «Éste es un caballo nervioso y saltarín». Y pidió que le pusieran las riendas a otro. Se lo sacaron, pero como extendía las patas y daba coces contra la puerta, dijo: «Éste es de poca inteligencia, y hará mayores despropósitos». En ninguno de los dos casos quiso montar.

¡Sólo un hombre tan experto podría andarse con tantas precauciones!

186

Un jinete muy experto, llamado Yoshida, dijo en una ocasión: «Cada potro tiene sus tretas y peligros. El hombre, y de esto hay que convencerse, no se puede comparar en fuerza con un caballo. Antes de montar un caballo, lo primero que hay que hacer es examinarlo y tratar de

176

ver cuáles son sus puntos fuertes y débiles. Después hay que inspeccionar las riendas, a ver si están en condiciones y no ofrecen peligro. Y en caso de duda es mejor no montarlo. Sólo el que no se olvida de tomar estas precauciones es digno de llamarse jinete. Éste es el secreto de la caballería».

187

El especialista en una materia, aunque no tenga conocimiento exhaustivo sobre ella, la conocerá mejor que el aficionado, por grandes que sean los talentos que éste posea. Esto es lo que distingue a una persona cauta y precavida, que no toma decisiones a la ligera, de aquella otra que hace todo lo que se le antoja. Y lo mismo se puede decir de cualquier cosa, no sólo de las artes y del ingenio. La base del éxito en la vida está en la prudencia y en la perseverancia. Los talentos, cuando tienen por guía una voluntad débil, no sirven para nada.

188

Un padre que quería que su hijo fuera monje le dijo: «Estudia y aprende los principios de la causa y del efecto, predica y con los sermones podrás ganarte la vida». El hijo, con intención de cumplir las instrucciones que le había dado su padre, lo primero que hizo para ser predicador

177

fue aprender a montar a caballo. Razonó así: «Como yo no poseo ni palanquín ni carreta, si vienen a llamarme para algún funeral con una caballería, sería una vergüenza que no pudiera tenerme en la silla y me cayera del caballo». Después, pensó que si le invitaban a beber vino después de la ceremonia, no teniendo nada agradable que decir, todos quedarían disgustados por el hecho de que no pudiera divertir a su anfitrión. Por eso aprendió a cantar las canciones de moda. Cuando, por fin, logró dominar estos dos ámbitos, le entraron ganas de perfeccionarse en ellos. Así que llegó a la vejez sin tener tiempo para aprender a predicar.

Esto no es algo que le pase solamente a aquel monje, sino que nos ocurre a todos. Cuando somos jóvenes hacemos grandes planes para formarnos en una profesión, para dedicarnos por completo a la realización de una gran empresa, para llegar a ser maestros en alguna de las artes, para aprender todos los secretos de una ciencia, etc.; pero, como damos por supuesto que nuestra vida se va a prolongar indefinidamente, postergamos los planes, llevados por la apatía, pasamos los días y los meses con los quehaceres y tareas del momento, y nuestro cuerpo se irá cargando de años sin llevar adelante nada de lo que habíamos pensado. Al final, sin haber podido aprender nada, y sin sobresalir en nada, a una edad en que ya no podemos arrepentirnos ni renovar nuestros propósitos, el cuerpo se nos corroe a la velocidad de una rueda que baja por una cuesta pronunciada. Por eso, de entre las muchas cosas que queremos hacer en la vida debemos considerar y

procurar hacer lo que sea más importante para nosotros, olvidándonos de todo lo demás.

En el transcurso de un día, en el breve espacio de una hora, serán muchas las cosas que ocuparán nuestra atención. De todas aquellas, hay que hacer las que más nos aprovechen, y renunciar a todas las restantes. Debemos aprehender la urgencia de las cosas trascendentales. Si vivimos apegados a todo, no concluiremos nada. Debemos hacer como los jugadores de go, que, sin quitar ojo, se adelantan hasta el campo del adversario y se dejan comer una ficha insignificante para ganar una jugada mayor. Y, por lo que al juego se refiere, cualquiera sería capaz de perder tres piezas por adjudicarse diez. Lo difícil es dejarse comer diez para ganar once. No obstante, aunque uno no esté jugando con la ventaja de una sola ficha, cuando se trata de sacrificar diez para conseguir una ventaja pequeña no es nada fácil tomar una decisión. El que quiera quedarse con las piezas del adversario sin perder ninguna de las suyas, acabará perdiendo las propias sin capturar ninguna de su rival.

Un hombre que vive en la capital y va a los suburbios del este porque tiene allí un negocio urgente, si al llegar recuerda que en los del oeste le espera otro negocio que le proporcionaría mayores ventajas, desde el mismo umbral de la puerta debería darse la vuelta y encaminarse hacia el poniente. Pero si razona: «Ya que he venido, voy a ultimar primero este asunto; al negocio del oeste, como no urge, le dedicaré otro día cuando regrese», la desidia del momento dejará sentir sus consecuencias durante toda

su vida. Es ésta la que debemos temer. Una vez tomada la decisión de llevar algo a cabo, no debes entristecerte si dejas de lado todo lo demás. Y no te avergüences si la gente se ríe de ti. Quien no sea capaz de sacrificar todo, nunca podrá realizar nada importante.

En una ocasión se hallaban muchas personas reunidas, y alguien dijo: «No sé; unos dicen *masuho no susuki*, pero a otros les he oído decir *masoho no susuki*²⁷⁴. Ahora bien: quien sabe qué es lo correcto es el sabio que vive en Tanabe». Entre los presentes estaba el monje Toren²⁷⁵, quien, al ver que estaba lloviendo, exclamó: «Si alguno de ustedes tiene paraguas, que haga el favor de prestármelo. Voy a que el sabio de Tanabe me aclare lo del *susuki*». A lo cual los presentes respondieron: «Hombre, no tengas tanta prisa, espera a que pare de llover».

No obstante, el monje les replicó: «¡Cómo podéis decir semejantes despropósitos! ¿Creéis que el ritmo de la vida del hombre esperará a que el cielo deje de llover? Y si, mientras esto sucede, yo me muriera, o el sabio abandonara este mundo, ¿cómo lo averiguaríamos?».

Y dicen que al terminar de decir esto salió corriendo y fue a preguntar lo que ignoraba. Es ésta una historia que me sorprende y produce admiración.

²⁷⁴ *Susuki*, el miscanto, es decir, una gramínea. Fundamentalmente, se trata de la misma planta. Se diferencian en la espiga, que en una es más grande que en la otra. La duda aparece en el libro *Hōyōki (Pensamientos desde mi cabaña, Errata naturae, 2018)* de Kamo no Chōmei.

²⁷⁵ Toren es un poeta, pero apenas sabemos nada de él. Existe un libro titulado *Colección de obras del monje Toren*.

En las *Analectas* de Confucio, leemos: «El que obre con diligencia alcanzará el éxito»²⁷⁶. Y, así como a Toren le urgía la duda y el deseo de conocer lo del *susuki*, nosotros deberíamos estar impacientes por alcanzar lo que, según el budismo, es más necesario, es decir: la contemplación.

189

A veces pensamos: hoy voy a hacer esto o lo otro; pero nos piden una cosa urgente y, entretenidos en ella, se nos pasa el resto del día. Por culpa de un suceso inesperado no viene la persona que esperábamos, y nos visita otra que no aguardábamos. A veces, cosas que uno atiende nunca llegan, y nos sobrevienen otras que no preveíamos; lo que nos parecía difícil y penoso se lleva a cabo fácilmente, y lo que juzgábamos fácil y hacedero resulta fatigoso. Y, si decimos que los hombres no podemos presagiar ni predecir nada, nos encontramos con cosas que ocurren según lo habíamos previsto. Todo lo cual significa que es muy difícil predecir un acontecimiento. Lo único que parece cierto es que prevenir un acontecimiento resulta casi imposible.

190

Creo que el hombre no debería tener mujer. Me encanta cuando oigo decir a alguien: «Vivo solo», y me da lástima

²⁷⁶ *Analectas* de Confucio, cap. xvii, 6.

181

cuando me dicen de alguien: «Se casó con una mujer de tal o cual familia, recibió por esposa a fulana de tal y viven juntos». La gente se reirá, porque la mujer que llevaron a vivir con ellos, siendo del montón, debió de parecerles excepcional; y aun en el caso de que lo fuera, se seguirán mofando, porque la amarán y adorarán como si fuera el buda en su altar, cosa que, bien pensada, no es para tanto. Nacen los niños y, para criarlos, estará siempre atada a ellos, desatendiendo todo lo demás. Fallece su marido, entrará en un monasterio y comenzará a envejecer de un modo que sorprenderá a todo el que la vea.

El hombre que esté las veinticuatro horas del día viendo la cara de su mujer terminará perdiendo todo el interés y el amor que le tenía. La mujer se encontrará también en una situación psicológica de perplejidad e incertidumbre. Pero si el hombre vive en otro lugar, y la visita sólo de vez en cuando, para pasar allí la noche, el cariño y la llama del amor no se apagarán con el transcurso de los años. Haciéndole una visita inesperada y descansando con ella una noche, ambos sentirán cómo rejuvenece su amor.

Me da lástima quien dice que la oscuridad de la noche borra y ensombrece la belleza de las cosas. De noche es cuando mejor se puede apreciar la belleza de los ropajes, de los adornos y del color. Durante el día es adecuado llevar vestidos sencillos, pero por la noche cae bien un vestido

lujoso. Del semblante puedo decir lo mismo. Aun el que es guapo, la luz de un candil resalta más su belleza. Un susurro que se escucha en la oscuridad de la noche penetra más en nosotros, tiene más encanto. Un perfume o una melodía, en la oscuridad de la noche, nos cautivan con más fuerza. ¡Qué emoción y alegría se siente cuando, ya bien entrada la noche, durante la cual no se ha producido ningún acontecimiento especial, nos sorprende una visita que viene ataviada con elegantes vestiduras! Ya sea una hora u otra, un encuentro formal o informal, los jóvenes con sensibilidad para estos asuntos deberían cuidar siempre la apariencia, pero, de un modo especial, en los momentos más íntimos y relajados. ¡Qué maravilloso es ver a un joven que, al llegar el atardecer, moja y peina su cabello, y a una joven que, cuando va llegando la noche, sale sigilosamente del dormitorio, toma el espejo en sus manos, se acicala y se adorna antes de volver a presentarse en la habitación!

192

La ocasión más deliciosa para hacer una visita a un templo o un santuario también es por la noche, cuando no hay nadie.

193

El hombre de pocas luces, habiendo tanteado un poco a una persona, ya se imagina que conoce todo lo que el otro

183

sabe; obviamente desbarra. Del mismo modo se equivoca el experto en el juego del *go* al pensar que supera en inteligencia a su rival, sólo por el hecho de que éste apenas si sabe mover las fichas; o el que domina alguna de las artes y se cree superior a los demás al ver que desconocen por completo esa disciplina. Se equivocan, también, los dos monjes: el que se dedica al estudio de la teología y el que se pasa la vida practicando la meditación, cuando piensan, cada cual para sí mismo, que cada uno está por encima del otro. El experto, en el campo que sea, no debe ni porfiar ni censurarse.

194

El ojo avezado nunca engaña.

Si alguien, por ejemplo, inventa un embuste y lo va propagando, habrá gente que lo crea todo tal y como se lo dicen; otros que se lo traguen con tan buena disposición que incluso añadan nuevas mentiras; otros, por el contrario, lo oirán, pero les entrará por un oído y les saldrá por el otro; a otros les parecerá extraño y se quedarán pensativos, sin ser capaces de darle crédito ni desmentirlo; otros no podrán creer que sea verdad, pero se limitarán a afirmar: «Bueno, si la gente lo dice». También hay quienes formularán toda clase de conjeturas, pondrán cara de haber dado con la incógnita, moverán la cabeza en señal de asentimiento, y sonreirán, pero no habrán entendido nada. Otros que, después de considerarlo, juzgarán que es mentira, pero

184

no se atreverán a llegar a ninguna conclusión por temor a equivocarse. Habrá quienes se den una palmada en la frente, estallen en una carcajada y exclamen: «¿Y tú me vienes ahora con éstas?». Otros callarán, sabiendo que es una treta, no mencionarán nada de lo que saben y obrarán como si nada supieran del asunto. Por último, habrá quienes, conociendo desde el principio el motivo de la prueba, no la criticarán, sino que compartirán los sentimientos del que inventó la patraña y obrarán a su favor.

Quien sea capaz de discernir lo verdadero de lo falso podrá intuir lo que de verdad hay en las bromas de los mentecatos a través de sus palabras y de las expresiones de sus rostros. ¡Qué fácil le será a un hombre iluminado conocernos a nosotros, hombres que naufragamos en el mar de la duda! Nuestro interior le será tan patente como si lo sostuviera en la palma de la mano. Ahora bien: estos principios no se pueden aplicar del mismo modo al interpretar las parábolas de la doctrina de Buda.

Pasaba una vez un hombre por la calzada de Koga²⁷⁷ y vio a una persona, vestida con *kosode* y *oguchi*²⁷⁸, metiendo una

²⁷⁷ Calzada que conducía a algunos pueblos del sur de Kioto. Comenzaba en Toba, pasaba por Koga y llegaba a Yamazaki.

²⁷⁸ Kimono que vestía una persona noble. Era impropio de gente que trabajara en los campos de arroz.

imagen de Yizo²⁷⁹ en el agua turbia de los campos de arroz, y lavándola con sumo cuidado. En esto llegaron dos o tres hombres vestidos con el traje *kariginu*²⁸⁰ y dijeron: «Aquí está nuestro señor», y se lo llevaron. Resultó que era nada menos que el gran ministro del Centro de Koga²⁸¹, un hombre realmente excepcional en sus momentos de lucidez.

196

Cuando la carroza del templo Todaiji regresaba con uno de los pasos del Santuario Wakamiya²⁸², que se encuentra en Toyi, la acompañaban los nobles del clan de Minamoto²⁸³. El gran ministro de Koga, que entonces era general, iba delante de la procesión, abriendo camino. Entonces se le acercó el primer ministro Tsuchimikado y le interrogó: «¿Tienes que preceder a la guardia al pasar por delante de un santuario?». El gran ministro se limitó a contestar: «Uno de mis deberes como oficial es saber lo que tiene que hacer la guardia».

Koya explicó algún tiempo más tarde: «El primer ministro habría leído el *Hokuzansho*²⁸⁴, pero, al parecer, igno-

²⁷⁹ Estatua de un conocido monje budista.

²⁸⁰ Traje que vestían los mozos de servicio de un señor importante.

²⁸¹ Minamoto no Michimoto (1240-1308), nombrado ministro del Centro en 1288.

²⁸² Es posible que Kenkō se equivoque. No se trataría del santuario Wakamiya de Toyi, sino del que está en el templo de Yawata, donde se veneraba a la familia y los antepasados de Minamoto.

²⁸³ Se refiere a Minamoto no Sadazane (1241-1306). Primer ministro a partir de 1301.

²⁸⁴ Libro del ceremonial recopilado por Fujiwara no Kinto (906-1041). En él hay un apartado dedicado a la cuestión de si la carroza, al pasar por delante de un santuario, debe ir escoltada por guardias o no.

raba lo que dice Seikyu cuando afirma que son los recintos sagrados los que hay que guardar y despejar, porque allí puede haber malos espíritus, familiares de las divinidades, que los rodean».

197

En el *Engishikiki*²⁸⁵ se lee la frase «cupo de cortesanas» (*yogaku no nioju*). De ahí que la palabra «cupo» no se aplique exclusivamente a los sacerdotes de los templos.

Es, sin duda, una expresión que se usa para designar un número limitado de cargos oficiales.

198

No solamente hay oficiales de honor en el segundo rango, sino también en el cuarto. Lo dice el libro *Puntos esenciales de Gobierno*²⁸⁶.

199

Al abad Gyosen de Yokawa²⁸⁷ le oí decir una vez: «China es el país de la tonalidad musical *ryo*. Allí no existe la

²⁸⁵ Un escrito sobre el ceremonial y los usos de la corte confeccionado en el año 927.

²⁸⁶ *Extracto de disposiciones de Gobierno*, escrito por Koremune Masasuke en 1010.

²⁸⁷ Templo que se halla dentro del monasterio Jiei, en una montaña a las afueras de Kioto.

187

modalidad *ritsu*. Japón es el país de la inflexión *ritsu*. Aquí no conocemos el *ryo*»²⁸⁸.

200

El bambú *kure* tiene las hojas estrechas. El bambú de río las tiene anchas. El bambú de río, en palacio, se planta junto a la acequia. El bambú *kure* está delante del Salón Yiyu.

201

En el monte Grdhakuta había dos estupas²⁸⁹: la de apearse y la de no entrar. La de apearse se encontraba en la falda del monte y la de no entrar cerca de la cima.

202

No hay ningún protocolo que diga que durante el décimo mes, por ser un mes «sin dioses», no se deban celebrar actos religiosos. No consta en ningún documento. ¿No habrá recibido este mes su nombre del hecho de que,

Era un centro de ascética muy importante. Gyosen fue un monje de esta secta, especialista en música.

²⁸⁸ En la práctica, ambos se usaban en Japón. El *ritsu*, con los salmos budistas.

²⁸⁹ Se refiere a las estupas que se dice que erigió el rey Bimbisara en el monte Grdhakuta, donde predicó Buda. En una estaba escrito «apearse» y en otra «no pasar».

durante su transcurso, no coincide ninguna festividad ni conmemoración en los santuarios?

Existe también una tradición según la cual en este mes todas las divinidades se reúnen en el Gran Santuario de Ise²⁹⁰, pero no he podido encontrar ninguna autoridad que lo defienda. Y, si esa creencia fuera cierta, durante este décimo mes habría alguna fiesta especial en Ise, y no la hay.

Consta que en diversas ocasiones Su Majestad ha hecho visitas a santuarios durante este mes, pero la mayor parte de ellas tenían por motivo un mal presagio.

203

Hoy ya nadie sabe cómo se debe colgar la aljaba junto a la puerta de una persona que ha sido objeto de anatema imperial.

Antes, cuando el emperador caía enfermo, o cuando alguna epidemia se extendía por el reino, existía la costumbre de colgar una aljaba en el santuario Tenyin de la Avenida Quinta. También se acostumbraba a suspender aljabas en Kurama, delante del santuario de la divinidad conocida comúnmente por el nombre de La Aljaba. Nadie podía entrar ni salir por una puerta de la que pendiera la aljaba de un guardia imperial. Ahora ya no existe esa costumbre, y se precinta la casa.

²⁹⁰ Los dioses se reunían durante todo este mes en el santuario de Izumo. No sabemos por qué Kenkō afirma que es en Ise.

Antes, al reo que iba a ser flagelado con fustas se le conducía hasta un poste, al que lo ataban. Hoy la gente ya no sabe qué forma tenía el lugar del tormento, ni cómo se sujetaba al delincuente.

En el Monte Hiei, la práctica de hacer juramentos escritos en nombre del Gran Maestro²⁹¹ la inició el abad Yie²⁹². Los letrados no dan ninguna importancia a los juramentos escritos. Antiguamente, en la época de los sabios, no se gobernaba a un pueblo basándose en promesas escritas, pero ahora se ha impuesto esta práctica.

Además, a ojos de la ley ni el agua ni el fuego contienen impurezas, aunque sí puedan contenerlas las vasijas.

Una vez, el ministro de la Derecha, Tokudaiyi²⁹³, que era jefe de la guardia imperial, estaba en una reunión con sus oficiales en la Puerta del Medio, cuando se desató un buey

²⁹¹ El Gran Maestro es Dengyo Daishi (767-822), fundador del monasterio Jiei. También es conocido por el nombre de Saicho.

²⁹² Decimotavo abad del monasterio. Murió en 985.

²⁹³ Fujiwara no Kintaka. Ya se habló de él en el párrafo 23.

que pertenecía a un oficial llamado Akikane, entró en el edificio, subió al estrado donde tenía lugar el encuentro, se tumbó allí y empezó a rumiar. Los presentes, asombrados ante un prodigio tan singular, opinaron que el buey debía ser enviado a un adivino del *yin-yang*, pero el primer ministro, que era padre del entonces ministro de la Derecha, dijo: «Un buey es un animal que carece de entendimiento. Si tiene patas, puede ir adonde se le antoje. Así que no hay motivo para privar a un oficial, medianamente remunerado, de un buey macilento como éste para que pueda desplazarse y venir a palacio».

Devolvió el buey a su amo, cambió la estera donde había estado echado el buey, y dicen que no ocurrió ningún acontecimiento funesto.

Oí decir que cuando uno experimenta o presencia un supuesto prodigio, si no se reconoce por portento, pierde toda su virtud.

Cuando estaban nivelando el terreno para construir el palacio de Kameyama, dieron con un muelo de tierra en el que encontraron, entrelazadas, una gran cantidad de serpientes. Coincidieron todos en opinar que eran los espíritus del lugar, y así se lo comunicaron a Su Majestad, quien, a su vez, les preguntó qué era lo que se debía hacer.

Los presentes, de común acuerdo, le respondieron: «Puesto que estas criaturas, desde tiempos inmemorables, han venido ocupando el lugar, no pueden ser la causa de

ninguna desgracia. Los espíritus no tienen maldad, y no van a exigir ningún desagravio. Por eso creo que se debe nivelar el cúmulo de tierra y echar a las serpientes».

Nivelaron la tierra y llevaron las serpientes al río Oi, pero no por eso les vino ningún castigo.

208

Normalmente, al atar las correas del pergamino de un sutra, se van cruzando de arriba hacia abajo, se hace un lazo en el centro y después se pasa el extremo del lazo por debajo del cruce. Sin embargo, el abad Koshun de Kegon'in²⁹⁴, una vez, desató una correa que había sido enlazada de este modo y la volvió a atar de nuevo, diciendo: «Esta forma de atar los cabos es moderna y desagradable. La manera correcta de hacerlo es enrollar la cinta alrededor del rodillo, empezando por la parte superior hasta abajo, y, después, insertar la lazada, hecha al extremo, entre la cuerda».

Como era un hombre de edad, conocía bien estos pormenores.

209

Un hombre que creía tener derecho de posesión sobre un campo de arroz tuvo un juicio y lo perdió. Se encolerizó

²⁹⁴ Kegon'in, oratorio que estaba dentro del monasterio de Ninna. Del monje Koshun sólo se sabe que presidió ceremonias religiosas en 1320 y 1323.

tanto que envió a sus servidores al campo, diciéndoles: «Id, cortad el arroz y traédmelo».

Al ver a los servidores, que iban cortando el arroz de los campos que encontraban por el camino, alguien los amonestó, diciendo: «¿Por qué hacéis eso? ¿No sabéis que éste no es el campo del litigio?». A lo cual respondieron ellos: «No hay razón para segar el arroz del campo del litigio, pero, ya que nos han mandado hacer una barrabasada, ¿qué más da que la hagamos en un campo que en otro?».

Y la razón que dieron, convence.

210

El *yobukodori*²⁹⁵ (pájaro reclamaniños) es un avecilla que se escucha en primavera. Esto es lo único que conocemos de él, pero no existen datos sobre qué clase de ave es. Hay un documento de la secta Shingon que habla, con pormenores, de la liturgia del Oficio de los Difuntos cuando canta el *yobukodori*, pero es evidente que aquí se refiere al *nue*²⁹⁶, un ave nocturna. Un largo poema del *Manioshu* que comienza diciendo:

En un lánguido día de otoño,
cuando empieza a ascender la calina...

²⁹⁵ Pájaro que aparece en diversos poemas de la colección *Kokinshū*, en el contexto de la primavera, pero no se sabe qué clase de pájaro era. Se revela misterioso y quizás se trate de un cuclillo.

²⁹⁶ Pájaro negro, nocturno y de mal agüero. Sin duda, una quimera.

parece sugerir que el pájaro reclamaniños se asemeja mucho al *nue*.

211

No pongas tu confianza en nada. El necio confía en las cosas, y por eso se irrita y se angustia.

Si tienes poder no confíes en él, porque los poderosos son los primeros en caer. Si tienes riquezas, no confíes en ellas, porque en un instante desaparecen. Si tienes sabiduría, no confíes en ella, porque hasta Confucio fue considerado extraño en su época. Si tienes virtud, no confíes en ella, porque incluso Yen Hui²⁹⁷ fue desafortunado.

No confíes tampoco en los favores de tu señor, porque quizá en breve te exijan pagarlos con tu vida. Aunque tengas servidores que te obedecen, no confíes en ellos, porque pueden volverte la espalda y alejarse de ti.

Desconfía del mismo modo de los buenos sentimientos de tus amigos, porque cambiarán. Tampoco confíes en las promesas, porque los hombres sinceros son muy pocos. El que no confíe en sí mismo ni en los demás, cuando algo le salga bien se alegrará, pero no se impacientará porque le salgan mal las cosas. Si ensanchas el espacio que tienes por los lados, no te verás constreñido, y si aumentas el que tienes por delante y por detrás no te verás bloqueado. Al vernos oprimidos

²⁹⁷ Un discípulo de Confucio, muerto muy joven.

y sin espacio es cuando nos sentimos triturados, machacados. Cuando apenas tenemos holgura para preocuparnos y cuidar de las cosas, y nuestra actividad mental se desarrolla en un ambiente reducido y estricto, nos rebelamos contra todo, forcejeamos y nos llenamos de heridas. Pero cuando la holgura es mayor no perdemos un solo cabello de nuestras cabezas. El hombre es la criatura más admirable que existe en los cielos y en la tierra. Ni el cielo ni la tierra tienen límite. ¿Cómo es posible que sea diferente la naturaleza de los seres humanos?

Si el espíritu del hombre es amplio y sin limitaciones, no lo sofocará ni la alegría ni la tristeza. Nada debería impacientarlo.

212

La luna en otoño es indeciblemente bella. El hombre que no sea capaz de distinguirla y diga que la luna es siempre la misma, independientemente de la estación, es digno de lástima.

213

Al hacer fuego en presencia del emperador o de la emperatriz no se deben usar las tenazas para coger el carbón; se debe colocar directamente, llevándolo en la vasija de

195

arcilla, y, al hacerlo, hay que amontonarlo, teniendo cuidado de que no se desmorone el montón.

Pero, con ocasión de una visita que hizo el emperador al templo de Yawata, cuando los celebrantes con túnicas blancas estaban colocando el carbón con la mano, un experto en ritos y ceremonias les indicó: «Nada impide que, en días en que se usen ornamentos blancos, se empleen las tenazas».

214

La canción conocida por el nombre de «So-fu-ren» (recuerdos amorosos de mi esposo), no tiene nada que ver con el amor de una mujer por un hombre. Originalmente se escribía con otros ideogramas, que significaban: «El loto de la cancillería del primer ministro», pero los cambiaron. La melodía se remonta a la época en que Wang Chien²⁹⁸ de Chin era consejero y plantó un loto en su jardín. Desde entonces la gente empezó a llamarlo «el ministro de la cancillería de los lotos».

La canción conocida como *kaikotsu* (giros bruscos) también se escribía con otros ideogramas, que significan «El país de los Uigures», un pueblo bárbaro muy poderoso conquistado por los chinos. Los llevaron a la capital y allí tocaban y cantaban esas melodías.

²⁹⁸ Oficial del gobierno chino que vivió en el siglo v.

El noble Taira no Nobutoki²⁹⁹, cuando ya era anciano, contaba así incidentes ocurridos en su juventud: «Una vez recibí una invitación del novicio del templo Saimyo³⁰⁰ y le contesté que iba enseguida, pero me quedé un momento perplejo, viendo que no tenía vestido apropiado para visitarlo. Entonces me llegó otro mensaje que decía: “¿No encuentras un vestido apropiado? No te importe. Es de noche y ya no es necesario venir con el traje de samurái. ¡Anda, date prisa!”. Fui con un ropaje viejo de samurái que usaba para estar en casa. Él sacó unas copas y una jarra de vino, diciendo: “Tenía un poco de vino, y no me hubiera gustado beberlo yo solo. Por eso te pedí que vinieras. Sin embargo, no sé si encontraremos algo para tomar con él. Los sirvientes ya estarán todos acostados. Así que busca por ahí, a ver si encuentras algo”.

»Tomé una antorcha y empecé a buscar por todos los rincones, hasta dar con una vasija sin esmaltar que estaba en una alacena y que tenía pegado en el fondo un poquito de pasta de soja. Cuando le dije: “Esto es lo único que he encontrado”, él me respondió: “Bueno, con eso nos arreglamos”. Y con la mayor alegría empezamos a servirnos unas copitas de vino, hasta desbordar de júbilo». Así es como vivía antes la gente, me dijo.

²⁹⁹ Osaragi Nobutoki, hijo de Joyo Tomotoki. Murió en 1323.

³⁰⁰ Se trata del gobernador de Sagami, Joyo Tokiyori. (Episodio 184).

El novicio del templo de Saimyo, una vez que iba en peregrinación al santuario de Tsuruoka, visitó al monje Ashikaga Yoshiuyi³⁰¹, enviándole antes un mensajero con el anuncio de su llegada. El anfitrión lo obsequió del modo siguiente: con la primera ronda de sake le puso oreja de mar, con la segunda langostinos, con la tercera bizcochos de arroz, y eso fue todo. Estuvieron presentes el anfitrión, su señora y el abad Ryuben³⁰².

Concluido el banquete, el novicio del templo de Saimyo le dijo: «¿No tendrás por ahí alguna de esas telas teñidas con el tinte de Ashikaga que me envías todos los años?»³⁰³. A lo que Yoshiuyi respondió: «Te la tenía preparada». Le sacó diversos tipos de telas de distintos colores, las mujeres del servicio se las cosieron y le hicieron un kimono que más tarde le envió.

Esto me contó una persona que presencié los hechos y que vivió hasta hace muy poco.

Un hombre que poseía una inmensa fortuna dijo una vez: «Los hombres deberían olvidarse de todo y dedicarse con

³⁰¹ Yoshiuyi (1177-1242), yerno de Yojo Yasutori y tío de Tokiyori, de quien se habla en el párrafo anterior.

³⁰² Ryuben era el nombre del monje encargado del templo Tsuruoka, en Kamakura.

³⁰³ Gesto que revela la dedicación de los samuráis hacia su señor y las necesidades económicas que atravesaban.

todas sus fuerzas a adquirir riquezas. La vida del pobre no es vida. Sólo los ricos llevan una vida que pueda llamarse humana. Si quieres hacerte rico, lo primero que tienes que hacer es recapacitar y convencerte de que la vida humana es eterna. Nunca, ni por un instante, pienses que es efímera. Ésta es la primera cautela. La segunda es que no satisfagas nunca ninguno de tus deseos, tanto por lo que se refiere a ti mismo como por lo que respecta a los demás. Si decides satisfacer todos tus deseos de acuerdo con lo que te dictan tus apetitos, aunque tuvieras millones, poco tiempo te duraría tu dinero. Los deseos nunca se extinguen, pero las riquezas, con el tiempo, sí. Con riquezas limitadas no podrás saciar deseos que no conocen límite. El deseo que aflore en nuestro corazón debe cercenarse teniéndolo por un peligro que nos puede llevar a la ruina. No debemos condescender ni con el apetito más insignificante. La tercera es que si juzgas que el dinero es como un criado del que puedes hacer uso del modo que quieras, nunca te verás libre de la pobreza. Al dinero hay que tratarlo y venerarlo como a nuestro dueño y señor. No se puede usar como uno desee. La cuarta es que, aunque tengas que pasar vergüenza a causa del dinero, no te debes enojar ni resentir. La quinta es que has de ser honesto y cumplir fielmente lo que prometas.

»El hombre que, buscando las riquezas, cumpla con todos estos preceptos, se verá inundado de tesoros con la rapidez que se propaga el fuego entre la leña seca y con la seguridad con que el agua corre hacia un terreno más bajo. Y aunque haya amontonado tantas riquezas que

ya no las puedas agotar, si no te entregas a banquetes o a placeres carnales, ni adornas tu casa, ni satisfaces tus apetitos, tu corazón se mantendrá en paz y serás feliz».

Bueno, pues digo yo que si el hombre busca las riquezas será para satisfacer sus apetitos y si estima tanto el dinero será porque con él puede conseguir lo que desea. Pero si tienes deseos y no los satisfaces, posees dinero y no lo usas, eres exactamente igual que los pobres y los necesitados. Los consejos de aquel millonario, me parece, se reducen a abnegar las pasiones y a no abatirnos ante la carencia. Sin embargo, yo creo que, en vez de buscar así la felicidad, es mucho mejor despreciar de una vez por todas las riquezas. Los que tienen quistes o sarampión mitigan sus picores lavándolos con agua fresca, recuperando así su bienestar; pero el contento no será tan grande como si estuviesen libres de la enfermedad.

Al llegar a ese estado ya no hay ni ricos ni pobres. Las cosas, en sus extremos, se tocan: el grado más alto de contemplación coincide con el extremo contrario. El corazón del que busca sinceramente las mayores riquezas en nada se distingue del que nada desea.

Los zorros muerden a los hombres.

Al caballero mayor del palacio de Horikawa, un zorro le mordió en una pierna mientras dormía. A un díacono del templo Ninayi, una noche, cuando pasaba por

delante del edificio principal, tres zorros se le echaron encima y empezaron a morderle. Sacó la daga, hirió a dos, que salieron huyendo, y mató a uno. El monje quedó lleno de mordeduras, pero todas ellas de escasa gravedad.

En cierta ocasión oí decir al consejero de Shiyo³⁰⁴: «Tatsuaki³⁰⁵ es, sin duda, un maestro consumado en su arte. Hace unos días vino y me explicó: “Lo que voy a tener el atrevimiento de decirle revela toda mi ignorancia, pero he venido notando que en el orificio quinto de la flauta travesera ocurre algo extraño”. Me explicó: “El orificio de *kan* es de una tonalidad *hyo*, y el quinto es para el tono *shimomu*. Entre esos dos tenemos el tono *shozetsu*. El agujero de *jo* corresponde al tono *so*, y el orificio de *saku* es para el tono *oshiki*. Entre ellos tenemos la tonalidad *fusho*. Después, en la abertura del centro, tenemos el tono *banshiki*, y, en medio, el tono *rankei*. La tonalidad *shinsen* se encuentra entre los agujeros del medio y el sexto³⁰⁶. Se elimina, por tanto, un semitono entre cada uno de los orificios, a excepción del orificio quinto, que no tiene una tonalidad independiente del orificio *jo*. El espacio que hay entre estos dos orificios

³⁰⁴ Quizás Fujiwara no Takasuke (1293-1352), nombrado ministro consejero en 1330.

³⁰⁵ Toyojara Tatsuaki (1291-1364), experto en el *sho*, un instrumento musical que él mismo enseñó a tocar al emperador Go-Daigo.

³⁰⁶ La correspondencia con nuestras notas sería: *kan*, mi; *shozetsu*, fa; el quinto *go*, fa aguda; *yo*, sol; *saku*, la; *rankei*, la aguda; *chu*, si bemol; *shinsen*, do; el sexto *roku*, re.

es el mismo que existe entre otras dos aberturas, y yo creo que ésta debe de ser la causa de que el sonido del orificio quinto tenga ese matiz extraño. Por eso, al soplar en este orificio, el flautista separa ligeramente los labios de él. Si no lo hiciera, ese sonido no podría armonizarse con el de los restantes instrumentos. A eso se debe que haya tan pocos que puedan interpretar correctamente esa nota”».

Bien pensado, todas estas observaciones son estupendas. Estamos ante el caso de un experto que se preocupa por la educación de sus seguidores en el arte.

Pero en otra ocasión le oí decir a Kagemochi³⁰⁷: «El *sho* es un instrumento que se afina de antemano, y después sólo hay que tocarlo. No obstante, en el caso de la flauta, mientras se sopla se controla la tonalidad con el aliento. Y para eso existe una tradición arcana con respecto a cada orificio. Al tocarla, uno tiene que poner en cada tonalidad, no sólo en el quinto orificio, su personalidad y su espíritu. Para conseguirlo no basta apartar los labios y soplar. Si tocas mal, el sonido de ese orificio será desagradable. El que toca bien reproducirá sonidos armoniosos. La culpa de que la flauta dé notas desentonadas la tiene el flautista, no se debe a ningún defecto del instrumento.

220

Una vez me atreví a afirmar: «Todo lo que se encuentra en la periferia de las ciudades y de los pueblos es ruin y

³⁰⁷ Oga Kagemochi, quien murió en 1376, a los ochenta y cinco años.

repelente, si exceptuamos la música del templo Ten'ō³⁰⁸, lo único que está a la altura de la capital». A esto me respondió un músico de Ten'ō: «Nuestra música es de una calidad excelente porque tenemos un diapasón para afinar los instrumentos y las tonalidades están armonizadas. El prototipo de tonalidad que usamos es el que corresponde a un tono del tiempo del príncipe Shotoku, y que todavía conservamos. Me refiero a la campana que se encuentra delante del edificio principal comúnmente llamada “Campana de las Seis Convocatorias”³⁰⁹. Su tono corresponde exactamente al *oshiki*³¹⁰. Su tonalidad es un poquito más alta o más baja, según la temperatura; por tanto, el tono que tomamos como modelo es el que nos da la campana en el segundo mes, durante el periodo que va desde el aniversario de la muerte de Buda hasta el día del fallecimiento del príncipe Shotoku. Es una tradición arcana y nos transmitimos el secreto de generación en generación. Con este mismo tono afinamos todos los demás instrumentos».

Por su parte, el tono de las campanas debería ser el de *oshiki*. Es una inflexión que está impregnada del sentimiento de transitoriedad y fugacidad. Aquél era el tono que difundían las campanas del monasterio de la Mutabilidad en Gion Shoya³¹¹. La campana de Saionyi fue fundi-

³⁰⁸ Uno de los templos más antiguos de Japón, fundado por el príncipe Shotoku y que se encuentra en Osaka.

³⁰⁹ En japonés, *rokuyido*, porque la campana sonaba seis veces al día y daba las horas.

³¹⁰ Este tono corresponde a nuestro la. También en Japón se usaba para afinar los instrumentos.

³¹¹ Templo construido a imitación del famoso Jetavana, en la India. Las campanas de la «transitoriedad» suenan cuando fallece algún monje y son mencionadas con frecuencia en la literatura japonesa.

da y refundida una y otra vez, pero no consiguieron que diera el tono *oshiki*. Así que la dejaron por imposible y trajeron otra de un país extranjero.

El tono de la campana del Jokongo-in también es *oshiki*.

221

A los antiguos oficiales de la policía imperial todavía se les oye decir: «Antiguamente, allá por las eras de Kenyi y de Koan³¹², para la fiesta de Kamo solían hacer, con cuatro o cinco varas de tela, un potro muy curioso, usando los pabilos de las velas para el rabo y la crin, que, después, llevaban los *libertos*³¹³. Lo fijaban a una chaqueta que tenía pintada una araña y marchaban recitando algún poema³¹⁴ que viniera al caso. ¡Cuánto nos divertían y cómo nos alegrábamos al verlos! Los que salen ahora en las procesiones cada vez tienen más adornos y llevan tantas cosas, y tan pesadas, colgando de los vestidos que necesitan a alguien que les sostenga las mangas. Ellos ya no pueden llevar en la mano ni siquiera la jineta. Van todos fatigados y sin aliento. Ahora da verdadera lástima».

³¹² El tiempo que va desde 1275 a 1288, coincidiendo con el reinado del emperador Go-Uda.

³¹³ Guardias de bajo rango. Antes habían sido cómplices o reos de algún crimen.

³¹⁴ Alude a un poema del *Kokinshū*: «Confío más en un potro salvaje, atado por un tenue hilo de araña, que en un hombre que trota por dos caminos».

En una ocasión, cuando Yogambo de Takatani³¹⁵ hizo una visita al palacio Oriental de Niyo, la anterior emperatriz le preguntó: «¿Cuál es el oficio de difuntos de más eficacia?». A lo cual él le respondió: «El *komyo shingon* y el *hokyojin darani*»³¹⁶.

Pero, después, un discípulo suyo le inquirió: «Maestro, ¿por qué le respondió de ese modo? ¿Cómo no le contestó que no hay nada que tenga más eficacia que la recitación del *nembutsu*?». A lo que el maestro contestó: «Personalmente, creo que es el *nembutsu*, y se lo hubiera dicho con gusto, pero como no conozco ningún texto en las escrituras que lo afirme expresamente, y como no habría podido responderle si me hubiera preguntado en qué se basaba mi afirmación, le contesté de ese modo. De los fundamentos del *shingon* y del *darani* nadie duda».

Tazu-no-Oidono es el nombre por el que se conocía a Tazu no Kimi³¹⁷ cuando era niño. Sin embargo, es un

³¹⁵ Se refiere a Shugen (1168-1251), discípulo de Jonen, fundador de la secta del Nembutsu, que defiende la salvación mediante la plegaria. Se repetía el nombre de Buda Amida, en forma de jaculatoria, setenta mil veces al día.

³¹⁶ Dos oficios de otra secta distinta de la suya.

³¹⁷ Se trata del poeta Kuyo Motoie (1203-1280). El ideograma chino con que se escribe su nombre es la causa de la duda de la que se da cuenta a continuación.

error creer que le pusieron ese nombre porque criaba grullas en su casa.

224

El novicio Arimune, adivino del *yin-yang*³¹⁸, una vez, cuando iba de Kamakura a la capital, vino a hacerme una visita.

Nada más entrar me regañó, diciendo: «Este jardín es demasiado grande. No deberías tenerlo así. Si fueras un hombre que viviera la fe habrías plantado cosas en él. Deja sólo un sendero y lo demás conviértelo en huerto».

Y tenía razón. Tener sin cultivar el trocito más pequeño de tierra revela nuestra nimiedad. Se deberían cultivar vegetales, plantas medicinales, etc.

225

Relata O-no-Jisasuke³¹⁹ que el monje seglar Michinori³²⁰ seleccionó los trocitos más lindos de los bailes entonces conocidos y se los enseñó a bailar a una mujer llamada Iso no Zenyi. Salía con una vestidura blanca, una espada en

³¹⁸ Véase el parágrafo 91.

³¹⁹ Sabemos que fue músico de la corte y que murió en 1295.

³²⁰ Fujiwara no Michinori. Fue un hombre de letras que sirvió a varios emperadores: Toba, Sutoku y Nonoc. Se afeitó la cabeza en 1159.

206

la mano y un sombrero de caballero. La gente llamaba a estos bailes «Danzas varoniles».

Zenyi tuvo una hija llamada Shizuka, que siguió la profesión de su madre. Y éste es el origen de las danzas *Shiraboshi* (del Danzante Blanco), que narran la historia y orígenes de los dioses y budas.

Posteriormente, Minamoto-no-Mitsuyuki³²¹ escribió muchas canciones de este tipo. También escribió algunas el emperador Gotoba. Dicen que Gotoba fue quien enseñó a Kamegiku.

226

Durante el reinado del emperador Go-Toba hubo un antiguo oficial de Shinano, llamado Yukinaga³²², que tenía fama de ser un hombre muy letrado. Lo invitaron a participar en una discusión, en presencia de Su Majestad, sobre los poemas de Yüehfu³²³, y, como se había olvidado de dos de las virtudes militares que describe el poema de la «Danza de las Siete Virtudes», empezaron a llamarlo «El Efebo de las Cinco Virtudes». Se llevó con esto un disgusto tan grande que se despidió de la ciencia y abandonó el mundo. Yichin³²⁴, un monje que recogía bajo su

³²¹ Minamoto (1163-1244). Sirvió al emperador Go-Toba. Poeta y uno de los que revisó el *Genji Monogatari*.

³²² Yukinaga (1190-1202). Kenkō quiere atribuir el *Jeikei Monogatari* a Yukinaga. Los críticos lo ponen en duda.

³²³ Referencia a una serie de poemas chinos. La «Danza de las Siete Virtudes» es de Po Chu'i.

³²⁴ Yichin es otro nombre con el que se conocía a Yien (parágrafo 67).

custodia y protegía a todo aquel que dominara su arte, fue el mecenas que alimentó a este monje de Shinano.

Yukinaga escribió el *Heike Monogatari* y se lo enseñó a un ciego llamado Shobutsu³²⁵, que lo recitaba por un sitio y otro. Por eso pondera tanto el monasterio de Enryaku-ji³²⁶. Escribe teniendo un conocimiento muy notable de Yoshitsune³²⁷, pero omitió muchos pormenores de la vida de Noriyori³²⁸. Es posible que apenas supiera nada de él. Como Shobutsu era natural de la región del este, lo mandaba a recoger información de los samuráis sobre el arco, los caballos y la estrategia de la guerra. Yukinaga después lo escribía. Los maestros del *biwa* todavía hoy imitan el acento oriental de la voz y del canto de Shobutsu.

227

La recopilación y la división del *Rezo diario de las seis horas*³²⁹ se debe al monje Anraku³³⁰, que se valió para ello de diversos libros sagrados. Anraku fue discípulo del abad Jonen. Transcurrió algún tiempo y otro monje llamado

³²⁵ Nada concreto se sabe de Shobutsu. Se dice que fue el primer jugador.

³²⁶ Sitio en el monte Jiei.

³²⁷ Yoshitsune era miembro de la familia Minamoto y fue el protagonista de la batalla que entabló su familia con la de Genji. Se narra en el *Jeikei Monogatari*.

³²⁸ Minamoto no Yorinori (1156-1193). Su nombre y sus acciones resaltan en el *Jeikei Monogatari*, a pesar de ser hijo de Yoshitomo. Su padre fue el único miembro de la familia Minamoto que se puso de parte de los Taira en la famosa batalla.

³²⁹ Una especie de breviario de la secta Amidista.

³³⁰ Monje muy conocido de la secta Amidista. Acudían a escucharle muchos fieles. Lo mataron en 1207 por haber enseñado esa doctrina a las damas de la corte del emperador Go-Toba. Esta secta todavía tiene muchos seguidores.

Zenkambo, de Uzumaza, le puso melodía y lo dispuso en forma de himno. Éste fue el comienzo del *nembutsu* simple, remontándose al reinado del emperador Go-Saga. Zenkambo también compuso la melodía del *Himno de la Ley*.

228

El que inició la liturgia del *nembutsu* en el Oratorio Shaka de la avenida Sembon fue el arcipreste Nyorin, allá por la era de Bun'ei³³¹.

229

El buen escultor usa un escoplo no muy afilado. El que usaba Myokan³³² no cortaba demasiado.

230

Decían que en el palacio de Goyo había espíritus.

El consejero mayor Fujiwara³³³ contó que una vez, cuando unos palaciegos estaban jugando al *go* en la Sala de la Puerta Negra, alguien levantó un poquito las persianas y los estuvo mirando. Uno de los presentes exclamó:

³³¹ Periodo que va desde 1264 a 1275 y corresponde al reinado del emperador Kameyama.

³³² Se cree que fue el escultor de la estatua de Buda en el templo Shobi, hacia 780.

³³³ Se refiere a Fujiwara no Tameyo (1250-1338), consejero imperial, poeta y compilador de colecciones de poemas.

«¿Quién es?», y al volver la vista vieron un zorro³³⁴ en forma de hombre que miraba por los agujeros de las persianas. Gritaron «¡un zorro!», y él se marchó todo amedrentado.

Sin duda era un zorro novato, porque no supo disfrazarse bien.

231

El novicio Sono, jefe de la guardia imperial³³⁵, era un cocinero excelente. En cierta ocasión, alguien regaló a una familia una carpa muy grande, y los presentes creyeron que ésta era una oportunidad estupenda para que Sono pudiera demostrar su habilidad y destreza en el manejo del cuchillo; pero, por respeto, nadie se atrevía a proponérselo. Sono, que era muy perspicaz, propuso: «No hace mucho hice el propósito de cocinar, durante cien días, una carpa al día. Por eso me atrevo a pedirles que me permitan cortarla y prepararla».

Todos interpretaron esta expresión como la más apropiada para salir del apuro. Sin embargo, cuando alguien se lo contó al primer ministro y monje Kitayama³³⁶, éste observó: «A mí me parece una expresión odiosa. Si hubiera dicho: “Bueno, si no hay nadie que lo pueda hacer debidamente, y me lo permiten, yo se la cocinaré”, yo no

³³⁴ El zorro es un animal temido y venerado, dados sus poderes sobrenaturales.

³³⁵ Fujiwara Motouyi (1211-1282), que se retiró del mundo para hacerse monje en 1234.

³³⁶ Saionyi Sanekane (1249-1322), ya nombrado en el parágrafo 118.

tendría nada en contra. Pero ¿cómo se atreve a decir “hice el propósito de cocinar una carpa cada día...”?».

A la persona que me lo contó le pareció una observación interesante, y yo no digo que no lo sea. En general, es mejor obrar de un modo natural y sin afectación, en lugar de forzar las cosas y quererlas presentar con el mayor atractivo. Si un huésped se presenta en casa, lo mejor que se puede hacer es invitarlo a comer, con naturalidad, como si hubiera llegado precisamente a la hora de la comida y se le debería servir sin ninguna muestra de desconcierto. Los regalos que se entregan sin buscar ocasiones, diciendo solamente «es para ti», revelan auténtica generosidad. Por el contrario, recibimos una impresión desagradable cuando alguien, con el fin de que aprecien su regalo, muestra que le cuesta desprenderse de él, y que si nos lo da es porque no le queda más remedio.

232

Los hombres deberíamos obrar como si fuéramos ignorantes y careciéramos de talento³³⁷.

En una ocasión estaba un joven, de muy buen aspecto, por cierto, hablando con otras personas delante de su padre, y daba la impresión de ser alguien inteligente, porque citaba con precisión párrafos del *Libro de Historia*. Sin embargo,

³³⁷ Véase el párrafo 98.

mejor habría sido si se hubiese ahorrado tales alardes de sabiduría ante personas mayores.

En otra ocasión trajeron una *biwa* para que un trovador ambulante se acompañara en sus canciones, pero, como faltaba un traste, el dueño de la casa dijo: «Que alguno de los presentes se lo ponga». Una persona de buen semblante que estaba entre los espectadores respondió: «¿No tienen por ahí el mango de un cucharón de madera? Pues pónganselo». Y vi que tenía largas las uñas, prueba de que él también tocaba la *biwa*. Un trovador ciego, pensaría él, no necesitaría un instrumento de gran calidad para tocar.

Yo, que me hallaba junto a él, apenas pude ahogar y disimular la risa, suponiendo que con lo del rabo de la cuchara aquel hombre quería darnos a entender que también él sabía de *biwas*.

Más tarde le oí decir a un hombre: «El rabo de un cucharón no puede servir de traste para una *biwa*. La madera de ciprés que se usa para los cucharones es de una calidad inferior».

En estos detalles, aparentemente insignificantes, se ponen a prueba los quilates de los jóvenes.

En tu vida, si quieres evitar yerros y aflicciones, lo mejor que puedes hacer es ser siempre sincero, respetar a todos sin distinción alguna y hablar poco. Todos los que obren de este modo se ganarán la estima de los demás, ya sean hombres o mujeres, jóvenes o viejos, pero, especialmente,

si la persona es joven, bella y reservada nos seducirá de tal modo que no podremos olvidarla nunca.

Del deseo de mostrar que uno lo sabe todo, que conoce bien una materia, y de no mirar con estima a los demás, nacen todos los yerros y aflicciones.

234

Cuando alguien te haga una pregunta, no debes darle una respuesta evasiva, diciendo para tus adentros: «Me cuesta creer que él no lo sepa. Quiere saber lo que yo pienso para reírse de mí». Es posible que esa persona lo sepa pero quiera cerciorarse de algo con tu respuesta. ¿Y no crees, incluso, que la pueda ignorar por completo? Mucho mejor impresión dejará en los oídos una respuesta clara y franca.

Tu interlocutor quedará confundido cuando comentes un asunto del que él no tenga ni idea y digas: «¡Me llevé un disgusto cuando me dijeron lo que hizo ese fulano!». Le obligarás con esto a que te escriba, preguntándote: «Pero ¿qué es lo que hizo, qué ha pasado?».

A veces ocurre que, por la razón que sea, alguien no se ha enterado de una noticia que todos conocen. ¿Qué hay de malo en comunicársela con claridad y franqueza?

Éstos son errores que cometen las personas que todavía no tienen mucha experiencia.

213

En una morada habitada por su dueño nadie entrará sin justa causa. Una casa deshabitada se convertirá en posesión de merodeadores y alimañas, como búhos y zorros, que harán de ella su aposento sin que se lo prohíba nadie. En ella se darán cita hasta los espíritus de las montañas y otros espectros. Será como un espejo que, no teniendo ni forma ni color, reflejará las imágenes de las cosas. Nada se reflejaría en él si el espejo tuviera una forma propia. En el vacío entra todo. Si en nuestro corazón se filtran toda clase de pensamientos, ¿no será porque lo tenemos vacío y desocupado? No serían tantas las cosas que nos ocupan si en nuestro corazón residiera su dueño.

En Tanabe hay un lugar llamado Izumo³³⁸. Allí han edificado un templo en el que se venera la divinidad de aquel otro Gran Santuario. Este lugar se halla dentro de los confines del feudo de un tal Shida. Un año, en otoño, Shida mandó una invitación al venerable Shokai y a otras muchas personas, diciéndoles: «Venid todos y oremos en el templo Izumo. Después tendremos un banquete en el que come-

³³⁸ Este templo se encuentra en la ciudad de Kameoka, no lejos de Kioto. Sin embargo, el Gran Santuario de Izumo está en la provincia de Shimane, en el mar de Japón.

remos bollos de arroz». Los condujo al santuario, rezaron con mucha devoción y todos terminaron emocionados.

Al salir, notaron que las estatuas del perro y del león³³⁹ estaban una de espaldas a la otra, mirando en dirección contraria, lo cual causó una gran sorpresa al bueno de Shokan, quien, sin poder contener las lágrimas de emoción, exclamó: «¡Fíjense cómo han colocado el perro y el león! ¡Es maravilloso! ¡Es algo inusitado! ¡Sin duda si los han colocado así se debe a alguna razón que ignoramos!». Y, dirigiéndose a los presentes, añadió: «¿No sienten cómo se desborda de emoción el corazón? ¡Vaya, qué hombres tan insensibles!».

Al oír esto, cada uno de los que allí estaban presentes comenzó a expresar su admiración diciendo: «Es verdad. ¡Qué manera más extraña de colocarlos! ¡Ya tenemos algo curioso que contar cuando regresemos a la capital!».

Y aquel hombre venerable, llevado todavía por la curiosidad, se acercó a un sacerdote anciano que caminaba con ese rostro tan afable que es fruto de la sabiduría, y le preguntó: «Me imagino que para que hayan colocado de esta manera el perro y el león, guardianes del santuario, han debido de tener una razón muy poderosa, cuyo significado desconozco. ¿Me podría decir cuál es?». El sacerdote, entonces, le respondió: «Sí, ya lo he visto. Son los diablos de los niños. ¡Como los pille...!».

³³⁹ Estatuas que están, como guardianes, a la entrada de los santuarios sintoístas. Ahora son de piedra y, por tanto, no tan fáciles de mover.

Y, dicho esto, fue y volvió a poner las estatuas en la posición que antes tenían.

Nuestro hombre venerable había derramado lágrimas de emoción sin ningún motivo.

237

Poner un objeto a lo largo o bien atravesado sobre un anaquel de sauce, ¿no dependerá del objeto que sea? Sanyo, el ministro, afirmó: «Los rollos de los manuscritos se colocan a lo largo, de modo que queden paralelos a las varillas de sauce y, para sujetarlos, se pasa una tira trenzada de papel entre las fustas. La plancha de piedra para hacer la tinta conviene colocarla también sobre el anaquel en forma alargada. De ese modo no se caerán los pinceles».

Sin embargo, los calígrafos de la escuela de Kadenoyi no colocaban la plancha de la tinta a lo largo del anaquel ni por descuido. La ponían siempre atravesada.

238

Chikatomo³⁴⁰, el guardaespaldas del emperador retirado, dejó un escrito de siete capítulos titulado *En lisonja propia*,

³⁴⁰ Nakajara Chikatomo, que vivió en la época de los emperadores Horikawa y Toba.

en el que sólo trata temas tan triviales como el arte de la caballería.

A imitación suya, yo también voy a escribir otros siete artículos en alabanza de mí mismo.

1. Una vez iba con otras muchas personas contemplando las flores de los cerezos, y, al llegar cerca de Saishoko'in³⁴¹, vi a un hombre que llevaba un caballo a galope. Cuando lo vi, les dije: «Fijaos en ese hombre. Cuando se detenga el caballo y lo vuelva a espolear para que corra, el caballo caerá por tierra y veréis rodar con él al jinete».

Así ocurrió. Se detuvo el caballo, lo volvió a espolear, tiró de las riendas, y nuestro hombre cayó al suelo, yendo a parar a un charco. Todos quedaron maravillados al ver que había ocurrido tal como yo lo había predicho.

2. Una vez, cuando el emperador³⁴² era todavía príncipe y tenía su residencia en el palacio de Madenokoyi, yo tenía un asunto allí y entré en la sala que usaba el consejero mayor Horikawa cuando estaba de servicio. Delante de él tenía extendidos los rollos cuarto, quinto y sexto del manuscrito de las *Analectas*³⁴³, y me dijo: «Hace unos momentos que Su Majestad estaba buscando el pasaje que dice “odio que la púrpura intente usurpar la gloria del

³⁴¹ Residencia del emperador Go-Shirakawa, quemada en un incendio de 1226.

³⁴² Go-Daigo, quien subió al trono en 1318.

³⁴³ *Analectas* de Confucio. El versículo que tanto buscaba era cap. xvii, 18.

carmín”, pero, como no lo podía encontrar, me mandó que lo siguiera buscando yo, pero no consigo dar con él».

Cuando le dije que lo encontraría en tal o cual capítulo del volumen noveno, él exclamó: «¡Hombre! ¡De qué apuro me has sacado!». Lo tomó y se lo fue a mostrar a Su Majestad.

Es un detalle sin importancia, que está al alcance de cualquier niño, pero antiguamente los hombres se alababan por las cosas más triviales.

Una vez, cuando el emperador Go-Toba le preguntó al noble Teika si era lícito usar en un mismo poema los vocablos *sode* y *tamoto*, que significan «manga», Teika le respondió: «Existe un poema que dice: “Es la flor del miscanto, el *tamoto* de la hierba en los ejidos de otoño, y cuando su espiga se carga de fruto se asemeja al *sode* que invita, por señas, a su amante”»³⁴⁴. Al tener un ejemplo como éste —prosiguió Teika—, juzgo que nada impide que los use Su Majestad».

Teika dejó escrito este acontecimiento usando las frases más ampulosas: «Yo, en aquel mismo instante, recordé cabalmente el poema. Tuve suerte. Fue el honor más grande que puede disfrutar un poeta, y una gracia con la que me bendijeron los dioses».

La memoria que Koremitsu, el primer ministro de Kuyo³⁴⁵, presentó al emperador sobre los sucesos más

³⁴⁴ Poema de Ariwara no Munemaya, en la colección *Kokinshū*.

³⁴⁵ Véase el parágrafo 6. Se trata de Fujiwara no Koremichi, nacido en 1093 y muerto en 1165.

brillantes que él mismo llevó a buen término, enumera para adulación propia incidentes sin ninguna importancia.

3. El autor de la inscripción que llevan las campanas de Jozaiko'in³⁴⁶ es el noble Arikane³⁴⁷, y la caligrafía de Yukifusa no Ason³⁴⁸. Ya iban a fundir las campanas cuando el monje encargado me enseñó el borrador del texto. La inscripción decía: «Anunciando el crepúsculo, más allá de las flores del cerezo, a cien leguas de distancia se oye la voz de la campana».

Entonces yo le dije: «No sé qué pensar, pero me parece que eso de las cien leguas debe de ser un error, porque el poema rima en *yang-t'ang*³⁴⁹. El monje exclamó: «¡Gracias por advertírmelo! El detalle redundante en mi favor». Y cuando se lo indicó a su autor, Arikane, éste le respondió: «Cierto, es un error. Quiten cien leguas y pongan varios *hang*». Lo que ocurre es que tampoco sabemos exactamente lo que quiso decir con «varios *hang*». ¿Algunos pasos, quizás?

4. En otra ocasión, cuando fui en peregrinación a las Tres Pagodas³⁵⁰ con un grupo de gente, encontramos una tablilla antigua en el edificio Yogyo de Yokawa con la

³⁴⁶ Oratorio dentro de la verja del templo de Chion, en Kioto.

³⁴⁷ Sugawara no Arikane fue un hombre de letras, nació en 1249 y murió en 1321.

³⁴⁸ Fujiwara no Yukifusa, quien acompañó al emperador Go-Daigo al huir de Kioto y murió en 1337.

³⁴⁹ La palabra *ri* (lengua); como rima en *i*, cree que es distinto.

³⁵⁰ En el monasterio de Jiei.

inscripción *Ryuge'in*. El sacerdote del templo nos explicó que, a pesar de que los expertos habían hecho largos y repetidos esfuerzos por determinarlo, no se sabía todavía si había sido escrita por Sari o por Kozei. Yo, al oír esto, le dije: «Si es de Kozei tiene la firma detrás, y si no tiene ninguna firma es de Sari».

La tablilla por detrás estaba toda ella cubierta de polvo, sucia y con telarañas. La limpiaron bien y todos quedaron admirados al leer, con toda claridad, el título que ostentaba Kozei, su nombre y la fecha.

5. Una vez estaba el venerable Dogen³⁵¹ predicando en el templo de Naranda y olvidó los nombres de las Ocho Calamidades. Entonces, dirigiéndose a sus discípulos, les preguntó si alguno de ellos los recordaba, pero todos los habían olvidado. Yo, desde los asientos de los fieles, le dije: «Posiblemente me equivoque, pero ¿no serían ésta y ésta y ésta...?». Le recité los nombres y se quedaron pasmados.

6. Una vez acompañé al abad Kenya³⁵² a la bendición del agua. No había terminado todavía la ceremonia, pero el abad salió y se disponía a regresar, aunque, entre tanta gente, no conseguía encontrar al monje que lo acompañaba. Mandó a otros monjes que fueran a buscarlo. Volvieron después de un rato, diciendo: «Hay tantos monjes con el mismo sayal que no hemos podido encontrarlo». Enton-

³⁵¹ Véase el parágrafo 179.

³⁵² Kenyo Soyo (1295-1330), hijo de Fujiwara no Kimmori, monje de Toyi.

ces, el abad me dijo: «Anda, ve tú a buscarlo, por favor». Y volví con el monje en menos que canta un gallo.

7. El día quince del segundo mes, en una noche clara de luna, cuando ya había oscurecido por completo, fui a hacer una visita al templo de Sembon. Entré por la puerta de atrás, y estaba solo en la última fila con la cara bien cubierta, escuchando las lecturas, cuando apareció una mujer muy bella, de modales distinguidos, que se abrió paso entre los asistentes y vino a sentarse a mi lado, apoyándose ligeramente sobre mis rodillas. Noté que el perfume de sus vestidos penetraba hasta mis huesos y, por eso, me retiré un poquito hacia atrás. Ella permaneció allí sentada unos momentos, pero se movió después, levemente, hasta quedar en la misma posición que antes, junto a mí. Yo, al final, me levanté.

Algún tiempo más tarde, una dama eminente, que había servido en una familia muy noble, en medio de una conversación en que comentábamos cosillas sin importancia, me dijo: «Sé de una persona que, en una ocasión, quedó muy resentida debido a la falta de consideración que tuviste con ella, y aún hoy le sigue doliendo la herida. ¡Parece mentira! ¡Qué hombre tan insensible!». Yo, sin embargo, respondí: «¿De quién habla? ¿A quién se refiere?». Y cambié el curso de la conversación.

Pasó el tiempo y, más tarde, me enteré de que una persona que se hallaba sentada en los asientos reservados para la nobleza, al verme entrar, vistió de manera sugerente a una mujer situada a su lado y la envió adonde yo estaba,

advirtiéndole: «Si llega el caso, le hablas, a ver cómo reacciona. Después me lo cuentas. ¡Ya verás qué divertido!».

Al parecer, lo habían tramado contra mí.

239

Los días quince del octavo mes y trece del noveno caen y se rigen por la constelación Lou³⁵³. Como es una constelación de gran fulgor, las noches de estos días son óptimas para disfrutar de la luna.

240

Aquel cuyo «amor que se abre camino por entre los vigías de la Montaña Tenebrosa» y «evita los ojos atentos de los hombres de las salinas en la bahía de Shinobu»³⁵⁴, en busca de su amante, ¡cuántos recuerdos inolvidables atesorará! Pero qué amor más prosaico el de la mujer que se casa con la aprobación y la bendición de padres y hermanos, sin alboroto alguno. Si, obligada por las circunstancias, una mujer se casa con un viejo religioso mucho mayor que ella, teniendo los ojos puestos sólo en sus riquezas, o

³⁵³ Una de las siete constelaciones del poniente, según la astrología china. En los restantes puntos cardinales hay otras siete. Tenemos, por tanto, veintiocho. Contando a partir del primero de enero, veremos que el día 15 de octubre y el 13 de septiembre coinciden en la misma constelación.

³⁵⁴ *Shinobu* puede significar también «ir a escondidas». La cita de los poemas es semejante.

con un hombre rudo del este, o, como dice el poema, con el primero que «de haga un guiño»³⁵⁵, por supuesto siempre encontrará a mano a un casamentero que le hable de su enlace en los términos más encomiásticos... ¡Qué horror que dos personas que apenas se conocen terminen casándose! ¿Podrá darse entre ellos siquiera una conversación íntima?

Por el contrario, aquellos esposos que recuerden los crueles meses y años que tuvieron que transcurrir hasta encontrarse, y los que, como dice el poema, tuvieron que ir «abriéndose camino por entre espesos montes», nunca podrán agotar tantos recuerdos.

Ocurre, en general, que quienes se casan con la ayuda de terceras personas se sienten insatisfechos con muchas cosas, y viven mal avenidos. Si la mujer fuera bella, y el marido un hombre de edad, feo y de baja posición social, en su corazón la menospreciaría, pensando: «¿Cómo es posible que una mujer decente confíe su vida a una embarcación tan llena de agujeros como la mía?». Y, a la hora de intimar con ella, no podrá menos de sentir complejos y vergüenzas, siendo esto la causa de un inevitable mal sabor de boca.

El hombre que, en una noche, cuando flota en el aire el perfume de las flores de los ciruelos, no haya ido a la casa de una mujer en el momento en que una nube oculta la luna, ni haya salido sigilosamente de su residencia,

³⁵⁵ La traducción de la frase que escribió Ono no Komachi (834-900), *sasou mizu araba*, sería: «Poniendo mi destino sobre la corriente».

cruzando un jardín cubierto de rocío cuando brilla en el cielo la luz del amanecer, será mejor que no se entregue a las manos del amor.

241

El cerco completamente redondo de la luna apenas si dura unos instantes; enseguida empieza a desvanecerse. El que no presta atención ni se fija, apenas notará el cambio de la luna en una noche. Las enfermedades tampoco se detienen un segundo hasta que se nos acerca el momento de la muerte. Mientras que la enfermedad no es grave, no se desvela la muerte a nuestros ojos, y viviremos convencidos de que la vida continuará con la naturalidad de siempre, y haremos planes para retirarnos a preparar el espíritu cuando hayamos realizado todos nuestros propósitos. Pero caeremos enfermos, llegaremos a las puertas de la muerte y entonces comprenderemos que no hemos cumplido ninguno de los planes que habíamos hecho. Nos arrepentiremos irremediablemente por los meses y años que pasamos sin hacer nada, y prometeremos que, si volvemos a recuperar la salud y se nos permite regresar a la vida, dedicaremos los días y las noches, sin descanso, a obrar en esto o aquello. Entre tanto, nuestra enfermedad se agravará cada vez más, perderemos el conocimiento y, entre convulsiones, exhalaremos nuestro último suspiro. Así terminaremos la mayor parte de nosotros, y de ello deberíamos estar bien convencidos.

224

Te engañas si crees que cuando termines de hacer todo lo que ahora deseas te quedará tiempo para practicar las enseñanzas y la meditación, porque las aspiraciones del hombre no conocen fin.

Sin embargo, ¿qué podrá llevar a cabo el hombre en una vida que dura menos que un sueño? Ilusiones vanas son nuestros deseos. Y no olvidemos que éstos, si echan raíces en tu corazón, te turbarán y te sacarán fuera del camino recto. Renuncia a todos tus deseos y, cuando te olvides y lo abandones todo, y orientes tus pasos por el camino de Buda, encontrarás la paz duradera del cuerpo y del espíritu, sin estorbos, y en la mayor tranquilidad.

242

Debido a nuestra constante preocupación por procurarnos los placeres y evitarnos los sufrimientos, nuestro corazón vive en un continuo vaivén.

El placer nos produce una atracción irremediable y nunca dejamos de correr tras él. De todos los placeres, el que seduce con más intensidad el corazón del hombre es la fama. Y hay dos clases de fama: una que procede de nuestra conducta y otra de nuestros talentos.

El segundo placer más deseado es el del sexo. La glotonería es el tercero. Ninguna otra pasión se puede comparar con estas tres, que se originan en un modo tergiversado de concebir la vida, que nos acarrea muchos sufrimientos. Lo mejor que podemos hacer es negar estas pasiones.

225

Al cumplir los ocho años le pregunté a mi padre: «¿Qué es Buda?». Mi padre me respondió: «Buda es lo que el hombre llega a ser».

Yo le volví a preguntar: «¿Qué tiene que hacer el hombre para llegar a ser Buda?». Él me contestó: «Cumplir con las enseñanzas de Buda».

A esto yo insistí: «¿Y quién enseñó a Buda lo que él nos enseñó?». Mi padre me respondió: «Él conseguiría llegar a ser Buda siguiendo la doctrina de otro Buda».

Yo le volví a preguntar: «¿Cuál fue el Buda que empezó a enseñar esa doctrina?». Mi padre se sonrió y dijo: «¡Qué sé yo, hombre! Me imagino que descendería del cielo, o quizás brotase de la tierra».

Comentándolo con otras personas, mi padre, muy satisfecho, confesó: «Me puso en semejante aprieto que no supe qué contestarle».

Pensamientos

al vuelo es un libro editado

fuera de colección. Compuesto en tipos

Dante, se terminó de imprimir en los talleres de

KADMOS por cuenta de ERRATA NATURAE EDITORES en

junio de 2019, ciento treinta y dos años después de que, tras la

apertura forzada de Japón al mundo y a su comercio, a Vincent van

Gogh le hablaran de un tal Utagawa Hiroshige, pintor japonés, que interpretaba la naturaleza con una escandalosa humildad que por fuerza tenía que complacer al holandés, y que, según le contaron, había pintado apenas unos meses antes de morir un ciruelo al que las gentes apodaban

«El árbol del dragón dormido», pues gracias a un vasto laberinto de raíces subterráneas emergía una y otra vez al cabo de los años en los lugares más inesperados, y que por supuesto es el cuadro que aparece

en la portada de este libro, del cual el loco de Vincent hizo una

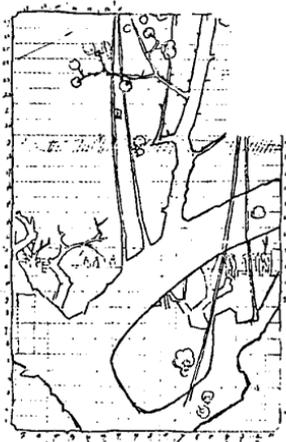
versión al óleo (añadiendo una caligrafía orientalizante de su

invención) para cuya preparación partió del boceto a

lápiz que hemos pirateado con la mejor y más

didáctica voluntad y presentamos bajo

este colofón.



Yoshida Kenkō nació en el año 1283 y era hijo de un alto funcionario del Gobierno. Tal como se esperaba de él, se convirtió en un hombre importante y poderoso dentro del Palacio Imperial. Pero entonces ocurrió algo. Nadie sabe qué fue. Tal vez una decepción amorosa, tal vez una desavenencia política, tal vez una súbita visión que lo cambió todo. Decidió alejarse de la corte y hacerse con una cabaña en los bosques. Y comenzó a escribir, sin mayores pretensiones, sin plan alguno, lo que se le ocurría, lo que recordaba, lo que veía cuando paseaba por las montañas o cuando regresaba por unos días a la ciudad y reencontraba el ajetreo de sus calles. Cada idea la fijaba en un papel y, a su vez, cada papel lo fijaba en un muro de su cabaña. Así hasta los 243 textos que conforman este libro y componen no sólo un volumen luminoso y apasionante, sino uno de los ensayos más importantes de la historia de la literatura, auténtica semilla de un género plantada hace ocho siglos. La escritura de Kenkō recuerda a veces a compatriotas como Kamo no Chōmei, otras a figuras tan lejanas, y al tiempo tan afines, como Marco Aurelio o Michel de Montaigne. En ocasiones aborda la transitoriedad de la vida y de todo lo existente con una lucidez que nos desarma, o bien nos habla del misterio de la naturaleza, lo huidizo del amor, la recompensa de la amistad y las costumbres ancestrales del Japón medieval, o nos cuenta los cotilleos de palacio y los chismes más estrafalarios y divertidos de su época.

Como siempre, nos complace presentar este volumen a nuestros lectores en una cuidadísima traducción directa del japonés, acompañada por una serie de notas tan enriquecedoras como imprescindibles para comprender el contexto y el trasfondo de una cultura lejana y un texto ya casi milenario que, sin embargo, se nos presenta hoy con una viveza extraordinaria. Éste es, sin duda, el poder de los pocos y auténticos clásicos: libros inagotables y siempre igual de vivos.

CÓDIGO BIC: HPD



9 7884171800123